

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras

LA GUERRA DE ESPAÑA EN
"CRONICA DEL ALBA"
DE SENDER

T E S I S

que para obtener el título de
LICENCIADO EN LENGUA Y
LITERATURAS HISPANICAS
presenta

FERNANDO RICO GALAN

México

1976



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

Prólogo.....	3
Capítulo I.....	9
Capítulo II	33
Capítulo III	45
Capítulo IV	47
Capítulo V	49
Capítulo VI	53
Capítulo VII	57
Capítulo VIII	61
Capítulo IX	87
Capítulo X	123
Capítulo XI	199
Conclusiones	
Bibliografía	225

2.

P R O L O G O

Todo el que ha vivido con mayor o menor intensidad la guerra de España, ha quedado marcado por ella. Se trata de un acontecimiento que no sólo fue importante y trascendente para los nacionales españoles --con independencia de su ideología-- sino que involucró en su momento a los hombres de las más diversas la titudes.

Si es verdad que entre los españoles no existía la neu tralidad y se estaba con uno u otro bando --la lógica polarización de las luchas fratricidas-- no es menos cierto que lo que se dirimía en España no permitía las medias tintas ni aun para los que eran ajenos a la contienda bélica.

En España se planteó la disyuntiva de estar con los oprimidos o con los opresores; con la libertad o con el despotismo; con el pueblo que produce la riqueza o con quien se apropia de ella. Tan de manera radical se dieron los acontecimientos, que el vencedor impuso su peculiar estilo de vida por decenios y España estuvo sumida en las tinieblas no sólo política y económicamente, sino también en las manifestaciones propias del genio de su pueblo, en la cultura.

Pero si los españoles que permanecieron en su patria fueron silenciados hasta el exterminio, hubo otros hombres que comprometidos con la ideología derrotada pudieron gritar a los

4.

cuatro vientos que España no había sido vencida.

Los españoles que huyendo de la cárcel y de la muerte encontraron abrigo en otras playas --los desterrados-- y los que sin ser españoles no transigieron con la traición y la ignominia, fueron capaces de hacer oír sus voces y de que los pueblos, avergonzados, reaccionaran y llegaran a la conclusión tardía de que lo que un día defendió el pueblo español fue su propia identidad que es, aunque parezca paradójico, patrimonio de todos los pueblos y de la humanidad entera.

Son estas las razones, nos parece, por las cuales la guerra de España trascendió un ámbito restringido y se convirtió de suceso en mito. Sólo así se entiende que algunos autores hayan llegado a 30 mil las publicaciones sobre este acontecimiento.

Si bien los españoles son muy afectos a analizar lo que pudo haber sido y no fue, esto es, les place escribir una interpretación de la historia basada en sucesos que nunca ocurrieron, también es verdad que son múltiples las obras que obedecen a análisis más o menos objetivos.

Para nosotros, sin embargo, que hemos vivido estos acontecimientos siendo niños, pero que nos hemos educado en una España más que real, mítica, porque fue producto no de lo que era, sino de lo que pensaban que era los mejores españoles desterrados; para nosotros, decimos, que vivimos una realidad que nos marcó en la infancia, vivimos también una realidad imaginada

--valga la expresión-- mucho más auténtica que muchos españoles que se paseaban diariamente por su suelo.

Lo que acabamos de exponer no son meros juegos de palabras; menos aún afanes barrocos. Resulta lógico que cuando se conoce sólo por referencias un terruño donde se ha nacido y donde han nacido nuestros padres y los padres de nuestros padres hasta los albores de la historia, se tenga un interés muy especial por documentarse y estudiar con esmero nuestro origen.

Si en un principio nuestros padres y maestros nos pudieron haber dado una visión unilateral y trunca, aunque entrañable, de una España más deseada cuanto más ausente, nuestras lecturas nos permitieron aquilatar en su justa medida una historia de la cual debemos obtener las enseñanzas adecuadas.

Ha sido este afán de conocer la realidad española y dentro de ella el periodo quizá más universal, como es el que se refiere a la guerra de 1936 a 1939, el que nos ha llevado a ocuparnos de los novelistas que, como Ramón J. Sender, han tratado por extenso este problema.

Aunque Sender es un autor muy prolífico y en varias de sus narraciones se para a considerar situaciones en las que se vio involucrado durante la contienda, en ninguna de sus obras nos presenta una visión cabal de la guerra si exceptuamos Crónica del alba.

Es por ello, precisamente, por lo que hemos decidido

6.

adentrarnos en esta novela y analizarla no sólo como obra literaria --estructura, personajes, estilo-- sino ir más allá y juzgarla como representación de un acontecimiento histórico, político, económico, que todo ello es la guerra de España y de lo que trata Sender en su novela autobiográfica.

Como es sabido, Crónica del alba consta de tres apreciables volúmenes cada uno de los cuales contiene tres novelas. Hay sobrada tela de dónde cortar si se considera que en la edición de que nos hemos valido son más de un mil y quinientas las páginas y cuarenta los años de vida española que narra Sender.

Hemos procurado no caer en un piélagos de citas que amén de crear confusión y enfado, pudieran convertir este modesto trabajo en un rígido y solemne tratado erudito. Preferimos la cita cuando es apropiada al texto y puede aclarar dudas en el que lee; pero la consideramos impertinente; así se trate de un trabajo académico, cuando detrás de ella se oculta la carencia de ideas y de reflexión.

Iniciamos nuestra exposición con un capítulo obligado en el que pretendemos explicar la guerra de España de acuerdo con nuestra particular interpretación. Aunque para ello hemos consultado ciertas obras que se tienen por muy acabadas, las hemos seguido más por su información que por la interpretación que puedan hacer de los hechos. En este caso nos hemos reservado el privilegio de exponer nuestras razones, aun a riesgo de no concordar

con versiones más emotivas que racionales.

Los capítulos subsiguientes --donde ya se entra a analizar Crónica del alba-- los hemos conformado de acuerdo con la narración del propio autor, esto es, aparecen tantos capítulos cuantas novelas constituyen la obra.

Ello trajo como consecuencia que algunas divisiones pequen de breves y otras de extensas. Pero hemos preferido ser fieles a la exposición del autor y no introducir apartados artificiosos que si bien hubieran uniformado la extensión de los capítulos, habría sido con mengua de nuestro propósito de análisis.

De acuerdo con nuestro objetivo, no todas las novelas tienen el mismo interés. Por ello, varían mucho en extensión nuestros comentarios, y capítulos hay que por su brevedad casi no merecen tal nombre. Sin embargo, hemos mantenido la división para facilidad del lector.

El último capítulo lo hemos destinado a las conclusiones, según se estila en este tipo de trabajos. Es de hacer notar, con todo, que nuestras conclusiones más se refieren a apuntalar las observaciones anteriores que a hacer una recapitulación de la obra analizada.

Para concluir estas palabras preliminares es oportuno anotar que nos hemos abstenido de dar noticia de la biografía de Sender --práctica usual en estos escritos-- porque consideramos que ya existen excelentes relatos al respecto, algu-

8.

no de los cuales consignamos en la bibliografía correspondiente.

Hemos preferido analizar cuidadosamente Crónica del alba que, como novela autobiográfica que es, narra la vida de Sender no con la frialdad de los datos y las cifras imprescindibles en una biografía, sino con el calor que el propio autor confiere a determinados hechos de su vida. Además, y esto es de la mayor importancia, una novela autobiográfica es tanto más interesante cuanto en ella toma cuerpo el ambiente en el cual se desarrolla el personaje y éste es capaz de juzgar el mundo que le rodea.

Por ello, las opiniones del protagonista de una novela autobiográfica como Crónica del alba nos permiten adentrarnos no solamente en los pensamientos sobre sí mismo --esto es, sobre el personaje-- sino acerca de todo un país y una época determinada.

Independientemente del juicio que nos pueda merecer Crónica del alba, es indudable que se trata de una visión de los primeros cuarenta años de vida española que revisten gran interés.

Para nuestro propósito, además, estos cuatro decenios representan el antecedente inmediato de los acontecimientos que un día 18 de julio de 1936 cambiaron la historia de España para siempre.

C A P I T U L O I

El 18 de julio de 1936 un acontecimiento ocupa la primera plana de los periódicos del mundo: el ejército se ha sublevado en España contra el régimen legalmente constituido.

En efecto, unos años antes, el 14 de abril de 1931, unas elecciones municipales dan al traste con la monarquía y el pueblo¹ se pronuncia por la República. El rey Alfonso XIII decide partir al exilio cuando comprueba que carece del apoyo necesario para mantenerse en el trono. El pueblo promulga la República y se eligen unas Cortes constituyentes que redactarán la nueva constitución.

Si bien fueron las masas populares quienes con su voto hicieron posible el advenimiento del régimen republicano, el hecho fue que los dirigentes provenían en general de los sectores de las profesiones liberales, esto es, la pequeña burguesía.

Así, pronto se puso de manifiesto que los dirigentes concebían al régimen como una República democrático-burguesa que

1 La palabra "pueblo" la usamos en su acepción popular española, como oposición a las clases medias o altas. Pueblo es, en sentido estricto y sin ninguna intención valorativa, la gente que trabaja y sus familias: los obreros, los campesinos y ciertas capas medias asalariadas (maestros de escuela, empleados, etcétera). La utilización del sustantivo pueblo a lo largo de este trabajo, nada tiene que ver con la concepción pequeño burguesa del populismo ni con los conceptos falseados del nazismo.

10.

lejos estaba de colmar las aspiraciones populares y, de esta manera, sobrevinieron los enfrentamientos entre un pueblo que aspiraba a una serie de reivindicaciones sociales --por lo cual se deshizo de la monarquía-- y una República que por su propio carácter era incapaz de concedérselas.

Sin embargo, justo es consignar que el pueblo estaba tan jubiloso con la República, que consideraba como cosa propia, que en ningún momento le volvió la espalda.

Mientras esto sucedía en España, en el resto del mundo la causa republicana se observaba con creciente simpatía. El hecho de que un país ancestralmente católico y monárquico se hubiera sacudido en las urnas una tradición de tantos siglos sin tener que apelar a la fuerza y sin que hubiese sido derriamada una sola gota de sangre, este hecho, decimos, despertó la curiosidad y la admiración de no pocos países.

Por otra parte, la amenaza que significó la toma del poder por Mussolini en Italia y por Hitler en Alemania reforzó la simpatía hacia una España cuya República defendía los mismos principios democrático-burgueses imperantes en ese entonces en las dos potencias más influyentes de Europa: Francia e Inglaterra.

Esa es la época, además, en que se inician las ansias imperiales de Mussolini que invade en 1935 un atrasado e indefenso país, Abisinia, ganándose la repulsa si no de los gobier-

nos, sí al menos de sus pueblos.

A grandes rasgos, este era el panorama de Europa cuando el 18 de julio de 1936 ocurre la sublevación contra la República española.

Desde los primeros momentos de la lucha se pone de manifiesto un hecho: las tropas sublevadas en Marruecos son apoyadas por Alemania primero y por Italia después.

Aunque los gobiernos europeos pretenden acallar la verdad para no disgustar a Hitler y Mussolini, los pueblos conocen los hechos y los condenan. Y si bien antes protestaron por la cobarde agresión a Abisinia, ahora muestran abiertamente su solidaridad con España.

Es natural. No se equivocan las masas populares cuando saben que lo que está en juego es su pan y su libertad; cuando están conscientes de que es su propia supervivencia la que está afectada. Por ello, el apoyo que los pueblos del mundo prestaron a la República española no fue la adhesión que se expresa al débil ante el poderoso. Fue mucho más que eso.

Fue la solidaridad ideológica de unos hombres que sabían que la lucha contra el fascismo se había iniciado y que si España no era "la tumba del fascismo", el peligro se extendería a sus propios lares.

No es preciso consignar aquí lo que ocurrió después. Si los gobiernos "democráticos" de Europa hubiesen sido fieles

12.

representantes de sus pueblos, muy de otra manera se hubiera escrito la historia de los acontecimientos. La realidad, sin embargo, es que España fue sacrificada, en la contienda perdió a sus mejores hijos y vivió largos años de tinieblas y barbarie.

Ante el crimen, los países "democráticos" tan solo pudieron mostrar, avengonzados, el rostro culpable de sus malas conciencias.

Tan es así, que a pesar de los años transcurridos, los análisis, los estudios, las memorias, las narraciones, siguen ocupando lugar de excepción en la literatura mundial.

El atractivo por el suceso, además, no se ha concretado a zonas o países determinados. Lo mismo en Estados Unidos que en la Unión Soviética, en Argentina que en Francia, en todas las latitudes se sigue mostrando interés por un acontecimiento ocurrido hace ya 38 años.

Resulta explicable entonces, que si los espectadores han mostrado tanta inclinación ¿cuál no será el afán de los propios protagonistas? ¿Y cómo van a enfocar los hechos, si no es con una visión ideológica?

Aunque pensamos que cualquier obra artística está necesariamente permeada por la ideología del autor, en un caso como éste de guerra fratricida en que estaba de por medio la propia existencia del padre, del hermano, del marido, la pasión ideológica se desborda y se sobrepone a cualquier otra consideración

de carácter ético o jurídico.

Es indudable que el móvil primero que impulsó la contienda es de carácter esencialmente económico, esto es, los poseedores (sobre todo los terratenientes, puesto que era España un país eminentemente agrícola) se dieron cuenta de que sus propiedades estaban en peligro (la República había dictado ya leyes de reforma agraria, aunque bastante tibias) ¹ y no se les ocurrió otra alternativa que la sublevación militar para defender y preservar sus privilegios.

A fin de cuentas, política y economía están tan ligadas (y son una y la misma cosa) que la eterna lucha entre poseedores y desposeídos se manifiesta en el ruedo político (ideológico) aunque siempre el trasfondo sea eminentemente económico: entre los que nada tienen (sólo la fuerza de su trabajo) y los

1. "Andalucía y Extremadura eran regiones de grandes y descuidados latifundios, en los que intentaban ganarse la vida una multitud de campesinos sin tierra, los braceros. En 1936, en ambas regiones, las condiciones eran aproximadamente las mismas que en los tiempos de la reconquista o de los romanos (...). La "Ley Agraria de 1932 (...) se aplicaba solamente a Andalucía, Extremadura, tres provincias castellanas (Ciudad Real, Toledo y Salamanca) y a la provincia de Albacete (...). La Ley no se extendía a Galicia ni a muchas otras comarcas de Castilla, en donde las condiciones eran tan malas como en el sur. Sólo tocaba de soslayo la cuestión del crédito agrícola. No proponía ningún plan inmediato de regadíos. En aquel tiempo sólo disponían de regadío un millón y medio de hectáreas (el 3% de las tierras del país)." (Thomas, pp. 36-37).

Cuando se cita una sola obra como fuente, se consigna únicamente el nombre del autor y la página correspondiente; el título completo de la obra puede encontrarse en la bibliografía (N. del A.).

14.

que poseen los instrumentos de producción (el capital).

La República, en este caso, al dictar leyes que protegían a los desposeídos y afectaban en sus intereses a los poseedores, se erigía en un peligro que era menester eliminar.

Siendo el ejército y el clero las dos fuerzas tradicionalmente aliadas del capital, no es de extrañar que haya sido el primero el brazo ejecutor y el segundo el brazo "benedicidor" e ideológico del levantamiento militar que al fin dio al traste con la República.

Una República balbuciente que llevaba cinco años de desacuerdos y luchas intestinas entre los diversos partidos que la conformaban, se suponía que sería fácil presa de un ejército que si no muy moderno, contaba con la disciplina propia de ese cuerpo y con todos sus mandos intactos. Mas la presa no fue fácil de dominar porque no se contó con un elemento que resultó a la postre definitivo: el pueblo. Y si bien es verdad que en los primeros tiempos cundió el desorden y la anarquía, no es menos cierto que cuando todo un pueblo está dispuesto a luchar, aun las armas más modernas y los ejércitos mejor entrenados son impotentes para dominarlo.

No son desde luego los cinco años de República anteriores a la guerra los más interesantes. Y ello por una causa fundamental: la República, aunque apoyada por los partidos populares, gobernaba si no a espaldas del pueblo tampoco contando con

él, esto es, las decisiones las tomaban los políticos sin consultar con las masas, de tal suerte que las huelgas obreras se sucedían una tras otra, prueba más que suficiente de la afirmación anterior.¹

Y estas contradicciones no ocurrían por casualidad, se presentaban porque la República no era representativa del pueblo que la había elegido, sino de una clase que era la que detentaba el poder: la burguesía.

Son precisamente las contradicciones burguesas las que se manifiestan en los cinco años de régimen republicano anteriores a la guerra, por lo cual surgen choques constantes con las clases desposeídas. Los políticos republicanos son consecuentes con su clase y no pueden estar de acuerdo con la clase proletaria a quien no le importa quién está en el poder, le interesa cubrir sus necesidades perentorias de vida.

El panorama cambia totalmente desde el día mismo en

-
1. En julio y agosto de 1931 hubo una serie de violentas huelgas organizadas por la Confederación Nacional del Trabajo. "Hubo tres muertos en una huelga general en San Sebastián y el gobierno tuvo que recurrir a la artillería para acabar con una huelga general en Sevilla, lo que causó treinta muertos y doscientos heridos." (Thomas, p. 33). "Un conato de alzamiento anarquista tuvo lugar en el valle del Llöbregat en enero de 1932 y las huelgas, que habían seguido su curso durante todo el mes de octubre, empezaron otra vez. Azaña mostró tener mano dura con los anarquistas y deportó a muchos de ellos a Africa, conducta que le enajenó a los trabajadores, pero que le concilió con la burguesía la cual empezaba a pensar que la República no era tan mala como habían creído." (Brenan, pp. 182-183).

16.

que se produce la sublevación y tras un ajuste natural en que se manifiesta la desorganización y la anarquía, al cabo de muy poco tiempo el pueblo se organiza y opone una tenaz resistencia.

Ante el peligro, los gobernantes burgueses sólo tienen una alternativa: aliarse con el pueblo y éste para defender su propia existencia sólo posee una opción: combatir. Es así como (aunque con contradicciones quizá más ficticias que reales) se unifica la resistencia y la guerra dura tres largos años.

Sin embargo, es un hecho cierto que los dirigentes republicanos no representaban siquiera a la burguesía en su totalidad, sino a una parte de ella, la pequeña burguesía, formada por las llamadas profesiones liberales y un cierto sector muy reducido de la burocracia.¹

El grueso de la administración era herencia de la monarquía y ya se sabe que por naturaleza la burocracia es eminentemente conservadora; conservar el statuo quo es asegurar el puesto. Por otra parte, la burguesía como clase no podía estar de acuerdo con la República puesto que ésta atentaba contra sus intereses. Ya se dijo antes que los terratenientes e industriales, los capitalistas en general, eran enemigos naturales de la nueva situación. Es en realidad Franco y lo que él representaba el verdadero vocero de las clases privilegiadas.

1. Thomas, pp. 16-20.

¿A quién representaban pues, los dirigentes republicanos? Se supone que al pueblo trabajador. ¿Pero es esto cierto? Pensamos que se trata de una falacia en vista de que tampoco estaban dispuestos a llevar a cabo las transformaciones que el pueblo exigía y necesitaba.

Tradicionalmente, desde finales del pasado siglo, las dos grandes organizaciones de trabajadores que existían en España eran la UGT y la CNT. Como es sabido, el brazo político de la primera era el partido socialista y de la segunda el anarquismo preconizado por Bakunin. Estos últimos, los anarquistas, partidarios del comunismo libertario, consideraban como condición para su triunfo la desaparición del Estado.

Los socialistas habían roto con la III Internacional y representaban un socialismo reformista al estilo de la socialdemocracia europea.

Ante esta situación, cuando estalla la guerra surge una tercera alternativa que gracias a su disciplina y a que ofrece una opción más revolucionaria, se convierte súbitamente en la fuerza más poderosa: los comunistas.

Mas si bien es cierto que éstos poseen una organización más perfecta que los otros partidos y son capaces de aglutinar a una enorme masa de trabajadores, no es menos verdad que la dirección comunista staliniana tiene en esos momentos unos intereses de carácter internacional que atentan contra los par-

18.

ticulares de España.

La Unión Soviética llega a comprender que el hecho de comprometerse con la República la orillaría a un enfrentamiento con las potencias nazi-fascistas y no está dispuesta a llegar a tanto. Tan es así, que para ganar tiempo al tiempo, algo más tarde se firmaría el pacto de no agresión germano-soviético que a la postre lo único que hizo fue retrasar la agresión de Hitler.

Sin embargo, por lo que a España se refiere, es indudable que la organización que el Partido Comunista impuso, sobre todo por lo que hace a la organización del ejército republicano, es de la mayor importancia y es sin duda una de las causas --si no la principal-- de que se pudiese llevar a efecto una resistencia que duró tres años.

Es muy importante considerar que la guerra de España no es solamente una guerra fratricida, sino que también se dan otros elementos que la hacen singular.

Son varios los procesos que surgen y que es preciso analizar, así sea someramente. Por un lado está la guerra civil en sí misma, esto es, la sublevación de una gran parte del ejército contra un régimen legalmente constituido. Por otra parte, se debe considerar la intervención nazi-fascista que ayuda al bando faccioso, y la intervención --por defecto-- de las naciones europeas en el famoso y triste Comité de No-intervención, que niegan a la República su facultad de defenderse ante una

1. Thomas, p. 303 y ss.

agresión extranjera.

Un elemento más que se debe tomar en cuenta es el surgimiento de las Brigadas Internacionales que lucharon en favor de la República y que son la expresión de los pueblos del mundo en esa coyuntura histórica, de enfrentarse al fascismo internacional y tratar de derrotarlo en tierras de España.

Y por último, otro elemento que es preciso no perder de vista se refiere a que la masa trabajadora que se ubicaba en el bando republicano no solamente consideraba a la guerra como una lucha fratricida y como el inicio de la guerra total contra el fascismo, sino como algo aún más importante para ellos que los libraría definitivamente de la explotación a que habían venido siendo sometidos, a saber, una guerra revolucionaria.¹

Es preciso hacer notar que durante la contienda el gobierno republicano fue rebasado por las masas porque en realidad carecía de autoridad para imponérselas. Se ha esgrimido el argumento (mantenido por no pocos republicanos) de que durante la guerra imperó la anarquía y que los partidos ejercían tal influ

1. "En España, la democracia que había, se acabó al empezar la guerra. Porque el sistema imperante desde entonces, no es la democracia. Es una revolución, que no ha llegado a cuajar y sólo ha producido desorden, y una invasión sindical que ha fracasado, después de agarrotar y paralizar al Estado y al Gobierno. Demos por fracasada la democracia, también fracasó y volvería a fracasar la dictadura, como fracasó la monarquía... España es un pueblo difícil de someter a una disciplina de libertad y de razón. Todos son violentos. Hay pocos sesos en España, o no estamos enseñados a usarlos. Vivimos de las reacciones del carácter." (Azaña, IV, p. 787).

jo sobre sus miembros que éstos más obedecían a sus consignas que a las decisiones gubernamentales.

La realidad es que el gobierno, ya antes de la sublevación, carecía de la autoridad necesaria porque no representaba los intereses de clase de las masas trabajadoras.

Y si bien antes de la guerra esto se manifestaba por la constante inquietud social plasmada por las continuas huelgas y paros, cuando se produce la lucha y las masas consideran que la ocasión es propicia, hacen caso omiso de una autoridad gubernamental que sólo servirá, en el mejor de los casos, para reprimirlas y aun para asesinarlas, como ocurrió en el tristemente célebre incidente de Casas Viejas. Citamos este suceso perfectamente conscientes de que el gobierno republicano se enfrentó a él de manera decidida y sin tratar de ocultarlo. Sabemos también que tras larga investigación se llegó a la certeza de que se trató de un acto de provocación perfectamente orquestado con el afán de desprestigiar a la República.¹ Pero no se nos escapa que el gobierno toleró que sus enemigos se paseasen tranquilamente por las calles y conspiraran contra el régimen cada vez que lo consideraban oportuno. Si los adversarios tramaban provocaciones y subversiones sin cuenta ¿no es acaso el Estado quien lo debe evitar?

Si la República no está en disposición de defenderse

1. Thomas, pp. 49-50.

a sí misma ¿no es igualmente responsable de los sucesos ocurridos? Pensamos que la respuesta es sólo una.

Quizá no sería demasiado temerario afirmar que a la República la perdieron en gran medida sus dirigentes. El temor de que el pueblo se radicalizara y adoptase medidas revolucionarias dio como resultado que las decisiones fueran siempre tibias y los problemas quedaran a medio resolver, con lo cual no se satisfacía por un lado al pueblo y, por otro, se le daban armas a la reacción para organizarse.

Prueba de lo anterior es la reforma agraria que no sólo era tímida en cuanto a su legislación, sino algo más grave aún, y es el hecho de que nunca se puso en práctica en las regiones donde los campesinos eran más explotados, como es el caso de Andalucía.¹

Cuando en un país como España en donde las masas trabajadoras vivían secularmente explotadas, se adoptan paños calientes para resolver los problemas y las medidas son apenas reformas que no resuelven los conflictos en su base misma, se tiene que presentar una situación como la que a la postre sobrevino.

Mucho se ha hablado de que las luchas intestinas en el seno mismo de la República fue una de las causas determinantes de su caída. El argumento, con ser importante, no parece

1. Thomas, p. 37 y ss.

fundamental.

No se puede negar que las rencillas entre anarquistas y comunistas, principalmente, causaron más de un conflicto y una serie de trastornos para la estabilidad republicana. Sin embargo, es innegable e incontrovertible que cuando las masas tuvieron que defender sus precarias conquistas ante un enemigo que se las quería arrebatar, combatieron codo con codo y, manteniendo su propia identidad, se hermanaron en la lucha común.

Si los dirigentes republicanos se hubieran dado cuenta de que eran precisamente esas masas las mejores y las únicas defensoras de la República en el periodo anterior a la guerra; si hubieran tenido conciencia de que ellos eran tan solo los representantes de un sector republicano --sector el menos combativo, por cierto-- y que el gobierno sólo podría adquirir fortaleza con el apoyo popular, quizá los acontecimientos se hubieran escrito de otra manera.

No se trata de hacer la historia que no fue. Pero sí de analizar los acontecimientos para tratar de encontrar la verdad, una verdad que se ha venido escamoteando tanto por los vencedores cuanto por los vencidos y más por éstos que por aquellos, en este caso concreto.

Poco se ha dicho en realidad --a pesar de la aplastante bibliografía sobre el tema-- de las causas estrictamente socioeconómicas que generaron el conflicto. La tendencia es más

bien a irse por las ramas y a tratar de centrar el problema en la sublevación militar y en la labor subversiva del clero. Y si bien es verdad que estas dos causas no son poco importantes, no es menos cierto que tienen su origen en aspectos meramente econó¹micos.

Las obras que hemos consultado y que tratan de los años de la República anteriores a la guerra, insisten en presentar un panorama de inquietudes por parte del ejército y del clero como si estas dos instituciones actuaran de manera autónoma, es decir, como si su hostilidad estuviera fundada exclusivamente en el pesar de que se les privara de sus privilegios. Y aunque esto es verdad, no es toda la verdad ni siquiera la más importante.

El hecho fundamental es la liga de estas dos organizaciones con las clases de que formaban parte y que eran la esencia misma de su existencia: la burguesía y el capital. No se entiende ni en España ni en ninguna parte la sublevación de un ejército y la bendición de un clero, si ambos no tienen cubiertas las espaldas por el capital que los va a amamantar.

Un ejército burgués, para sublevarse, necesita contar con el apoyo económico de los capitalistas a quienes sirve. Además, en el caso de España la sublevación se lleva a efecto no sólo tras contar con la ayuda capitalista, sino después de que te-

1. Thomas, pp. 36-38.

nían seguro el apoyo de Mussolini primero y de Hitler después.¹

Ya en plena República, un grupo de facciosos visita Italia con el afán de lograr que Mussolini, en el momento adecuado,² preste su concurso a la sublevación militar.

A cambio de ello, los fascistas italianos buscan no tanto recursos económicos que les pudiera proporcionar España --como pretendió después Hitler con las minas españolas-- cuanto prerrogativas en el aspecto político y militar, sobre todo por lo que se refiere a ciertos puertos mediterráneos en las islas Baleares que le permitieran, cuando pensaran llegado el caso, convertirse en dueños del Mediterráneo y contrarrestar el poderío marítimo inglés que a la sazón dominaba los mares.

La situación se debe juzgar, pues, no sólo a la luz de una pérdida de privilegios por parte del ejército y el clero, sino tomando en consideración que las fuerzas verdaderamente afectadas por los intentos reformistas de la República eran precisamente las que permanecían en la sombra agazapadas para dar el zarpazo, esto es, los intereses capitalistas.

Queda para otro estudio --a todas luces inconveniente

1. Ibidem, pp. 177-178.

2. "El 31 de mayo de 1934, visitaron a Mussolini Antonio Goicoechea (...), el general Barrera y otros dos carlistas (Rafael Olazábal y Antonio Lizarza). (Mussolini) prometió a los rebeldes millón y medio de pesetas, 200 ametralladoras y 20,000 granadas, así como una ayuda más amplia para cuando se produjera el alzamiento. El dinero les fue entregado al día siguiente." (Thomas, p. 59).

en este pequeño trabajo-- el análisis de las ligas entre el capital y el ejército y el clero, que indudablemente pondrá de manifiesto lo que aquí nos limitamos a esbozar.

Dos hechos fundamentales marcan el inicio de la hostilidad de clero y ejército contra la República. Cuando en las Cortes Constituyentes se discute la situación del clero en sus relaciones con el Estado y se decide la desaparición de las órdenes religiosas y la expulsión de los jesuitas. Se añade además, en la Constitución, que el Estado se hará cargo de la educación y se le retira la subvención a las órdenes religiosas.

Esto ocurre en el mismo año de 1931, meses después de la proclamación de la República. Aprobado por las Cortes el famoso artículo 24, el propio Presidente del gobierno presenta su dimisión porque su carácter de católico no le permite sancionar¹ el acuerdo.

Este solo hecho es ya muy significativo y retrata la tendencia de los dirigentes republicanos. Mas la cosa no quedó ahí, sino que más tarde el propio Presidente del gobierno dimite es elegido Presidente de la República (Alcalá-Zamora).

Por si lo anterior fuera poco, en el mismo año de 1931 se promulga la llamada Ley Azaña que consiste en mandar a retiro a algunos de los jefes y oficiales que habían servido a la monarquía y a la dictadura de Primo de Rivera. Para que pasen a la

1. Thomas, p. 34.

reserva, se les concede el goce total del sueldo.

No es preciso ser muy lince para darse cuenta de que todos estos militares obligados a dejar el mando y pasar a retiro, se dedicaron en cuerpo y alma a conspirar contra el régimen. Además, la mayoría de los generales que después se sublevarían se guían gozando de la confianza del gobierno.

Tal es el caso de Franco, Queipo de Llano, Goded, etcétera. De algunos de ellos, de Franco por ejemplo, se "sospechaba" que eran desafectos a la República y sin embargo no se tomaban medidas contra ellos.

Se puede observar, pues, que las primeras resoluciones adoptadas por los dirigentes republicanos les habían ganado ya la enemiga de los dos sectores tradicionalmente más poderosos de España: clero y ejército.

Y ello ocurría porque estas medidas eran, como todas las que tomaba la República, meras reformas que no iban al fondo mismo de los problemas.

Lo indicado hubiera sido, en ambos casos, que el gobierno hubiese dictado sendos decretos proscribiendo las órdenes religiosas y disolviendo el ejército.

Sin embargo, llevados de un afán legalista muy caro a la pequeña burguesía, se decidió el método parlamentario público, con lo que se alertó a las fuerzas afectadas. No hubiera es tado de más, por supuesto, que ambos decretos pasaran, posterioro

1. Ibidem, p. 43.

mente, a formar parte de la Constitución. Pero esto se debió hacer después de haber sido tomadas las medidas y no antes.

Quizá en estas dos leyes y en las de reforma agraria estribó la quiebra principal de la República. No se trata aquí de analizar exhaustivamente toda la legislación reformista, sino simplemente de comentar las leyes más representativas y las que de modo más directo se volvieron después en su contra. Lo que sí es un hecho es que estas tres disposiciones eminentemente reformistas, marcan la pauta del carácter burgués de la República.

Por otra parte, la estructura misma del Estado le confería un carácter eminentemente represivo. Si bien esto no se pone de manifiesto en la legislación que dictó, sí se hace evidente en los hechos.

Aunque los sucesos de Casas Viejas son sin duda el ejem plo más notable de lo que afirmamos, no son desde luego los únicos y en todos los casos de huelgas de los trabajadores el Estado procedió contra los intereses proletarios.

Tal parece que el afán no era llegar a acuerdos con los trabajadores, sino imponer el orden por medio de la represión. Y eso que en el gobierno colaboraban representantes de la UGT, pues es bien sabido que la CNT prestó su colaboración ya bien entrada la guerra.

Por cierto que lo que afirmábamos más arriba en el sen tido de que los diversos partidos políticos, cuando sonó la hora,

28.

se disciplinaron a defender la República, se pone de manifiesto cuando la CNT, defensora acérrima de la desaparición del Estado --pues todo Estado es represivo por naturaleza, según sus doctrinas-- deja a un lado sus exigencias de principio y se aviene a formar parte del gobierno. Consideramos, a propósito, que esta actitud de los anarquistas lejos de ser oportunista, como se le ha tachado, representa un intento por colaborar con las demás fuerzas republicanas para combatir al enemigo común que en esa coyuntura histórica estaba representado por el fascismo internacional. Se debe tomar en cuenta, además, que también los comunistas estaban representados en el gobierno y ellos estaban conscientes de que se trataba de un gobierno burgués que muy lejos estaba de implantar la dictadura del proletariado. En consecuencia, con los mismos argumentos que se tilda de oportunista a los anarquistas, se podría hacer lo propio con los comunistas. Ni en uno ni en otro caso, sin embargo, estamos de acuerdo con esas etiquetas.

Insistimos por ello en el hecho de que las famosas luchas intestinas en el seno de la República más nos parecen artificiales que verdaderas, aunque no desconocemos su existencia en determinados momentos, si bien pensamos que ello requeriría un análisis pormenorizado que no es ocasión de emprender.

Quizá se podría citar, sólo a modo de ejemplo, la famosa sublevación anarquista de mayo de 1937 en Barcelona. Sin afán

de justificar el hecho y menos de analizarlo como se merece, la realidad es que los anarcosindicalistas intentaron desconocer a un gobierno como el de la Generalidad de Cataluña cuyos dirigentes eran tibios aun dentro de la burguesía republicana. Como es sabido, el gobierno central se impuso y dominó el orden público, que desde ese entonces ejerció, privando a la Generalidad de uno de los resortes más importantes del poder.¹

Por lo que se refiere a los anarquistas, tras la abortada revuelta retornaron a los frentes y combatieron con los demás defensores de la República hasta el final de la contienda.

A cualquiera que esté familiarizado con los acontecimientos no se le escapa que el tributo de sangre que pagó la CNT en defensa de la causa republicana fue altísimo y que varios de sus jefes se convirtieron en personajes míticos: Durruti, Ascaso, Mera...

Pero nos parece más importante resaltar el hecho de que la masa trabajadora, independientemente del partido que representara, era continuamente hostigada por el aparato estatal, y esto es lo que viene a caracterizar, quiérase o no, a la República en España.

1. Thomas, pp. 355-359. Es muy interesante el dato, que cita Thomas, de que agentes franquistas se infiltraron en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.) y el Partido Obrero de Unificación Marxista (P.O.U.M.) e iniciaron los desórdenes en Barcelona.

Decíamos ya antes que uno de los factores más representativos de la guerra de España lo constituye el hecho de que las masas trabajadoras consideraron esta guerra como una guerra revolucionaria que, en caso de triunfo, daría al traste no sólo con el enemigo común, sino también y de modo expreso, con el mismo gobierno republicano y todo el aparato burgués.

Esto es así porque el gobierno republicano lejos de representar a la clase trabajadora, la reprimía. La única solución pues --y los trabajadores lo sabían bien-- era la lucha revolucionaria para liberarse de los opresores e imponer un verdadero gobierno que los representara.

No pensamos que en este caso sea lo más importante si los fines se lograron o no. Al fin y al cabo la historia ya está escrita y no la podemos variar. Sin embargo, en todo proceso histórico la interpretación de los hechos resulta fundamental para esclarecer la verdad de los acontecimientos y podernos explicar no sólo por qué ocurrieron las cosas de determinada manera y qué enseñanzas nos puede brindar este análisis.

A pesar de lo dicho, hay una constante de la cual no nos queremos apartar y que representa la piedra de toque fundamental en todo este proceso: la República española fue derrotada en la guerra por la intervención nazi-fascista. Tratar de buscar cualquier otro tipo de explicación no sólo es faltar a la verdad histórica, sino adoptar una actitud reaccionaria que úni

camente beneficia a los facciosos.

Manifestar las contradicciones entre gobernantes y gobernados --tal como hicimos nosotros-- fue con el afán de esclarecer un hecho de la mayor importancia, a saber, que la llamada guerra civil no fue sólo eso, sino que pretendió ser también una guerra revolucionaria en la que el pueblo lograra, al vencer, sus justas reivindicaciones.

Pero no es nuestra pretensión, de ninguna manera, desconocer la realidad y achacar la derrota de la República a sus propias contradicciones. Si las fuerzas nazi-fascistas no hubiesen apoyado a los facciosos, no la República, el pueblo entero hubiera aplastado la sublevación.

Por otra parte, aunque la página de la historia reciente de España se ha detenido, aún no está definitivamente pasada. Los acontecimientos que puedan ocurrir en un futuro cercano no serán más que continuación de un pasado que es permanente presente y esperamos que promisorio porvenir.

Así las cosas, ser partidario de uno u otro bando no es más que pronunciarse ideológicamente ante una situación que no se podía soslayar, que requería el compromiso pleno de todos los individuos involucrados en la contienda. Y si bien el enemigo lo es cara a cara y se le combate hasta el exterminio, surgió otro sector --representado principalmente por los "intelectuales"-- que intentó colocarse, como se suele decir, por enci-

32.

ma del bien y del mal.

Estos elementos para quienes si la República era mala también lo eran los facciosos, se sintieron poseedores de la única verdad.

A esa estirpe de "intelectuales" pertenece Ramón J. Sender. En lo que sigue, pretenderemos mostrar la interpretación que de una realidad concreta, la guerra de España, nos presenta el autor a través de su Crónica del alba.

Como quiera que se trata de una narración autobiográfica, en ella no sólo se hace la crónica de las aventuras del protagonista, José Garcés, sino que se habla por extenso del contexto social, político y económico que le toca vivir.

Lo anterior permite analizar tanto los diversos acontecimientos que van conformando su propia existencia, cuanto la pintura de una sociedad en la cual está inmerso el protagonista y que constituye el marco en el que se desarrolla.

Nuestro propósito, en consecuencia, no se limita a dar razón de una crónica individual, sino también a hacer la autopsia de un cuerpo social, la España de la época, para llegar a conclusiones valederas respecto a un país definido en un momento determinado de su historia.

Consideramos que la materia a novelar es amplia y rica. Veremos a continuación si Sender fue capaz de realizar con éxito la empresa.

C A P I T U L O I I

Si bien nuestra pretensión se limita a un somero estudio de lo que trata Sender a propósito de la Guerra Civil española, consideramos elemental comentar --así sea a vuela pluma-- las diversas narraciones que bajo el título general de Crónica del alba publicó nuestro autor.¹

Como en rigor la novela es autobiográfica, parece lógico iniciar el comentario cuando principia el relato, con el objeto de ir siguiendo no solamente la secuencia de la narración sino también las peripecias del héroe --José Garcés--, hasta el momento en que se produce la Guerra Civil en la que interviene el protagonista, como español de su tiempo. Mas no adelantemos vísperas y empecemos por donde se suele hacer: por el principio.

La novela Crónica del alba se inicia con la niñez y adolescencia del héroe y fue publicada en México de manera independiente; posteriormente fue aumentada por el autor hasta un total de nueve relatos. La técnica que siguió el narrador es la que calificaba Unamuno de "ovípara":² una anécdota determinada fue desarrollada por el autor añadiéndole nuevas situaciones y

-
1. En las referencias de la obra que aparecen en el texto, nos hemos limitado a indicar entre paréntesis el número del tomo y las páginas correspondientes; el título completo de la obra puede encontrarse en la bibliografía. (N. del A.).
 2. Unamuno, pp. 79-94.

34.

personajes. Esta creación se distingue de la que el propio Unamuno llamaba "vivípara" en que se concibe de un tirón, por decirlo así, esto es, que tanto la anécdota como los personajes que la viven, se conciben en su conjunto, como una totalidad. El universo de la novela, situaciones y personajes, obedecen a un plan preconcebido. Por el contrario, la técnica "ovípara" conlleva que el cosmos de la novela no se genera como una unidad, sino como diversas partes que, reunidas, forman un todo, un conjunto. No es el momento de discutir si un sistema tiene ventajas sobre el otro, entre otras cosas porque el creador no puede estar sujeto a normas en el hecho mismo de su creación. El "escribo así porque me da la gana" tiene que ser, nos guste o no, válido para cualquier artista y lo que le toca juzgar al lector es el resultado de la obra de arte. Mas sin embargo de lo anterior, en el caso de la obra de Sender que nos ocupa, sí es importante analizar la estructura y la concepción de su novela porque éste es, quizá, su principal defecto.

Tal vez no sería excesivo calificar de deleitoso el primer relato de la prolija obra. La breve novelita Crónica del alba en que se narran las aventuras y amoríos adolescentes de José Garcés, son páginas en verdad preñadas de reminiscencias y de un tenue romanticismo que el que más y el que menos aún conserva allá en el fondo del desván de su memoria. Más aún, si algún crítico agresivo afirmase que algunos de los pasajes rezuman dema-

siada miel, estaríamos dispuestos a admitirlo. Pensamos, con todo, que cierta dosis de cursilería --reflejo de una época-- no hace más que redondear un panorama, el de aquella España, donde iban tomados del brazo lo sublime y lo grotesco, lo popular y lo aseñoritado, lo auténtico y lo cursi.

Por más que procuremos olvidar a personajes como Benavente --en casi todas sus obras--, los inefables hermanos Alvarez Quintero, Fernández Ardavín y Pemán, para citar sólo algunos que llenaban los escenarios españoles y cuyos retruécanos eran celebrados por "el público", no es posible perder de vista que eran, al fin y a la postre, representativos de una época en que además del buen gusto, imperaba la más ramplona cursilería.

No es nuestra intención extendernos en estas consideraciones, sino únicamente esbozar a vuela pluma el ambiente "artístico" de la época, para lo cual no podemos dejar de citar a ciertas "tonadilleras" que llenaron con su más o menos grata presencia, toda una etapa en que las coplas de Imperio Argentina, Estrellita Castro y Conchita Piquer corrían de boca en boca. Y en fin, para no dejar nada en el tintero, es digno de citarse el auge zarzuelero, que aturdía con una música melodiosa y agradable, a todo un pueblo que estaba necesitado de pan y de justicia. Imaginamos las muecas de ira del lector porque estamos presentando una visión unilateral del panorama. Es verdad. Es cierto que al lado de la chabacanería que acabamos de citar, exis-

tían muy altas manifestaciones artísticas.

Novelistas de la talla de Galdós, de Valle Inclán, de Baroja; pensadores como Unamuno y Ortega; altísimos poetas como Machado y Juan Ramón Jiménez, y posteriormente como García Lorca y Alberti. Todo ello es verdad y estos nombres son suficientes para prestigiar a un pueblo. Pero no es menos cierto que, como decíamos antes, en España siempre han marchado juntos lo sublime y lo execrable. Claro está que los autores que acabamos de citar son los verdaderamente representativos de la literatura de esta época y que los otros, por tan menores, yacen el sueño de los justos. Mas sin embargo, un periodo histórico determinado no se puede entender sin el conjunto de sus miserias y de sus grandezas. En un Galdós --para poner un ejemplo-- predomina el genio creador de un universo multifacético de la vida española. Asombro causa su capacidad de observación, su descripción en apariencia intrascendente de la vida cotidiana, que es en realidad la imagen que mueve todo un pueblo. Si tuviésemos que hacer una frase para la posteridad que definiera la obra galdosiana, diríamos tan solo: Es lo trascendente de lo intrascendente. Refleja la vida, ni más ni menos. Pues en el propio Galdós ¿no encontramos también miserias? Creemos recordar que de Don Benito es Mari1ri1anela.

1. No hablamos, por supuesto, del Galdós de los Episodios Nacionales.

En la vida española estaba muy arraigado ese espíritu vulgar y chabacano que constituía parte muy considerable de la clase media. Aunque la Generación del 98 luchó denodadamente por desterrar este espíritu con la vuelta a lo clásico y lo popular, y la generación que proclamó la República pensó --y pensó bien-- que todos esos resabios de cursilería no eran más que la expresión de una clase que era preciso vencer, no es menos cierto que "Roma no se hizo en un día" y que desarraigar hábitos tan profundamente enquistados no es tarea fácil.

Pero dejemos por el momento estas consideraciones para seguir con la niñez y adolescencia de José Garcés y de su inmaculada novia Valentina. La acción transcurre en un pueblecillo aragonés y el ambiente es totalmente idílico. Allí no hay los seres malos y aberrantes que pululan en otras latitudes; cuando más, pícaros y desvergonzados que dan marco al panorama. Los padres de los protagonistas son tal vez rígidos e incomprensivos, las más de las veces molestos e insoportables, pero lo que se dice malos, no lo son.

Cualquiera que haya vivido su niñez en el campo español, disfrutará el ambiente que describe Sender de las rivalidades de los muchachos de aldeas vecinas y las peleas a pedrada limpia con que se dirimían pleitos heredados de padres a hijos desde tiempos inmemoriales. Estas páginas que recrea nuestro autor y que reflejan todo el primitivismo de una España que no había

podido librarse de un atavismo de combate y crueldad, son en verdad demostrativas del ser de un pueblo que se debatía entre la civilización y la barbarie. Quizá cuando la pretensión de Sender es simplemente narrar sus recuerdos infantiles de una determinada región española sin el prurito de estar buscando símbolos, quizá, decimos, es cuando se muestra más auténtico y cuando afloran por medio de la vena popular, los símbolos más legítimos y característicos del pueblo español.

Y en esa aldea donde los niños pelean a pedradas y los adultos hacen gala de la hipocresía de las buenas maneras, viven dos jovencitos que se aman desde el momento mismo en que se conocieron: Valentina y José Garcés. Valentina no es solamente la novia-niña que nace en la imaginación de cualquier lector; no es sólo el amor puro capaz de ser creado por un novelista; no es el impulso afiebrado de un amor romántico que rompe los cánones del existir. No es nada de eso porque es algo más: Valentina es el Amor, así con mayúscula. Su presencia corpórea y su esencia amorosa no llenan tan solo la vida de nuestro héroe, sino que impregnan, por decirlo así, las páginas del libro. No quisiéramos romper el encantamiento que Valentina produce en el lector, con prosaicas consideraciones respecto a que la novia-niña está concebida como la clásica mujer española sufrida y sumisa cuya razón de ser se limita a cuidar un hogar y tener muchos hijos. Sería preferible que la imagen de Valentina fuese idealizada por

el lector, si no como mujer, sí al menos como principio, como fuerza motriz que impulsa al hombre a luchar por sus semejantes. Y quisiéramos creer que es en este sentido en el que Sender concibió a Valentina: no como el amor individual de un solo hombre, sino como el Amor colectivo entre todos los hombres.

La novelita que reseñamos --Crónica del alba-- puede tener algún pecadillo y de hecho ya comentamos más de uno. Sin embargo, es indudable que estamos en presencia de una obra cuya frescura y espontaneidad hablan muy en su favor.

Cuando Sender no "inventa", esto es, cuando se limita a su papel de "cronista", que es a fin de cuentas el que pretende adoptar, alcanza sus mejores momentos. La desgracia para todos es que se olvida a menudo que un cronista se debe constreñir a relatar lo sucedido sin aportar nada de su cosecha, porque es ahí donde suele estar su talón de Aquiles.

Así como los historiadores que tan comprensivos se muestran con Bernal Díaz se molestan con él cuando en su Historia verdadera adopta aires de petulancia y fanfarronería porque traiciona su modesto oficio de cronista, tal cual se lo propuso, producto de olvidar de cuando en vez su propósito, así, decimos nosotros, Sender es más flaco de memoria que el mismo Bernal e incurre en verdaderos desvaríos de amnesia que desnaturalizan su pretendida "crónica".

Como quiera que en Crónica del alba se circunscribe

40.

efectivamente a su papel de cronista, lo que es tanto como narrar lo vivido --la vida, si se prefiere--, alcanza cumbres que no vuelve a escalar en las novelas posteriores, salvo en los momentos en que vuelve a tomar el hilo de lo popular y hace la crónica de ello.

Sigamos con Sender, que lo dicho más arriba no es en vano. A medida que nuestro autor va empollando sus novelas, va ampliando sus narraciones, por sus páginas se deslizan vulgaridades sin cuento. Momentos hay a lo largo del relato en que sobrevienen enormes lagunas en que se percibe que la imaginación del autor se va agotando; en que las situaciones y los personajes pareciera que se negaran a actuar y que el autor se encuentra desvalido. ¿Qué hacer para superar tamaño desaguizado? A varios artificios recurre nuestro autor, a cual más falso e ilegítimo.

Veces hay en que sin guardar el menor respeto por el que lee, corta intempestivamente el relato para endilgar alguna historia ajena a la narración y obligar al sufrido lector a hacer verdaderos esfuerzos de memoria si no quiere perder de una vez por todas el hilo de los acontecimientos. Lícitos podrían parecer estos artificios si se considera que ya los legitimó Cervantes en su obra maestra; mas cuando se usan solamente como tales para distraer al lector sin aportar mayor riqueza al relato, se desnaturaliza la intención y éste siente que ha sido engañado. En la mayoría de las historias superpuestas al relato principal,

no se acierta a adivinar la intención del novelista. Algunas quizá pretenden ser simbólicas y otras ejemplares, pero su ubicación suele ser tan desafortunada que no se percibe lo uno ni se agradece lo otro. La sensación del lector es de cansancio y de hastío y a medida que avanza en la lectura surge en su mente la convicción, cada vez más arraigada, de que una buena poda hubiera sido muy conveniente.

No se limita Sender a intercalar historias inverosímiles en su relato, sino que llega mucho más allá. A las veces, y sin venir a cuento, se permite la osadía de recetarnos con curiosísimas críticas literarias. Así, desfilan por sus páginas opiniones respecto a no pocos escritores de su tiempo y no se salvan Unamuno, a quien califica de plagiario; Pérez de Ayala, a quien llama cursi; Azorín, al cual llega inclusive a imitar en un pasaje para demostrar lo artificioso de su prosa, y en fin, a Baroja y Valle Inclán, siendo este último el único que sale airoso de tan singular examen.

Es muy libre nuestro autor de externar sus opiniones literarias y de hacer cera y pabilo de quien le plazca. No es eso lo que nos duele. Lo que nos molesta y mucho, es aprovecharse del incauto lector de su novela para teorizar de lo divino y de lo humano sin que venga a cuento. Otros géneros literarios hay más propios para tratar de los graves asuntos que le inquietan, sin necesidad de convertir a su novela en un mosaico abigarrado

42.

de temas que muy lejos están de ser materia novelable. Ciertamente da la impresión de que Sender sintió cerca la muerte y quiso poner por escrito --y por extenso-- cuantas inquietudes acudieron a su mente. Y quizá es explicable que cuando se está en trance semejante, no todas las ideas son igualmente notables.

Otro asunto, en fin, que preocupa grandemente a nuestro autor es su relación con la divinidad o, para decirlo en un tono menos teológico, con lo sobrenatural. Para cualquier individuo es siempre interesante toparse de manos a boca con personas que sufren "luchas interiores", eternas dudas que los torturan sobre la existencia o la negación de fuerzas sobrenaturales que rigen la creación y la vida de los pobres mortales. Aunque es muy lamentable que algunas personas vivan estas constantes torturas, porque afectan a la razón, no es menos cierto que son indicativas de la necesidad de algunos hombres de trascender los ámbitos de una vida que se les antoja fútil y vacía. Y es en este sentido, precisamente, en el que esta actitud encuentra justificación. No se puede borrar de un plumazo, por más radical que se pretenda ser, una tradición milenaria cuya propia existencia forma parte integral de nuestra cultura. Por ello, aunque nuestras ideas estén lejos de comulgar con semejantes teorías, los individuos que las sustentan honradamente merecen, ya que no aprecio, al menos respeto.

Sin embargo, cuesta trabajo, en el caso de nuestro au-

tor, concederle el respeto al que no parece acreedor y que tampoco pretende. Sus dudas no se refieren al hombre atormentado que busca la verdad y cree encontrarla en Dios. De ninguna manera. Sus dudas son por adoptar o no ese Dios mercantilizado que venden en púlpitos y sacristías, ese Dios oficial que el cristianismo ofrece como una mercancía más de la sociedad de consumo. Como no en vano Sender vivió muchos años en Estados Unidos, se acostumbró a creer que "tanto tienes; tanto vales" y para los norteamericanos entre las cosas importantes que hay que poseer, está Dios. ¿Se concibe acaso a un norteamericano que no posea alguna religión?

Sender, pues, no plantea nunca a través de su obra una genuina preocupación por los problemas religiosos y si bien tiene el cuidado de no negar jamás la existencia de Dios, considera que inmiscuirlo en la plática cotidiana de sus personajes le procura una cierta benevolencia en un sector de su público. El mismo cuidado que manifiesta para no aparecer como ateo, se esmera en dejar bien claro que tampoco se le puede tildar de creyente. En resumidas cuentas, la actitud más cómoda parece ser no comprometerse ni con lo uno ni con lo otro, de tal suerte que siempre quede en el lector la falsa duda de qué es en definitiva lo que piensa, actitud por otra parte muy en boga entre ciertos artistas e intelectuales, que huyen del compromiso como de la peste, lo que ya es un compromiso.

44.

Seríamos injustos, sin embargo, si diéramos la falsa impresión de que todo el camino está sembrado de cardos. Ya hemos dicho páginas atrás que la novelita Crónica del alba, que abre la serie, es una pequeña obra maestra a pesar de algunos pecadillos que ya fueron anotados.

C A P I T U L O I I I

La segunda novela, Hipogrifo violento, es bastante pesada y aburrida. En ella, Sender se explaya hasta la saciedad en sus disquisiciones sobre la divinidad, puesto que el ambiente en que se desarrolla la trama es un colegio de frailes, lo cual le da pie a tratar sobre lo divino y lo humano, si bien es cierto que mucho más de lo primero que de lo segundo. La verdad es que esta novelita se olvida pronto y si por ella se juzgara a Sender, no saldría muy bien parado.

C A P I T U L O I V

La tercera novela que completa el primer volumen, La Quinta Julieta, no se pierde tampoco de vista. Con todo, tiene valores mucho más positivos que la precedente, porque el autor entra, por decirlo así, en su elemento, a saber, el contacto con el pueblo. Si en la novela anterior el ambiente se circunscribe a un internado de curas en la ciudad de Reus, en La Quinta Julieta el horizonte se ensancha y el protagonista José Garcés relata sus andanzas de mancebo de botica en Zaragoza. Lógico es suponer que un empleado de farmacia en una ciudad de cierta importancia, tiene necesariamente que tratar con un público heterogéneo, que le permite a nuestro autor retratar a una serie de personajes entre los cuales se encuentran algunos tipos en verdad interesantes. A este propósito cabe hacer notar que los retratos más acabados y que podríamos afirmar que están trabajados con más primor, son sin duda los de los integrantes del pueblo llano. Aunque cuando el autor pinta a la pequeña burguesía bosqueja sin duda a los representantes de la clase a la que pertenecía, quizá por una repugnancia de la que Sender está muy consciente, los tipos no le resultan acabados. Los burgueses que describe son más bien seres grotescos y caricaturescos que criaturas de carne y hueso. Recuerdan un poco --guardadas las debidas dimensiones--

48.

los esperpénticos personajes de Valle Inclán.

En cambio, aparece por ahí algún obrero cuyo origen y actividad permanecen un tanto en el misterio, pero con quien se identifica de inmediato el lector como el proletario que oculta algo porque en ello le puede ir no sólo la vida propia, sino quizá también la de otros camaradas.

Como ya apuntábamos antes que una de las características de nuestro autor es la irregularidad, en esta novela no niega la cruz de su parroquia, y a las veces se sumerge en una almibarada cursilería, sobre todo cuando describe, precisamente, las andanzas del protagonista por la Quinta Julieta, que da su título a la novela, especie de idílico edén que quizá pretende ser una alegoría de las desgracias del hombre en la tierra, etc., etc., porque claro, como es natural, también allí están los malos que todo lo perturban.

Con todo, el balance de esta tercera novela es más bien positivo, por las razones apuntadas, y porque si bien su desarrollo es desigual, los aciertos en la descripción de los ambientes y personajes populares son de buena cepa.

C A P I T U L O V

La cuarta novelita --y es conveniente decir de una vez que el diminutivo se emplea para calificar la extensión de la obra y no con afán peyorativo-- lleva por título El mancebo y los héroes. Aquí nuevamente Sender vuelve a estar en su elemento, puesto que la acción se desarrolla en Zaragoza, y nuestro héroe entra en contacto con los individuos que se supone son representativos de una ideología que algún día sustentó: los anarquistas.

José Garcés traba amistad con un vendedor de periódicos, Checa, hombre ya maduro y jorobado que poco a poco va inculcando en el mancebo de botica su propia ideología, el anarquismo. A través de él, nuestro héroe va conociendo a una serie de personajes, obreros y soldados, que constituyen una verdadera red de acción revolucionaria. Un mundo desconocido y apasionante se presenta repentinamente ante el protagonista. No puede discernir bien a bien --no está capacitado para ello-- si las ideas que con tanta pasión defienden sus nuevos amigos son en verdad las mejores; sin embargo, sí puede adoptar una actitud de compromiso: esta nueva doctrina defiende al débil contra el fuerte, lucha contra la injusticia y busca la igualdad entre los hombres y él con estos postulados está de acuerdo porque no obstante su corta edad, ha sufrido en carne propia la opresión.

Con tódo, buen cuidado tienen Checa y sus correligionarios de no inmiscuir al mancebo en sus conjuras revolucionarias y aunque él siente más de una vez que es rechazado, acaba por admitir su condición al darse cuenta que las tareas revolucionarias son para iniciados y no para aprendices, así sean bien intencionados.

Los revolucionarios celebran reuniones clandestinas con objeto de declarar la huelga general, mas ésta fracasa y queda sólo en una huelga parcial. Checa, uno de los líderes de la revuelta, propone el asalto del cuartel para apoderarse de las armas, y de acuerdo con algunos conjurados logra penetrar en él. Sin embargo, la lucha se generaliza y a pesar de las arengas de Checa a la tropa, no logra convencerlos a todos. Tras veinticuatro horas de combate, la situación para los revolucionarios está perdida.

Sender narra con estas emocionantes palabras el final:

Checa había sido en aquella empresa superior a sus compañeros civiles. Los militares que se habían comprometido con él eran valientes, con la excepción del sargento de guardia, que a última hora se arrepintió y a quien tuvo Checa que matar.

Cuando Checa se sintió herido, hizo que lo lle

varan al cuerpo de guardia y allí lo instalaron acostado en un diván. Cerca estaba el cadáver del oficial, y Checa hablaba dirigiéndose a él:

"-Tu vida seguramente ha sido limpia como la mía. Perdona, muchacho. A los dos nos ha tocado la mala suerte y aquí estamos. Dentro de poco yo tampoco viviré, y, en definitiva, tú y yo habremos sido víctimas de los otros, de los de arriba. España está mal y ni tú ni yo tenemos la culpa. Tú has dado la vida por ella, y yo voy a darla también. Por España. Muriendo tú, se elimina un obstáculo. Muriendo yo, se levanta un ejemplo. Los dos por un mundo mejor."

Añadió, dirigiéndose a los otros: "Yo he hecho mi parte y me voy tranquilo. A ver cómo hacéis vosotros la vuestra, y no tengáis miedo. Morir es poca cosa. Casi un juego de niños. Lo difícil y lo grave es vivir. A ver cómo lo hacéis vosotros, compañeros".

No tardó mucho en morir. Después de muerto, tenía una expresión plácida y serena. (II, pp. 152-153).

Tal vez alguno tache de retóricas estas palabras. Sin embargo, si recordamos las últimas expresiones de un presidente latinoamericano recientemente asesinado por fuerzas semejantes a las que mataron a Checa, las sentencias de éste adquieren la debida autenticidad. Decíamos ya que cuando Sender es sincero consigo mismo, logra transmitir ese sentimiento al lector y alcanza su prosa los mejores momentos. En El mancebo y los héroes se confirma una vez más nuestra aseveración y la crónica del hecho revolucionario que narra --producto sin duda de su experiencia-- es expresión genuina de sus vivencias más populares y arraigadas.

1. Seguramente que los hechos que narra Sender en la novela reseñada, le fueron inspirados por las huelgas que, encabezadas por los anarquistas, se llevaron a efecto en Zaragoza en el invierno de 1933-1934 cuando era ya jefe del gobierno Alejandro Lerroux. "La gran huelga general de Zaragoza de este año duró nada menos que 57 días." (Thomas, p. 58).

C A P I T U L O VI

La quinta novelita del segundo volumen, La onza de oro, se desarrolla nuevamente en la aldea. Nuestro héroe, temeroso de que los acontecimientos revolucionarios ocurridos en Zaragoza que culminaron con la muerte heroica de Checa, pudiesen afectarle directamente en vista de la divulgación que recibieron por la prensa, opta por ausentarse de la ciudad e ir a buscar refugio en la pequeña aldea donde vive su abuelo materno, por quien sentía especial inclinación.

El pretexto que se pone a sí mismo es el de preparar los exámenes del bachillerato que presentaría en su debido momento en Zaragoza. Y vemos aquí nuevamente a nuestro héroe en contacto con la vida patriarcal y sencilla del campo aragonés.

Más la aldea a la que se va a refugiar no es la misma en la cual transcurrió su primera infancia con Valentina, es precisamente la que queda al otro lado del río, donde estaban, ni más ni menos, sus antiguos rivales con los que peleaba esgrimiendo el guijarro como arma. Pero si alguna ventaja tienen los aldeanos es que olvidan pronto los agravios y José Garcés es recibido en la comunidad como uno más. Además, el prestigio del abuelo, viejo patricarca al que se guardan consideraciones sin cuento, lo protege.

Los personajes de esta historia son pocos, aunque como se suele decir, sustanciosos: Luna el Viejo, el abuelo, hombre rústico de bien ganado prestigio por su sentido común y algo quizá también por su natural repugnancia a todo lo libresco; el Bronco, prototipo del campesino brutal y primitivo, aunque tal vez por ello mismo noble, y Benito, maníaco y torvo que es el eje de la historia. Y ésta se reduce, simplemente, a un caso más de comisaría cuando Benito comete un homicidio para apoderarse de unas onzas de oro --de ahí el título de la obra-- que pensaba atesoraban unas vecinas. Mas tales onzas no existían y Benito no es perseguido porque todo el pueblo lo considera loco, y el demente acaba al fin haciéndose justicia por su propia mano, al ahorcarse con una soga que para tal efecto le había proporcionado el Bronco.

Si bien es verdad que la anécdota que desarrolla nuestro autor es a todas luces vulgar y carente de interés en sí misma, no es menos cierto que los personajes --inspirados en tipos populares que seguramente conoció en su infancia-- están bien estructurados y son representativos de una sociedad rural primitiva que conformaba un alto porcentaje del campo español. La brutalidad de un campesino como el Bronco o la demencia de un homicida como Benito, no son más que la representación de hombres sometidos durante generaciones al hambre y a la humillación permanente que los mantiene en esa equívoca frontera entre

lo racional y la mera animalidad. Si es triste admitirlo, error sería negarlo: estos hombres también son hijos de España.

C A P I T U L O V I I

La sexta novelita del segundo volumen, lleva por título Los niveles del existir. Se desarrolla también en un pueblo del bajo Aragón, desconocido para nuestro héroe, a donde va a trabajar igualmente como mancebo de botica.

Si en la primera novela, Crónica del alba, José Garcés conoce el Amor con mayúscula, representado por Valentina, en esta narración descubre por fin el amor con minúscula en la persona de Isabelita, esto es, el simple amor entre hombre y mujer que parece ser descubrimiento antiguo.

Como es lógico suponer en un adolescente --y José Garcés lo era a la sazón-- su conciencia se debate entre el amor carnal y el amor ideal y lógicamente también, decide que sólo este último es el amor verdadero. Sin embargo, a pesar de estas sesudas consideraciones, continúa su relación con Isabelita quien, reticencia más, reticencia menos, le está descubriendo un mundo nuevo que quizá intuía, pero bien a bien, ignoraba por completo. Y es así como nuestro héroe, debatiéndose entre Valentina e Isabelita, trasciende el umbral de la adolescencia y entra de lleno en su calidad de hombre.

Aunque hemos comentado en primer lugar esta mutación de José Garcés por considerarla fundamental en la personalidad

58.

del protagonista, no se reduce Los niveles del existir a la crónica de este amor. Hay otro personaje en la novela, el padrastro de Isabelita, que es muy digno de tomarse en cuenta.

El Palmao aparece en la narración siempre en labios de su hijastra y siempre como un peligro latente y brutal que si llega a enterarse algún día de los amores de los dos jóvenes, descargaría sobre ellos --con predilección en el mancebo-- la fuerza apocalíptica de su navaja.

Una noche al fin, ocurre el encuentro. El Palmao, "sombra jadeante y brutal", persigue a nuestro héroe hasta las alturas del pueblo y a pesar de que José Garcés esgrime su faca, parece que su suerte está echada. Algo insólito acontece, sin embargo. El Palmao no sólo no saca su navaja, sino que entabla amigable conversación con su presunto rival.

Hombre temido y odiado en el pueblo, al Palmao se le achacaban crímenes desconocidos cometidos en lejanas tierras. Mas la realidad monda y lironda es que se trataba de un antiguo camarada de Checa, de un militante anarquista que conocedor de la amistad de nuestro héroe con el mártir revolucionario, le propone que sea la estafeta a donde llegase el correo que el comité regional enviaría desde Zaragoza. Ni qué decir tiene que José Garcés acepta orgulloso la confianza y se compromete a seguir aparentando la misma animosidad con que era

obsequiado el Palmao por los habitantes más conspicuos del pueblo.

Con todo, José Garcés no está satisfecho consigo mismo. El hecho de estar ligado al Palmao lleva aparejado para su conciencia una cierta traición con algunas personas que se habían comportado bien con él...

Y con estas dudas y otras que no son del caso relatar, concluye Los niveles del existir.

Como se habrá observado, la novelita se va de un tirón porque Sender echa mano, una vez más, de experiencias de su propia vida y de ambientes populares en los que se siente como pez en el agua. Además, los personajes están bien estructurados y el Palmao, que durante todo el relato aparece a través de los dichos de Isabelita y de los demás habitantes del pueblo, cuando se nos presenta como hombre de carne y hueso, y no como fuerza de la naturaleza, adquiere proporciones de héroe épico que combate navaja en ristre --valga la expresión-- contra las opresiones y las injusticias. El tipo del Palmao junto con el de Checa, son quizá de los mejor logrados por el novelista y esto no nos parece producto de la casualidad; antes al contrario, tal vez se debe a que Sender se siente identificado con ellos no tan solo por su condición de parias, sino porque existe con ambos personajes una identidad ideológica.

El hecho de que más tarde --como veremos-- el autor adopte aires de intelectual que se coloca por encima del bien y del mal y abdique de la ideología que un día sustentó, no parece argumento suficiente para invalidar nuestra afirmación. Sin pretender adelantar vísperas, es acaso éste momento oportuno para decir que si bien el autor se traicionó a sí mismo por razones que no analizaremos ahora, cuando es fiel a su crónica, ciertos hechos y sobre todo, ciertos personajes, brotan del fondo más íntimo de su ser --de su conciencia-- que permanece, por decirlo así, limpia de corruptos humores. Debido a ello, personajes esencialmente revolucionarios como lo son Checha y el Palmao, son ejemplo veraz de la crónica que se propuso el autor.

C A P I T U L O V I I I

La séptima novelita que abre el tercer volumen lleva por título Los términos del presagio. Se inicia en el mismo pueblo del bajo Aragón en que se desarrolla la anterior y prosigue la historia de Isabelita y el Palmao.

La riqueza principal del pueblo era el cultivo de la aceituna, en la que participaban todos sus habitantes, incluida entre ellos Isabelita. Pues bien, resulta que el Palmao recibe instrucciones de su comité regional para que declare la huelga entre los olivarereros en demanda de aumento de salario. Y efectivamente, se declara la huelga y además se gana, pero el Palmao se ve obligado a esconderse porque lo perseguía la guardia civil...

Nuevamente aquí, Sender escamotea los hechos de la crónica y se limita a decir de la huelga: "No recuerdo ahora exactamente cómo fue la huelga. Sé que la ganaron y que aquellas dos noches y dos días fueron para mí encantadores." (III, p. 33). Resultaría lógico pensar que a un joven como José Garcés --que además tenía cierta politización, si se atiende a su edad--, un movimiento social como lo es una huelga le causaría al menos cierta curiosidad. Sin embargo, no es así. Nues

tro autor prefiere narrar las peripecias del héroe con Isabelita y despachar en tres líneas un acontecimiento de tal envergadura, si se considera que está ocurriendo en un pequeño pueblo habitado por trabajadores agrícolas. Pero en fin, los hechos son los que narra el cronista y no los que preferiría el lector, aunque a éste le quede el consuelo de tachar la crónica de poco veraz.

Mientras tanto, José Garcés, que por fin había concluido su bachillerato y en vista de que recibe una herencia de su abuelo, que acaba de morir, decide trasladarse a Madrid a estudiar la carrera. Al despedirse del pueblo, anota estas reflexiones reveladoras:

Si algún día se hace la revolución habrá que hacerla sin odio ni sangre, como una superación por la riqueza y la cultura. Había entre la llamada burguesía gente excelente y gente abyecta y entre los obreros gente abyecta y gente excelente. Sería bueno que se salvaran los sectores mejores de las dos grandes zonas en lucha. Eso pensaba entonces. La lucha de clases al estilo marxista me parecía ridícula y culpablemente simplificadora.

Después de la guerra civil, tan contraria a ese sentido de las cosas, sigo pensándolo, aho

ra. La sociedad y los hombres de hoy somos más complicados y mejores. Y la revolución, si no se propone mejorar al hombre y a la sociedad, es simplemente un caos sangriento. (III, p.42).

Como colofón a estas palabras que podrían ilustrar cualquier manifiesto anticomunista, añadiríamos tan solo que fueron escritas en Los Angeles, California, en el año de 1966, siendo presidente de los Estados Unidos Lyndon B. Johnson. Y una cosa más, para que de una vez quede asentada: en el año de 1974 regresó definitivamente a España. Los mal pensados --que nunca faltan-- afirman que hacía largo tiempo que preparaba el terreno. Nosotros no tenemos opinión al respecto.

Sigamos con las peripecias de nuestro héroe, José Garcés, en Madrid, a donde se había dirigido, tal como habíamos dejado dicho. Y es en la capital donde José Garcés traba conocimiento con el mundillo literario y donde Sender nos obsequia con abundantes y curiosas críticas a sus colegas, según ya habíamos dejado consignado. Así, al hablar de Gómez de la Serna, dice lo siguiente:

...el más conocido de los Ramones --aunque no era todavía famoso-- era Gómez de la Serna, a quien sus adversarios llamaban "de la Sarna". Era un poco afrancesado, aunque de gran talento. Había hallado en París, en los li-

bros de Jules Renard, de Apollinaire y sobre todo de Max Jacob, sugerencias ágiles y graciosas, entre ellas el esguince poético de la greguería, y se lucía en Madrid aunque no había hecho por entonces todavía nada notable. (III, p. 61).

A Valle-Inclán lo describe así:

Otro Ramón era el famoso poeta gallego --Don Ramón, por antonomasia--, quien solía frecuentar en hora del lubricán la ronda de la Granja del Henar, embozado en su capa, alicortado (manco), pero gallardo en su minúscula presencia. Era un príncipe de incógnito, a quien todo el mundo conocía; el más decorativo de los Ramones, exacto en el gesto, inspirado en la insinuación, valiente en el comentario. (III, p. 63).

De Pérez de Ayala, dice lo siguiente:

Había otros Ramones, incluido un asturiano de largos períodos escolásticos que escribía contra los jesuitas y los imitaba. Sus ensayos eran de una pedantería es

peciosa y causiefectista; es decir, silogística (siempre me ha estimulado ese tipo de pedantería), pero sus novelas eran fatalmente cursis. La buena novela no es nunca de intelecto sino de entendimiento. (III, p.63).

Y más adelante, ya en plena "teoría literaria", hace afirmaciones como éstas:

No hay nada más fácil que imitar a los escritores del 98, porque casi todos son escritores de falsilla (...) Quiero decir que a los escritores genuinos, a los que no se refugian detrás de un parapeto de palabras ni de un estilo superpuesto, a éstos no hay quien los imite. ¿Cómo se podría imitar a Stendhal, a Balzac, a Tolstoi, a Dostoiewski? Pero he aquí una imitación del moroso y sinsustancial de Azorín:

"En la vieja sala hay sillones cubiertos de fundas blancas. Un reloj da su tic-tac en un rincón. Pasan los segundos, los minutos, las horas lentamente, dejando cada uno su marca ligera en la superficie del tiempo. Un rayo de sol cruza la estancia en sombras y pega en el muro una oblea de oro"... (III, p. 129).

Y sigue con ese tenor, para comentar más adelante:

Mucha gente confunde el estilo con el amaneramiento. Lo que algunos académicos llaman voluntad de estilo es afectación (ganas de impresionar con trucos y morisquetas). No consiste el estilo en la voluntad de aparentar, sino en el conjunto de reacciones interiores que ligadas a la fatalidad del ser se manifiestan en una forma de expresión lo más espontánea posible.

El estilo, una vez más, es el hombre, y me gusta reconocer que en eso los franceses acertaron. (III, p. 129).

Independientemente de la razón que le pueda asistir a nuestro autor en sus apreciaciones, tal parece que está llevando agua a su molino, pues resulta en verdad harto misteriosa esa "fatalidad del ser" que, según él, es condición indispensable para la expresión espontánea. Y más parece una justificación propia en vista de las acusaciones a que se someten sus escritos por parte de la crítica, en el sentido de que su estilo es descuidado y desaliñado, aunque tal vez posea esa indescifrable "fatalidad del ser" a que hace referencia y que no acertamos a comprender a cabalidad.

Mas nos hemos apartado --que no divagado-- del hilo

del relato, y aquí lo volvemos a tomar nuevamente, pues siguiendo a nuestro autor, "la verdad es que estoy contándolo todo, hasta algunas cosas que debiera callarme, porque no añaden nada al interés de la narración y, por otra parte, suenan un poco im pertinentes. O prolijas." (III, p. 83).

Mientras tanto, nuestro héroe nos da cuenta de sus an danzas madrileñas:

Comencé a aficionarme a las reuniones clandestinas, que eran bastante arriesgadas porque la CNT estaba prohibida y disuelta. Naturalmente, eso la hacía más atractiva para mí. Consideraba a aquella gente como lo mejor de España, pero estaban siempre tan dispuestos a morir o a matar que a veces yo me alarmaba un poco. (III, p. 122).

Y más adelante, añade:

Había individualidades estupendas, pero las organizaciones dejaban bastante que desear en materia de eficacia, lo que no es raro ya que llevaban siempre la policía pisándoles los ta lones. Los individuos, sin embargo, los que podríamos llamar activistas eran, como digo, más eficaces en la clandestinidad que en la legalidad. Eran mejores pistoleros que oradores u organizadores. (III, p. 122).

Algún cándido tal vez se pueda preguntar: ¿y por qué pertenecía a esa organización?, ¿por qué no militaba en cualquier otro partido político, si en España había dónde elegir? Quizá este tipo de preguntas no quepan aquí, pues Sender se es tá limitando a hacer la crónica de los acontecimientos y sabemos que cuando a ello se concreta suele ser honrado y veraz.

Y continúa su narración:

El mismo año que terminé la carrera (yo cum plía veintidós) sucedieron algunas cosas sen sacionales: entré en quintas, me destinaron a Ma rruecos --aunque en el plan de oficial de com plemento, que me permitía estar un año en lugar de tres-- y fui a la cárcel. Es decir, el orden es a la inversa: primero estuve en la cárcel co mo preso gubernativo --sin juicio ni sent encia--, después acabé la carrera, luego fui sol dado y destinado a Marruecos.

En la cárcel estuve sólo dos meses y los aproveché estudiando. Fue una experiencia cómoda y saludable (...). Dos meses sin hacer na da sino leer mis libros, sin mujeres, sin lla madas por teléfono, con las horas libres bien ocupadas por pequeños quehaceres y largas tardes de asueto al sol en la galería número

uno, me dieron en seguida un aire reposado y feliz. En realidad, no había nada de que lamentarse sino de falta de libertad. En las condiciones de mi vida y en dos meses, esa falta no se hizo sentir demasiado. Tenía compañeros de todas clases, desde rate-ros y rufianes hasta falsificadores y aboga-dos aventureros dedicados a la estafa en gran escala; desde asesinos pasionales de ojos lánguidos y vacíos hasta duros profesio-nales de la sangre. El muestrario era tan diverso que no me daba lugar a aburrir-me (...)

Salí de la cárcel antes de que hubiera llegado realmente a sentir la necesidad de la libertad; así es que me despedí de los compañeros un poco decepcionado. (III, p.123).

Como se puede observar, nuestro autor escamotea una vez más la realidad y se aparta de la veracidad que todo cronis-ta debe guardar. Oculta las verdaderas causas que lo condujeron a la cárcel y se limita a explicaciones meramente anecdóticas que no esclarecen los hechos. Aunque en esa época --en plena monarquía-- era razón suficiente para ser perseguido tener al-

gún contacto con organizaciones revolucionarias, como lo eran los anarcosindicalistas, también es verdad que Sender, si bien no lo dice nunca en forma explícita, era militante anarquista y que esa es, a no dudarlo, la verdadera razón por la cual fue perseguido. Parece, sin embargo, que siente cierta vergüenza por esa militancia que oculta cuidadosamente, como si el hombre y el escritor no fuesen una misma persona y todos sus contemporáneos hubieran perdido la memoria.

Por fin, José Garcés parte para Marruecos y aunque sobre la guerra en sí no trata asuntos dignos de mención, nos endilga una historia que atribuye a un pariente lejano, no sin antes hacer la siguiente acotación: "Probablemente aparecerá entre estas líneas alguna influencia más o menos concreta y directa del libro Imán, de Sender, que leí y me gustó. También era aquél un relato veraz." (III, p. 137). Dicho lo cual, comienza el relato dentro de la narración sobre los desgraciados amores de Alfonso Madrigal, soldado español destacado en Marruecos, hacia la presunta mora Antonia, hija a su vez del también presunto moro el Zurdo, perseguido por la justicia.

Y la novelita inserta en la novela que reseñamos, Los términos del presagio, no tiene en realidad nada que ver con ésta. Se trata de un relato retrospectivo que Alfonso Madrigal hace a nuestro héroe, que lo va a visitar a un hospital donde convalece de heridas recibidas, y no precisamente en com

bate, sino en una reyerta por el amor de Antonja. La narración abarca cerca de noventa páginas y ya decíamos antes que estas historias superpuestas al relato principal, no se acierta a comprender si pretenden ser simbólicas o ejemplares. La que ahora nos ocupa no parece catalogarse ni en uno ni en otro renglón y más parece un argumento zarzuelero que tal vez se le escapó a algún autor del "género chico", con el cual quizá se hubiera inmortalizado.

Puesto que Sender nos deja ver que se trata de "un relato veraz", nos asalta una duda, a saber, que cuando la crónica relata acontecimientos verosímiles de manera hueca y vulgar, éstos resultan inverosímiles y faltos de verdad literaria aunque reflejen con veracidad la realidad. Esto, que acontece a no pocos escritores realistas, no es más que falta de talento literario, pues es sabido que la transcripción fiel de la realidad sin pasar por el tamiz de la recreación del escritor, da como resultado una obra inerte, carente de vida. Contra lo que se pudiese pensar, el cronista no queda excluido de esta apreciación, ya que relatar los hechos con veracidad no entraña, en modo alguno, abdicar del arte de la narración. Cualquier obra narrativa, incluida la crónica, debe ser reflejo, representación, de un cosmos; bien creado por el autor, bien descrito por él, para que alcance cabal valor literario. Cuando este universo no se logra, la obra narrativa no

se consuma. Para ello es válido pensar en autores tan lejanos como podrían ser Bernal Díaz del Castillo y Gabriel García Márquez, por ejemplo, quienes crean cosmos bien definidos, si bien el uno relata hechos verídicos en lugares determinados y el otro crea un verosímil mundo tropical en su ya imperecedera Macondo. Mas tanto el México de Bernal cuanto el Macondo de García Márquez, son igualmente reales y representación acabada de talento narrativo.

Por el contrario, las aventuras que Sender nos relata de Marruecos, por más veraces que sean resultan inverosímiles y no porque no obedezcan a la verdad, sino porque nunca ésta, por sí misma, constituye la realidad, que como decíamos, debe ser necesariamente recreación del autor.

Prosigamos con las peripecias de José Garcés:

Cuando yo volví a Málaga (...) las cosas de España estaban bastante cambiadas. En Madrid acababa de proclamarse la república y entré por la estación del Mediodía lleno de curiosidad. Me encontré con que todos tenían doctrinas particulares y personales y querían ponerlas en práctica sin tener en cuenta al vecino. Los ismos y las siglas de las organizaciones se multiplicaban. Los más tontos y hasta las más tontas (porque había

dos o tres mujeres diputadas) ensayaban maquiavelismos y actitudes históricas. En tre éstas, digo, las féminas elocuentes, había una tal Dolores Ibarruri, que llamaban "Pasionaria", mujer hermosa y de dotes mesiánicas que se consideraba un gran hombre. (III, pp. 224-225).

La cita no tiene desperdicio. Se acaba de proclamar la República y el autor no justifica que surjan los ismos y se multipliquen las organizaciones, como si éstos y éstas no hubieran estado proscritas durante la monarquía. Como si los españoles, al recobrar su libertad, no tuviesen derecho a organizarse políticamente como mejor les conviniera. Pero lo que es más grave todavía, es que critique con tan mala intención el hecho de que la mujer hubiese conquistado sus derechos ciudadanos y hubiera "dos o tres mujeres diputadas", con lo cual demuestra una misoginia que no dice mucho en su favor. Además, para redondear el cuadro, se permite ataques de carácter personal contra una mujer, Dolores Ibárruri, con la que se puede o no estar de acuerdo, pero a quien, en todo caso, se le combate en el orden ideológico y no con alusiones rastreras.

Mas sigamos con el relato de nuestro autor:

En aquellos tiempos republicanos se trataba de la colisión callejera, universitaria, ate-

neística y eclesiástica (y militar y también masónica) de los antis. El gran deporte. No se trataba tanto de revolución como de oposición verbenera (...) Yo recuerdo que en Madrid, el día 14 de abril de 1931, los masones (...) sacaron una bandera enorme por un balcón y la dieron a "las masas" (...)

Cuando vi la bandera roja, gualda y violeta me llevé una sorpresa desagradable. Era una bandera "contra". Y había en aquello un peligro. Todos los españoles habíamos jurado (en las escuelas o en el ejército o en los juegos infantiles) la bandera roja y gualda. Todos teníamos recuerdos inefables ligados al rojo y gualda.

Para mí fue una sorpresa. Ciertamente es que yo no daba demasiada importancia al color de un trapo, pero cuando vi aquella bandera nueva y la ligereza con que hacían de la enseña nacional un signo negativo y partidista pensé:

"Esto va mal".

Podrían haber conservado la bandera tra

dicional añadiéndole un escudo republicano en el centro o en una esquina. Algún signo que diera dinamicidad (sic) nueva y afirmativa a la bandera a la que todos estaban acostumbrados. Porque la costumbre en los países viejos cuenta.

La nueva bandera era "anti". Era provocadora y arguyente. Por allí comenzó la cosa. Y ya sabemos cómo terminó. El suelo ensangrentado y el mar de los naufragios está hoy lleno de banderas mojadas o incendiadas. Todo el suelo de España, lleno de banderas rojas, gualda y violeta. (III, p. 234).

Toda esta larga tirada que acabamos de transcribir y por la que pedimos cumplidas disculpas, se debe únicamente a que el autor no presta "demasiada importancia al color de un trapo", según confiesa, y a que "por allí comenzó la cosa", como dice con palabras más dignas de un sainete que de la tragedia que pretende comentar. Y aquí viene a cuento una observación que no debemos dejar para más adelante.

La guerra de España es un hecho de tal trascendencia histórica, y por ende humana, que Sender no tiene los tamaños literarios para acometerla. Difícil es, en verdad, imaginar siquiera un novelista español que pudiera salir airoso de se-

mejante prueba. Nos tendríamos que remontar quizá a Galdós para topar con alguien que pudiese con tan ardua empresa. Pero no es nuestro afán tejer castillos en el aire sino estudiar la realidad concreta de nuestro autor. Y ésta nos conduce a afirmar que no es Sender, desde luego, quien escribió las páginas más brillantes sobre los hechos aludidos.

Estaríamos dispuestos a admitir, sin conceder, y si se tratase de una discusión de café, que efectivamente el cambiar los colores de la bandera no fue uno de los aciertos mayores de la República. Mas deducir que de ello derivaron todos los males posteriores, cual lo hace nuestro autor, es desconocer no sólo la situación en que se proclamó la República en España, sino la historia toda del pueblo español y sus luchas incesantes por una libertad que, salvo en contadas ocasiones, siempre se le ha negado. A pesar de que los periodos de ignominia llenan más de una centuria, de que la libertad en España es palabra huera por más años de la cuenta, el pueblo español no ha desmayado jamás en su lucha por alcanzar la dignidad.

Reducir los gravísimos problemas con que nació la República a un mero juego de facciones y de "ismos" como pretende Sender, es presentar una visión esquemática, incompleta y falaz de los hechos. Con ello, se retrata de cuerpo entero y demuestra una superficialidad indigna de quien vivió los acontecimientos.

Ignorar que los latifundistas, los militares y el clero, principalmente, se opusieron como clase poderosa y explotadora a la República desde el mismo día en que ésta fue proclamada,¹ es tanto como asumir una actitud del intelectual que se coloca por encima del bien y del mal, y dice con frase que acuñada por Ortega y Gasset es demostrativa de la inconciencia de ciertos españoles: "Esta es una República triste". Muy poco tiempo después se pondría de manifiesto que los republicanos, a pesar de su tristeza, fueron capaces de defender la República durante tres años contra las fuerzas nazifascistas aliadas de los rebeldes. Si a un régimen que es capaz de sostener una lucha que fue pasmo y es admiración de propios y extraños se puede calificar de "triste" o afirmar, como lo hace Sender, que por cambiar la bandera "allí comenzó la cosa", no alcanzamos a imaginar qué hubiera sucedido si se tratase de una República "alegre".

Estas apreciaciones nos conducen una vez más a poner de manifiesto que la crónica no es veraz. Resulta curio-

1. "La luna de miel de la nueva república terminó al cabo de un mes. Durante este tiempo la República era caricaturizada en la prensa como la niña bonita con el semblante feliz que se da a Marianne al otro lado de los Pirineos. El gobierno hizo planes para unas elecciones en junio que estarían precedidas por unas Cortes Constituyentes. Estas habrían de aprobar la Constitución y sancionarían las leyes constitucionales complementarias. Entretanto la bandera roja y gualda de la Monarquía fue substituida por una bandera tricolor, la Marcha real por el Himno de Riego y muchas calles recibieron nombres de resonancia republicana. "Los enemigos de la República, sin embargo, empezaban ya a agruparse." (Thomas, p. 21).

so constatar que mientras se relatan acontecimientos ocurridos durante la monarquía, el autor se muestra poco crítico y hasta podríamos decir que condescendiente. Pero desde el momento mismo en que se proclama la República, la crítica se hace severa y mordaz como si lo que se pretendiese fuera más destruir que construir. Fácil resulta, y más al cabo de los años, buscar culpables que carguen con toda la responsabilidad de lo ocurrido. Si bien es verdad que los dirigentes republicanos --como ya hemos apuntado en su debida oportunidad-- fueron responsables de no pocas torpezas, no es menos cierto que todos los ciudadanos, en mayor o menor medida y de acuerdo con sus capacidades, son igualmente responsables. Si se acepta que los sectores más cultos de la población tienen mayores obligaciones en el sentido de que se les debe exigir un mejor conocimiento de la realidad por su mismo carácter de hombres cultos, no es difícil concluir que algunos intelectuales españoles --incluido Sender-- no hicieron honor a su cultura y no supieron, cuando era más necesario, llevar a la práctica sus conocimientos.

No se nos escapa que forman legión los intelectuales de gabinete que siguen defendiendo la "libertad intelectual" y la torre de marfil. En una palabra, los intelectuales no comprometidos. Pero sí es justo exigirles, al menos, que permanezcan en su torre de marfil, que no salgan de ella

para tirar la piedra y esconder la mano, para convertirse en francotiradores que tratan de destruir lo que ellos no han si do capaces de concebir siquiera. El intelectual no comprometi do se entiende --aunque no se justifique-- si permanece al mar gen de los acontecimientos sociales, políticos y económicos, y vegeta en el mundo irreal de su campana de cristal. Mas lo que no es admisible es presumir de vivir la realidad cotidia na --Sender es un escritor realista-- y hacer caso omiso de la propia realidad que se pretende reseñar.

Pero prosigamos, sin más comentarios, con el relato de nuestro autor:

Aunque no tenía yo color político definido --aparte de mi simpatía por los anarcosindicalistas-- me invitaron a dar una serie de conferencias, una de carácter técnico (...) y otras de materia doctrinal y social, que a pe sar de mi inexperiencia salieron bastante bien y me dieron cierta pasajera nombradía. Poca cosa, claro (...) A mí no me disgustó aquella naciente popularidad. Pero la inqui- na entre las tendencias de un lado y de otro aumentaba y se advertía que la guerra civil iba haciéndose inevitable. Yo lo veía en pe queños detalles, como la heroica desespera-

ción de algunos señoritos que nunca habían sido capaces de pelear y que de pronto aparecían dispuestos a matar o morir por una palabra o una banderita. (III, p. 244).

Aunque en verdad los argumentos que se aducen para justificar que se vislumbraba la guerra civil son un tanto insustanciales y frívolos, no cabe duda de que el autor se muestra veraz con el relato de la crónica y hace hincapié en "la inquina" entre ambos bandos, aun cuando se abstiene una vez más de explicar sus verdaderas causas. Por otra parte, resulta oportuno resaltar su confesión respecto de la "simpatía por los anarcosindicalistas", que, como hemos visto, no siempre aflora.

Y continúa más adelante:

 Mi amigo Ramón me dijo que la cosa pública iba mal y que a la república se la llevaba el diablo. Los jefes políticos creían que gargalizando en el Parlamento estaba todo arreglado. Luego iban a sus tertulias y comentaban sus recíprocos discursos. Creían que aquello era todo lo que había que hacer para conducir a buen puerto la nave del Estado, que era más bien la nave de los locos. O de los tontos.

En la calle había asesinatos; en los cuarteles, conspiraciones contra el régimen. Entretanto, los republicanos hablaban y cuando más eficaces querían mostrarse ensayaban algún pequeño truco que les parecía maquiavélico entre sus amigos, es decir, contra sus amigos disidentes. (III, pp. 252-253).

Un detalle curioso, por lo significativo, es que Sender escribe república con minúscula y Parlamento con mayúscula, como si pretendiese resaltar lo que a su juicio era la causa de todas las desgracias de la República. Menos mal que anota, aunque sin darle la importancia que merece, que en los cuarteles había "conspiraciones contra el régimen".

Ya hemos hablado con amplitud en otro lugar, de las causas que desencadenaron la sublevación contra el régimen republicano y aunque ciertamente hemos citado que los hombres de la República abusaban de sus dotes tribunicias descuidando menesteres más urgentes en la conducción del Estado, no se puede argüir, sin faltar a la verdad, que estos excesos verbales fuesen causa directa de la catástrofe que se avecinaba.¹

1. "Por aquellos días escribí a Cordell Hull (Secretario de Estado) exponiéndole los elementos que apoyaban la rebelión. "1) Los monárquicos, que deseaban la vuelta del rey y del antiguo régimen.

"2) Los grandes terratenientes, que deseaban conservar el régimen feudal poniendo fin a la reforma agraria.

"3) Los industriales y los banqueros, que deseaban sujetar y mantener a los obreros 'en su lugar'."

Es en cambio factor determinante, las conspiraciones de los militares contra la República que --según se ha probado documentalmente-- estaban ya de acuerdo con Hitler y Mussolini para llevar a cabo la sublevación. Sin embargo, Sender se limita a anotarlo como un factor más y de los menos importantes, como un detalle tan solo que completa el cuadro de caos que pretende ofrecer al lector.

Por lo usual, resulta ya un lugar común el hecho de que cuando ocurre en algún país una transformación de sus estructuras político-económicas, las fuerzas más reaccionarias que se ven afectadas en sus intereses, desencadenen una campaña de desprestigio del nuevo régimen, achacándole que los gobiernos son incapaces de mantener el orden y que propician el caos social. Fácil es deducir las soluciones que ofrecen estos voceros de la "legalidad" y a la vista están la sublevación contra la República española, las agresiones a la Revolución cubana, el golpe fascista chileno y, en fin, más recientemente, la campaña de la prensa internacional contra la Revolución portuguesa.

No es nuestra intención afirmar que Sender ha procurado deliberadamente presentar una situación caótica durante la República porque lo muevan intereses inconfesables. En oca

"4) La jerarquía eclesiástica, hostil a la separación de la Iglesia del Estado.

"5) Las camarillas militares, que perseguían el establecimiento de una dictadura militar.

"6) Los elementos fascistas, inclinados a la creación de un estado totalitario." (Bowers, pp. 258-259).

siones, sin embargo, se sirve al adversario sin advertirlo y cuando se creen defender causas que en realidad resultan ajenas. Nos resistimos a pensar que, conscientemente, nuestro autor adopte una actitud reaccionaria al juzgar a la República. Mas como hechos son amores y no buenas razones, la verdad escueta es que sus apreciaciones, por carecer el autor de una ideología bien definida, son más que manifestaciones reaccionarias, producto de la irreflexión y el resentimiento.

Decíamos líneas arriba que Sender pretende defender una causa que en realidad le es ajena, y ahora lo corroboramos. Poco importa que un narrador aparezca en sus escritos como reaccionario si tal es su ideología. Lo que importa, y mucho, es pretender sustentar una ideología y no ser consecuente con ello.

Aquí convendría, sin duda, dejar sentada una cuestión harto importante para nosotros y no aparecer como dogmáticos intransigentes. No propugnamos la adhesión a causa alguna, sin una actitud siempre crítica y vigilante. Consideramos que la ciega adhesión, por más noble que sea, niega al hombre su capacidad de raciocinio y reflexión, esto es, su propia calidad humana. Pero precisamente porque consideramos que la facultad de razonar es inherente al hombre, nos rebelamos contra los juicios gratuitos que no están respaldados por el conocimiento y se basan en apreciaciones falaces.

Y es que Sender, que pretende una "simpatía por los anarcosindicalistas", es un escritor que carece de compromiso ideológico. Si para algo sirvió la guerra de España fue para dejar bien aclarado el bando al que se pertenecía. Y esto no sólo es válido para los españoles que lucharon en uno u otro lado, sino inclusive para los demás países y sus respectivos pueblos. La prueba de lo que decimos son no tan solo las Brigadas Internacionales, que representaban lo mejor de los pue**bl**os y que combatieron con heroísmo nunca desmentido a favor de la República, sino que al cabo de cuarenta años de la guerra, el tema sigue vigente y la bibliografía al respecto aumenta de manera vertiginosa. Claro está que a las veces esta bibliografía no es más que el afán de ocultar las malas conciencias, como podría ser el caso del ex-embajador norteamericano Bowers con su famosa Misión en España. Pero en la mayoría de los casos, las obras escritas obedecen a un imperativo de su autor por esclarecer una de las traiciones más ruines a que fue sometido pueblo alguno. Esto es, se trata de un compromiso ideológico, si se quiere tibio en ocasiones, con una República que, como tal, en un momento histórico determinado representaba las aspiraciones de un pueblo. Incluso tantos años después, y de los autores "neutrales" que conocemos, verbigracia, escritores ingleses, no hay uno solo que permanezca indiferente o neutral, sino que toman partido por la causa de la República.

Pues bien, si alguien piensa que un escritor español de las características y de los antecedentes de Sender debería estar comprometido con su pueblo, se equivoca de medio a medio. Y la razón de este equívoco estriba en que para sostener cualquier causa es preciso sustentar unos principios, una ideología, y Sender, como hemos visto, carece de ella.

En su juventud, para dar cauce a la rebeldía de sus pocos años, simpatizaba con los anarcosindicalistas. Pero cuando fue preciso más tarde establecer un compromiso, se limita a criticar la verborrea parlamentaria republicana achacándole a este exceso los males que después sobrevinieron. Y esto si no es actuar de mala fe, es por lo menos faltar a la verdad. Lo que tenemos derecho a exigir los lectores del cronista es que éste se apegue a la verdad. No puede Sender alegar ignorancia puesto que vivió los hechos y era de sobra conocido en la época inmediatamente anterior a la guerra que las conspiraciones de las fuerzas más reaccionarias estaban a la orden del día, que los señoritos falangistas andaban a tiros con los obreros madrileños y que más de una embajada fue enviada a Roma y Berlín para procurar un apoyo que después se cumplió con creces.

No deja de ser significativo, sin embargo, que autores tan poco sospechosos como el ya citado Bowers --y si insistimos en este nombre es porque era el representante nor

86.

teamericano en Madrid-- constatan los hechos reseñados, y un escritor español simpatizante del anarcosindicalismo los ignore deliberadamente.

C A P I T U L O IX

La segunda novelita que forma parte del tercer volumen lleva por título La orilla donde los locos sonríen. El autor describe una reunión de chicas cursis de la burguesía madrileña en la cual se encontraba José Garcés.

Demos paso a la narración:

--La guardia de asalto llegó a su casa al amanecer -decía-, lo sacaron y en un au tocar descubierto lo llevaron al cementerio del Este. Por el camino, desde el asiento de atrás, alguien disparó sobre la nuca del preso, quien debió morir en el acto. Luego siguieron y lo dejaron en el cementerio. Allí está. (III, p. 270).

Y prosigue, páginas adelante:

Entonces fue cuando sentí que algo terrible iba a suceder y que era inmediato e inevitable. La víctima había vivido en Zaragoza años antes y sido amigo de mi padre. Hasta que vi que alguien lo llamaba Pepe -como a mí- el peligro me había parecido

lejano. El victimado era un hombre honesto que creía en lo que decía aunque lo dijera a veces de una manera demasiado retórica para mis gustos. (III, p. 273).

Ya se habrá adivinado, que nuestro autor se está refiriendo a Calvo Sotelo. Aunque la muerte de este dirigente reaccionario fue quizá un error de algunos elementos que creían con ello servir a la República, no se puede inferir de este acontecimiento que "algo terrible iba a suceder y que era inmediato e inevitable".

Algunos historiadores providencialistas siguen afirmando en sus manuales que el asesinato del archiduque de Austria en 1914 fue lo que desencadenó la Primera Guerra Mundial, como si se pudiesen ignorar las apetencias colonialistas -y por ende, económicas- que llevaron a Alemania a desencadenar la guerra. Nuestro autor se muestra igualmente apresado por la anécdota y deduce muy serio que con la muerte de Calvo Sotelo "algo terrible iba a suceder".

Pretender reducir el curso de la historia a un hecho meramente anecdótico, es ignorar deliberadamente la realidad. La sublevación militar contra la República iba a suceder inexorablemente estuviese vivo o no Calvo Sotelo. Los compromisos que los facciosos habían establecido

con las fuerzas nazifascistas venían ya de tiempo atrás y se sublevaron cuando consideraron que era más adecuado. La anécdota que para Sender es tan importante y le hace tomar conciencia de la gravedad de la situación, carece en realidad de trascendencia, pues si exceptuamos la muerte de un hombre, nada más ocurrió.

Por otra parte, merece comentario el juicio de nuestro autor acerca de Calvo Sotelo:

"El victimado era un hombre honesto que creía en lo que decía"... con lo cual lo absuelve de toda culpa. Nosotros ignoramos --y no lo queremos averiguar-- si Calvo Sotelo era recatado y pudoroso, de tal suerte que Sender le pudiera endilgar el adjetivo de honesto. Mas si la acepción que el autor quiere hacer valer^k es la de razonable y justo, resulta totalmente inaceptable, pues un individuo que defiende las causas más reaccionarias, y es paladín de la lucha contra la República, no se puede calificar en ningún caso de honesto.¹ Si efec-

1. "El desorden del país, manifestó (Calvo Sotelo) en un discurso constantemente suspendido por las interrupciones, no era más que el resultado de la Constitución democrática de 1931. No podía construirse un Estado viable sobre aquella Constitución. 'Frente a este Estado estéril yo levanto el concepto del Estado integrador que administre la justicia económica y que pueda decir con plena autoridad: ¡No más huelgas, no más lock-outs, no más intereses usurarios, no más fórmulas financieras de capitalismo abusivo, no más salarios de hambre, no más salarios políticos no ganados con un rendimiento afortunado, no más libertad anárquica, no más destrucción criminal contra la producción, pues la producción nacional está por encima de todas las clases, de todos los partidos y de todos los intereses! A este Estado le llaman muchos Estado fascista; pues si ése es el Estado fascista, yo, que participo de la idea de ese Estado, yo, que creo en él, me declaro fascista'." (Thomas, p. 6).

tivamente "creía en lo que decía" es que era honrado consigo mismo, pues alguna cualidad había de tener y no nos duelen prendas en admitirlo. Lo razonable y lo justo era en aquella época, y lo sigue siendo, defender a la República.

Más adelante, continúa nuestro autor:

El autocar de los guardias de asalto (ensanguentado) volvía haciendo sonar la sirena. En otros lugares caían hombres del pueblo igualmente inocentes, pero anónimos. La impersonalidad era virtuosa y por eso los mártires impersonales tenían derecho a ganar la última batalla... (III, p. 279).

Nuevamente el autor, por tratar de contemporizar, se quiere mostrar "imparcial" y falta a la verdad. Los hombres del pueblo que caían no eran "igualmente inocentes" que Calvo Sotelo. Ellos sí que eran inocentes porque fueron traicionados por sujetos que, como el propio Calvo Sotelo, procuraban el aplastamiento de la República. ¿Se puede acaso hablar de igualdad entre un individuo cuyas pretensiones son destruir y explotar al pueblo, y la clase trabajadora, los "hombres del pueblo", como les llama Sender?

El relato prosigue así:

En todo lo descubierto del orbe se va a hablar de los tirios y los troyanos otra vez, y los unos y los otros recogerán aplausos y maldiciones según el temple y el destemple de cada manús. Y un día, la mitad de España criará malvas y espárragos y la otra mitad se irá a freirlos a barlovento. El pobre pueblo que pagó la monarquía pagará la república y sobre sus lomos se levantarán estructuras palabreras nuevas y nuevas fortunas. (III, p. 283).

Una vez más, Sender se muestra "neutral" y falta a la verdad en su crónica. Con toda tranquilidad, habla de uno y otro bando desde la altura infinita de su alejamiento intelectual, como si la parte --que no la mitad-- que se sublevó contra la República no fuese la culpable de todas las miserias que sobrevinieron luego. Es inexacto, asimismo, que "la mitad de España criará malvas y espárragos, y la otra mitad se irá a freirlos". La realidad es que se fue a freír espárragos toda España y se sumió en el oscurantismo y la barbarie.

También es faltar a la verdad afirmar que "el pobre pueblo que pagó la monarquía pagará la república". La monarquía fue borrada del mapa precisamente por el voto popular y en cuanto a la República no se la dejó arrebatarse sin haber derramado

su sangre durante tres largos años. Ciertamente es que el pueblo es quien paga la cuota más elevada en este tipo de confrontaciones; pero la diferencia estriba en que mientras la monarquía era un régimen impuesto del que se pudo liberar, la República fue un sistema que eligió el propio pueblo y por el que luchó mientras tuvo alientos. No parece pues adecuado cargar en la misma cuenta a la monarquía y a la República, pues mientras en la una el pueblo actuó para eliminarla, en la otra fue para proclamarla. Y si el pueblo perdió su República no fue porque no la defendiera, sino porque fuerzas ajenas actuaron para destruirla.

* * *

Siguiendo al autor y a nuestro héroe, José Garcés, llegamos al fin a la guerra. Sender describe su inicio con estas sencillas palabras:

La guerra había estallado y algunos de nos otros íbamos y veníamos sin saber dónde estaban los amigos ni los enemigos, porque no se habían estabilizado aún los frentes. (III, p. 288).

Era verdad. La confusión de los primeros momentos era atroz. Después se fueron aclarando las cosas y unos españoles comenzaron a matar a otros españoles: "la guerra había estallado" y en las tierras de España se proyectaban las sombras gi-

gantescas de Caín y Abel.

Y continúa el autor:

El pueblo republicano lleva una dirección diferente del pueblo de aquí. Mi pueblo y el suyo lleva la dirección de la vida por la vida, lo que es históricamente justo y noble y, desde el punto de vista práctico, un poco bobo, aunque generoso. Los otros, los que están amenazando desde el otro lado, llevan una dirección opuesta: la vida por la muerte (...) Pero aquí tienen un esquema vernáculo y propio. Los esquemas no llegan a cristalizar, y entretanto en los dos lados sigue la orgía y cada cual mata a su enemigo, pone en el parabrisas del coche incautado (¡qué gozosa e infantil materialización del libre albedrío!) las iniciales (las siglas, dicen ahora) de su organización, corren en coche por las carreteras asfaltadas por los esclavos de ayer y procuran masticar a gusto y fornicar cuando pueden. ¡Ah!, y de paso tratan de levantar la cabeza un poquito más que el vecino, a ver si la gente localiza en esa cabeza el infinito (tan difícil), a ver si

se crea el mito a cuyos pies los otros pueden poner la libertad (ya estragados de abusar de ella). Y el que más levanta la cabeza sabe que lo hace provocando al rayo, porque éste suele buscar en el bosque el pino más alto. Pero creen que la experiencia vale la pena. Lo mismo en un lado que en el otro. Lo que pasa es que en el lado nuestro el pueblo es el futuro y uno se inclina a pensar que tiene razón. Siempre el futuro tiene razón y, en definitiva, es lo único que nos queda a todos, ya que el pasado es experiencia mortal, vida cancelada y fosa común. (III, pp. 312-313).

La cantinela a que nos tiene acostumbrados el autor se repite una vez más. El afán de comparar a los dos bandos resulta molesto y abusivo. Aunque admite que el pueblo tiene razón, --"el pueblo es el futuro y uno se inclina a pensar que tiene razón"--, resulta falaz su apreciación en vista de que es precisamente el pueblo el que resulta sacrificado por unas fuerzas que pretenden aherrojarlo y que se sublevaron además contra un régimen que el propio pueblo se dió por voluntad soberana. No cabe pues la comparación entre ambos bandos, ya que mientras el uno lo constituía el pueblo que lucha

ba por su libertad, el otro estaba formado por quienes pretendían oprimirlo. Resulta pues más que injusto, malintencionado, pretender igualar al oprimido con el opresor.

Si hemos transcrito un párrafo tan largo fue precisamente para dejar al descubierto las intenciones del autor. No se diga que elegimos los fragmentos del discurso que más se prestan para descargar el mazo sobre el desprevenido novelista. Cualquiera que tenga la curiosidad de seguir el hilo de la narración llegará fácilmente a las mismas conclusiones. A la actitud que manifiesta el autor se le llama en España "nadar y guardar la ropa". Hoy diríamos en tono más solemne, pero quizá menos gráfico, que "elude el compromiso".

Tal vez no sea éste, lugar adecuado para definir a quien falta a su pueblo. El mismo lo juzgará algún día y su palabra será la más autorizada.

Y más adelante, prosigue el autor:

Se ama la libertad --insistía él--, pero sólo se la percibe cuando podemos ofrecerla a otros. Estos, digo, los de este lado, que nos persiguen a usted y a mí, se la ofrecen a la Iglesia y al Estado con el cual la Iglesia se ha identificado para asegurar algo que ya tienen; es decir, algunos privilegios de animal de pocilga: la comida y el

fornicio. Los otros, los nuestros, en cambio, quieren ofrecerle esa libertad a un mañana inseguro y problemático aún, pero en eterno avance y desarrollo. Por eso, yo no puedo estar sino con los del otro lado. He visto el vacío absoluto, es verdad, pero los únicos que me podrían salvar de esa catástrofe que a todo el mundo le atrae después de haber visto el vacío, son las gentes del pueblo que sirven al futuro. (III, p. 313).

Obsérvese que se habla de los otros, los republicanos, como "los nuestros" y se afirma de manera tajante: "yo no puedo estar sino con los del otro lado", esto es, con "las gentes del pueblo que sirven al futuro". Como ya hemos visto, sin embargo, esta encomiable comunión con el pueblo dista mucho de ser consecuente y nuestro autor se contradice más de la cuenta cuando no sustenta esta actitud como uno de sus principios rectores, sino que con demasiada frecuencia --que hace dudar de su firmeza-- coloca en los platillos de la balanza a uno y otro bando como si pudiesen ser equiparables.

Para tratar de justificar esta falta de firmeza en el juicio, anota: "He visto el vacío absoluto, es verdad, pero los únicos que me podrían salvar de esa catástrofe que a

todo el mundo le atrae después de haber visto el vacío, son las gentes del pueblo"... Bien a bien, no comprendemos a cabalidad las esotéricas palabras que dicen: "He visto el vacío absoluto"... quizá porque no hemos tenido la suerte de compartir las extrañas visiones del autor. Con todo, tal vez ese "vacío absoluto" que se podría antojar metafísico, se pueda referir a lo que el pueblo llano nombra "falta de fundamento", esto es, carencia de ideología.

Cuando nuestro autor se muestra "filosófico", nos inquieta en verdad por lo grave de su tono. Desearíamos compartir su angustia para tratar al menos de entenderla y hacérsela más llevadera. Pero desgraciadamente no resulta fácil "haber visto el vacío", como le ocurrió al autor, porque tal vez vemos con distintos ojos --si se permite la expresión--, y cuando nosotros miramos en las cuatro esquinas de España no vemos el vacío, sino la plenitud.

Más adelante, el autor nos hace una curiosa confesión respecto a su oficio de escritor que no conviene pasar por alto:

Escribir es una función compleja y consistente, para mí, en dirigirme a los que no quieren escuchar, a los que no han escuchado antes. Poco se conseguiría de esa gente con la razón y poco también con la voluntad. Yo ten

go que hacer uso de una facultad más o menos secreta, que carece de nombre todavía, pero merced a la cual recibo ondas de los niveles más oscuros y hondos de la vida y las transmito a esos "que no quieren escuchar" y que tal vez no han escuchado antes realmente a nadie. Son muchos, claro. Y las palabras no siempre son elementos de facilitación con ellas, sino, a menudo, una dificultad, ya que esas ondas llegan también a los que se niegan a escuchar más fácilmente sin palabras, a veces a través del rumor de la lluvia en las empalizadas o del ulular del lobo en los montes. O de la luz metálica de las tormentas. (III, pp. 319-320).

Una vez más, la declaración no puede menos que dejarnos atónitos. Escribir ha sido hasta ahora una de las expresiones más altas de la comunicación humana y quien lo hace es para convivir con sus semejantes. Parece, sin embargo, que nuestro autor se complace en el despropósito de escribir para "los que no quieren escuchar", que es tanto como hacerlo para el que no quiere leer.

Y firme en su aberración insiste: "Poco se conseguiría de esa gente con la razón y poco también con la volunu

tad". Con lo cual, sin duda, trasponemos el umbral del raciocinio para entrar de lleno en el reino de lo irracional. Por supuesto que no nos asusta este estadio al cual nos quiere conducir el autor, donde "recibo ondas de los niveles más oscuros y hondos de la vida y las transmito a esos 'que no quieren escuchar' y que tal vez no han escuchado antes realmente a nadie". Mas mucho nos tememos que esos misteriosos efluvios --que podrían ser quizá la tortura y la muerte-- no sean lo más indicado para quienes "no han escuchado antes realmente a nadie".

Consideramos como una función elemental del escritor, independientemente del valor estético o artístico de su obra e inclusive de la ideología que sustente en la misma, que contribuya a la educación de quien lo lee. Y esto por una razón muy simple: entre autor y lector se establece un diálogo --esencia de la comunicación-- merced al cual las ideas del autor son aceptadas o rechazadas por el lector.

Para que éste acepte o rechace el mundo que le presenta el escritor es preciso que reflexione --discuta en su fuero interno-- tales ideas. Bien sea que determinadas concepciones sean aceptadas o rechazadas, el diálogo que se establece entre el emisor y el receptor es educación en su sentido lato, puesto que se dialoga acerca de la razón y el conocimiento que son, a la postre, las formas como se pueden entender los hombres. Es verdad que en este esquema faltarían las

pasiones, que mueven las montañas que la razón deja quietas. Mas lo distintivo del hombre, lo que le presta categoría de tal, es la razón y no la pasión. Lo que ha hecho evolucionar a la especie es la razón --la ciencia--, mientras que las pasiones permanecen sin mutación. Si bien es verdad que las tragedias de un Sófocles o un Eurípides, que presentan las pasiones en todo su esplendor, nos conmueven igual que lo hacían con sus contemporáneos, no es menos cierto que la sola pasión mal habría hecho evolucionar al hombre.

No es nuestra intención --sería insensato hacerlo-- negar la importancia de las pasiones en la mente humana, porque sería tanto como ignorar su propia existencia. Con todo, el hombre aprende y se desarrolla merced a la razón, a la ciencia, y gracias a ellas es capaz de encauzar su pasión y hacerla valedera, no torrente irracional de fuerza incontrolable.

Negar capacidad de raciocinio a los que según nuestro autor "no quieren escuchar", esto es, a los que tal vez se niegan a escucharlo a él, porque sus razones tendrán para ello, no parece la actitud más adecuada en un intelectual que blasona de ser partidario de "las gentes del pueblo que sirven al futuro", según quedó afirmado páginas atrás.

Y no es que nos empeñemos a todo trance en que Sender sea un escritor comprometido, que no lo es, sino que sea al menos consecuente con sus propias palabras. Ya anotábamos

en su oportunidad que no es preciso estar comprometido con los problemas de su realidad histórica para que un escritor sea estéticamente valioso. Pero lo que sí sostenemos es que no se pueden sustentar unos principios --o aparentar que se sustentan-- y traicionarlos cada vez que hay ocasión para ello.

Llegamos así a una apreciación que es de la mayor importancia. Si el escritor --Sender en este caso-- adopta la actitud de afirmar unos principios y más tarde hace caso omiso de ellos, es por una razón muy simple; que es esa, precisamente, su manera de interpretar la realidad. No se trata de que el lector esté o no de acuerdo con la realidad que en un momento histórico determinado presenta el autor. Se trata, simplemente, de que la realidad reflejada por el novelista es su verdad, aunque no la compartamos.

Tampoco podemos caer en la trampa del ser y el deber ser, que nos conducirían a lucubraciones más metafísicas que literarias. Parecería que ante esta nueva situación que acabamos de considerar, el análisis que hemos venido haciendo hasta aquí de la obra de Sender carecería de fundamento. Mas sería una apreciación errónea. Hemos venido hurgando en las contradicciones ideológicas de nuestro autor, e inclusive en ocasiones lo hemos juzgado duramente, porque es la única manera de arribar a conclusiones valederas. Si no ponemos

de manifiesto estas contradicciones ¿cómo vamos a percatarnos de que es esa, precisamente, la realidad que nos quiere presentar el autor?

La interpretación que de un hecho o una situación de terminada nos presenta un escritor está necesariamente permeada ideológicamente --ya lo hemos dicho--, entre otras cosas porque se trata de una interpretación, de un reflejo de la realidad tamizada y recreada por el propio autor. Si éste se limitara a elaborar una copia fiel, fotográfica, de la realidad, tal vez careciera de contenido ideológico; mas como el escritor crea una realidad subjetiva, el factor ideológico es imprescindible.

Por ello mismo, en la obra de Sender que analizamos, la ideología está siempre presente; pero en lugar de que haya consecuencia ideológica, existe contradicción permanente porque así interpreta el autor la realidad.

Aquí tal vez sería oportuno definir o al menos exponer brevemente lo que entendemos por ideología. La conciencia que tiene el hombre de la realidad, quizá definiría con brevedad el término ideología y tendría la ventaja de su nivel de generalidad.

Sin embargo, esta definición, por su propia generalidad, peca de imprecisión. A manera de intento, definiríamos a la ideología como: Los principios que adopta el hombre para

interpretar, a la luz de su propia conciencia y merced a la razón y el conocimiento, los problemas económicos, sociales y políticos de la sociedad en que vive.

Así, no puede caber la menor duda de que la obra de Sender está inmersa en la ideología de una clase en un momento histórico determinado. A saber, la clase burguesa a la que pertenece el escritor que interpreta el hecho de la guerra española.

No debe pasarse por alto, en este momento, una cuestión que ya hemos comentado pero que es preciso recalcar. La República española, democrática y burguesa, era la expresión de una clase que lleva aparejada en su seno sus propias contradicciones en cuanto clase. Los dirigentes republicanos --representantes de la burguesía-- no podían gobernar, entre otras cosas, por sus constantes contradicciones. En las Cortes constituyentes se votó una reforma agraria que nunca se llevó a cabo y el propio Presidente de la República --Alcalá Zamora-- era un rico terrateniente andaluz. Las leyes laborales obreras se votaban pero no se cumplían y las huelgas de los obreros --principalmente catalanes-- eran el pan nuestro de cada día. Se proclama la República para mejorar la condición del pueblo en general y se produce la represión de Casas Viejas; y así podíamos seguir citando contradicciones sin cuento que son demostrativas de nuestra aseveración anterior.

Ahora bien, nuestro autor, representante de esa clase burguesa que gobernaba la República, interpreta la realidad que le tocó vivir pintando un cuadro en que la constante es la contradicción. ¿Podía ser de otra manera?

En Sender, se da aún una contradicción más. Si bien es cierto que él refleja el mundo de la clase burguesa dirigente, no todo en España, por fortuna, era burguesía. Muy por el contrario, la gran masa popular no sólo no era burguesa, sino que era profundamente revolucionaria. La revolución se frustró, ya en plena guerra, y las masas populares no tomaron el poder. Sin embargo, los partidos políticos que en aquellos momentos representaban la vanguardia revolucionaria fueron invitados a formar parte del gobierno y se da el caso singular, único en el mundo hasta la fecha, de que los anarcosindicalistas --aunque no son un partido propiamente dicho-- estuviesen de acuerdo en formar parte de un gobierno, esto es, de gobernar, ellos que tienen como uno de sus principios básicos la desaparición del Estado. Con todo, dada la crítica situación de la República ante la agresión nazifascista y en vista de que la lucha frontal había que librarla contra las fuerzas agresivas extranjeras aliadas a la reacción autóctona, los anarcosindicalistas fueron capaces de sacrificar uno de sus principios rectores con tal de salvar a la República.

Otro de los partidos que en aquellos decisivos momentos representaba la vanguardia revolucionaria era, a no dudarlo, el partido comunista, ya que merced a su disciplina y organización pudo colaborar de una manera decisiva en organizar la lucha revolucionaria, a saber, la transformación de un ejército miliciano pleno de valor, pero carente de organización, en un ejército regular dotado de mandos adecuados que se tenía que enfrentar con el aparato bélico más perfeccionado de la época, según pudieron testificar después los ejércitos aliados durante la Segunda guerra mundial.

Pero tampoco con esta situación se muestra de acuerdo Sender y ya hemos visto en su momento cómo critica que las fuerzas republicanas tuviesen "doctrinas particulares y personales", dice él, y que "los ismos y las siglas de las organizaciones se multiplicaban". Con lo cual queda claro que es fiel representante no sólo de las contradicciones de la clase burguesa a la que pertenece, sino también es vocero de las propias contradicciones entre la burguesía y las fuerzas proletarias. Además, no niega la cruz de su parroquia y se hace solidario de su clase aunque haga profesión de fe y se muestre partidario de "las gentes del pueblo".

Todo ello, sin embargo, no nos debe extrañar puesto que obedece a una "visión" determinada de un momento histórico definido, de un escritor que al ser fiel a su clase,

la burguesía, es al propio tiempo su autorizado pregonero.

Sigamos con el relato de nuestro autor y volvamos a tomar el hilo de la narración donde lo habíamos dejado:

La guerra había estallado y algunos de noso
tros íbamos y veníamos sin saber dónde estaban
los amigos ni los enemigos, porque no se habían
estabilizado aún los frentes. Iba yo con el co
che de uno de los Ramones hacia el norte y era
detenido en los cruces de las carreteras unas
veces por los republicanos y otras por los na-
cionales. Mostraba mis papeles falsos con mi
nombre nuevo --Ramón Urgel--, que no sé por
qué causaba respeto (...)

Fue precisamente en esa antigua ciudad (Si-
güenza) donde una patrulla de nacionales (an-
tes de fijarse la divisoria y en plena confu-
sión) me salió al paso y me llevó nada menos
que a Burgos. (III, p. 288-289).

Aunque resulta un tanto curioso el hecho de que al
estallar la guerra un individuo comience una carrera desenfre-
nada por las carreteras, no tenemos por qué dudar de las pa
labras del autor, que fue detenido por los facciosos y condu
cido a Burgos. En esta ciudad, fue remitido a la comisaría y
puesto después en libertad, tras comprobar que su nombre no
aparecía "en las listas negras".

Comienza entonces un extraño peregrinar por las afueras de la ciudad, con la intención de atravesar las líneas del frente y reintegrarse a la zona republicana. Mas antes de lograr su propósito, se enfrenta a varias curiosas aventuras. La primera de ellas es que se encuentra nada menos que con Sender, con quien sostiene una extensa conversación de tono alegórico-filosófico que nos contentamos con consignar, en vista de que ya hemos reiterado que cuando nuestro autor se adentra en estos temas, más vale salir corriendo. Además, la tal conversación no añade nada importante al análisis que nos hemos propuesto.

Más adelante, en su peregrinar, llega ante una especie de barraca en la cual se está filmando una película que trata de ridiculizar el anticlericalismo y a otra donde se hace lo propio con el antimilitarismo.

Quizá no esté por demás dejar sentado que, una vez más, el autor echa mano de la alegoría gruesa y procaz para pintar al clero y al ejército, cuando que si se les presenta de manera realista quedan más al descubierto sus vilezas e infamias.

Ante la visión de este cuadro grotesco, prosigue el relato:

Fue entonces cuando entró en la enorme sala una persona nueva. Al principio pensé que

era una mujer (...) y luego ví que podía ser un hombre. El caso es que por más que lo miraba no acababa de obtener el cercioro (...)

El recién llegado, es decir, lo recién llegado, se quedaba de pie en el centro de la sala y nos miraba (...) sin expresión alguna en el rostro (...)

No hay duda de que me producía algún desconcierto y que trataba de superarlo por la comprensión; pero no era fácil, de veras. (III, pp. 350-351).

Y continúa:

A pesar de todo, la Cosa parecía saludable, aunque mal construida, eso sí. Yo no me atrevía a reír, aunque había algo grotesco en todo aquello. (III, p. 356).

Luego, la Cosa volvió a hablar: "Desde que entré he comprendido --dijo-- que todos están con el agua al cuello, los de dentro y los de fuera. Yo no lo confesaría, así, en público, porque en gran parte lo que sucede es obra mía y no lo niego. Pero lo peor será después: digo, cuando todo haya pasado y la angustia reverdezca en la memoria. Ahora todos

actúan sin pararse a reflexionar. Más tarde habrá que tratar de comprender y eso será lo peor" (...). En fin, era la Cosa una ocurrencia tragicogrotesca, típicamente española, de la cual yo no habría sido capaz nunca de reirme. Ella se exhibía en sus miserias y yo me inhibía y callaba. (III, pp. 357-358).

Ya habrá deducido el curioso lector que esa Cosa "tragicogrotesca" que nos presenta nuestro autor, no es otra que la República y el pueblo español.

De entre los curas, militares, nobles y señoritas cursis que bailan la pavana, emerge esa visión grotesca --la Cosa-- que es representación de la República y que "parecía saludable, aunque mal construida, eso sí". Triste resulta, en verdad, percatarse de la carencia de respeto que inspiraba la República a los propios republicanos. Y si bien es cierto --e insistimos una vez más en ello-- que Sender representa la interpretación de una clase, no es menos verdadero que muchos de los integrantes de esa misma burguesía supieron ofrendar su vida luchando por la misma República que Sender, en su contradicción permanente, sólo acierta a denostar. Nos agrade o no su interpretación --y es obvio que nos molesta-- es representativa de una conciencia de clase que expresa así sus afanes y también sus contradicciones inherentes.

Lo más lamentable, en todo caso, es constatar que la clase que luchó por el advenimiento de la República, una vez que la logró no supo qué hacer con ella y se dedicó a fustigarla y zaherirla en lugar de volcar su ira contra sus enemigos naturales.

Pero sigamos a nuestro autor en su cruel perorata:

Su verdadero nombre (de la Cosa) es un secreto. Se llama UGTCNTFAIPCEPSUCPSOE. Impronunciabile, claro. Y si quisiera, en cuarenta y ocho horas acabaría con todo esto. (III, p. 358).

Efectivamente el nombre es impronunciabile, pero casualmente son las siglas de los principales partidos y agrupaciones obreras que no habían surgido de la noche a la mañana, que no habían nacido a los pechos de la República, sino que tenían una historia y una tradición de lucha que se remontaba a los tiempos más negros del absolutismo monárquico.

Sender --su clase-- quizá hubiera preferido una República que careciera de partidos políticos y en donde todos los hombres fuesen hermanos por dictado de la providencia. Y es que la burguesía entra en contradicciones tales, que su idealismo raya con la tontería.

Y sigue el autor:

Entonces la Cosa comenzó a perorar en tono engolado y elocuente, como si estuviera en una tribuna y tuviera delante una multitud. Era en aquel momento realmente UGTCNTFAIPCEPSUCPSOE y decía:

--La endebles teórica y organizativa de las agrupaciones de izquierdas combinadas con la vehemencia y las ansias de justicia, están haciendo su laboriosa tentativa. Exactamente, ¿cuáles son las condiciones y de qué manera se realiza la proyección y adaptación correcta de este enunciado a cada libre situación concreta? La necesidad de que el proceso se dé en ausencia de un movimiento de masas cuando éste --una de las condiciones necesarias-- no existe al comienzo, requiere la esperanza de crearlo sobre la marcha. A los camaradas les cabe culpa, y no poca, ya que inconscientemente e informalmente difundían consignas equívocas; pero ha llegado el momento de dar las bases teóricas del concepto de la lucha de clases. Un cuadro de izquierda, una de las fracciones designadas por una sigla exclusiva en esta época, se conectó primero a nivel amical y luego a

nivel conspirativo con determinados dirigentes campesinos de la zona que hoy es la cota 23, y surgió entonces, muy decidido, un dirigente comunal con cierta trayectoria de lucha, aunque de nula capacitación y de más escasa aún formación teórica. Un día antes de la fecha fijada para mi hijo mayor, éste se retiró en un automóvil y una camioneta expropiados como punto final de las acciones urbanas. ¿Qué tipo de razonamiento empírico lo condujo a una acción tan elementalmente discutible? Una deformación, a partir de una interpretación equívoca del proceso particular y un aislamiento casi total de las masas. No digo que carecía de alguna capacitación política, aparte de que en algunos casos se trataba de camaradas con trayectoria de militantes en algunos de los partidos de izquierda, de los que se habían escindido por discrepancias que muy frecuentemente tenían relación con la necesidad de producir acciones armadas. Por aquella época hacíamos todos la preparación de nuestros cuadros... (III, p. 359).

Resulta inútil fatigar más al lector con tanto came-
lo. Que en ocasiones los despropósitos e incongruencias del
lenguaje izquierdizante es digno de lástima, es una realidad
que a nadie se le oculta. Mas criticar a la República por el
camino fácil de reducir todo a lo grotesco y lo ridículo, es
tanto como admitir que se carece de argumentos. Parece lógico
que los partidos republicanos que durante la monarquía lleva-
ban una vida harto precaria, carecieron del tiempo suficiente
para estructurarse y organizarse debidamente en los cinco años
que duró la República. Si a eso se añade que en plena guerra
era más urgente prestar atención al aspecto bélico que a la
organización partidaria, se obtendrá el cuadro de por qué en
ocasiones la palabrería suplía a la acción. Con todo, no se
debe perder de vista que la República se encontró de pronto
sin un ejército organizado que oponer al enemigo y que fueron
los partidos políticos y las organizaciones obreras quienes
se vieron obligadas a convertir una caótica fuerza miliciana
en un ejército que se pudiese enfrentar con éxito a los fac-
ciosos.

Por otra parte, no se le habrá ocultado al lector
que, una vez más, Sender pretende demostrar que la prolifera-
ción de siglas --recuérdese al verdadero nombre de la Cosa,
de la República-- fue causa determinante de la guerra y que,
"si quisiera, en cuarenta y ocho horas acabaría con todo es-

114.

to". Lo cual, puesto en buen romance quiere decir que si se hu**u**biese acabado de una vez por todas con los obreros y sus diver**u**sas organizaciones, se hubiera evitado la guerra.

Reiteramos otra vez --aunque nos arriesguemos a parecer pesados-- que Sender vuelve por sus fueros de representante de la burguesía y que asume plenamente su papel cuando trata de descargar las culpas sobre los obreros. Pues al fin y al cabo, éstos deben aguantar su condición y no estar organizando constantes protestas y huelgas que lo único que hacen es desquiciar el orden establecido.

Sabemos bien que no pocos republicanos de los que os**u**tentaban el poder, firmarían las palabras de Sender como propias. Pero también sabemos --y ha quedado dicho-- que la Repú**u**blica española era democrática-burguesa y que su constante era la contradicción. Y aunque quizá la afirmación parezca temeraria, va un poco más allá: si todas esas siglas que tanto molestan a nuestro autor no se hubieran organizado, la República hubiese sufrido un colapso y las heroicas páginas que escribió estarían inéditas.

Pero sigamos, sin más comentarios, con el relato:

No quería oír más de todo aquello. Estaba harto de la Cosa y de sus prosas y de sus ver**u**sos, y un poco asustado, la verdad (...) Salí al campo libre y eché a andar en la dirección

del sol naciente (...) Cuando creí que estaba en la frontera de Aragón, me acerqué a un conglomerado de casas de aspecto monacal-castrense. La sorpresa fue agradable cuando vi que se trataba nada menos que de Casalmunia (...)

Fui al comandante (todo aquello lo mandaba un comandante) y le mostré la tarjeta (de identidad) diciéndole que era especialista en identificaciones. Lo dije con la palabra técnica: antropometría. El efecto fue inmediato, y recordando a la Cosa me dije: "Si hay alguna incongruencia, no será para mal. Lo único monstruoso de la Cosa es su falta de unidad" (...)

Aquel sector estaba ya cortado de Madrid por los frentes de guerra "sin solución de continuidad", como decía el juez. Cuando los frailes que vivían en el monasterio se marcharon --que fue al caer allí las primeras granadas--, el lugar se convirtió en prisión de delincuentes o sospechosos políticos. En realidad, los carceleros eran iguales que los encarcelados, con la única diferencia de que aquéllos iban a misa y saludaban la bandera con una emoción más aparente.

Sobrevivir era entonces el signo de la excelencia, o al menos de la miseria adaptadiza, en un lado del frente lo mismo que en el otro.

(III, pp. 361-362).

Y henos aquí a nuestro autor colaborando tranquilamente con el enemigo y, por si fuera poco, en una prisión "de delincuentes o sospechosos políticos", esto es, en contubernio con las fuerzas represivas del enemigo.

Bien está que se trate de salvar el pellejo en circunstancias tan anormales como las que se describen. Pero tal vez resulte algo exagerado colaborar en la represión de los que se supone compañeros. Aunque "sobrevivir era entonces el signo de la excelencia (...) en un lado del frente lo mismo que en el otro", no parece necesario para ello perder la dignidad. Cosa distinta y justificable sería que, empujado por las circunstancias, se hubiese visto obligado a combatir en el frente del lado faccioso. Pero resulta difícil de comprender cómo este ilustre burgués a quien sacan de quicio las organizaciones obreras y a quien tanto molesta el caos y la gran dilocuencia republicana, tan pronto como tiene ocasión de alinearse con el "orden" que representa la represión, no duda un momento y colabora encantado en este trabajo indigno y vil.

Esta es la moral burguesa. Sender, representante de esta moral, es el que afila su juicio para criticar no sólo

a la República, que es al fin una institución burguesa, sino a lo más noble de la República y de la propia España: a sus organizaciones obreras que son el pueblo.

No exageramos un ápice cuando insistimos en la contradicción que anima a la obra. El curioso lector juzgará si hemos sido capaces de ponerla de manifiesto.

Mas sigamos con nuestro autor en su relato:

Ocultaba mi nombre por varias razones. La primera, porque con él había adquirido una pequeña nombradía entre los anarcos en Aragón y Madrid, lo que podía costarme un disgusto. Por otra parte, con mi nombre falso no podrían movilizarme, ya que no aparecía en ningún registro civil (...) Aquel secreto lo querían los bandos extremistas que recibían consignas de fuera de la península, en Moscú o en Berlín.

Los míos, al menos, tenían sus mandos dentro de España (frecuentemente no los tenían en parte alguna) y no parecían muy interesados en matar impunemente, ya que las responsabilidades no les asustaban. Los anarcos. Los ratificados vehementísimos. (III, pp. 362-363).

De acuerdo con la moral burguesa del autor, es preferible colaborar con las fuerzas represivas del enemigo y no dar la cara por temor a ser movilizado y que lo enviaran al frente de batalla. Sin embargo, considera una vez más oportuno el confesar su filiación anarquista --"los míos", dice-- aunque añade que los demás recibían consignas ajenas. Los "anarcos", en cambio, "tenían sus mandos dentro de España", con lo cual justificaba cualquier posible exceso.

Ya hemos puesto de manifiesto en páginas anteriores el afán de Sender por ocultar su verdadera filiación y en dejar en simple "simpatía" sus lazos con las organizaciones anarcosindicalistas. Mas ahora --¡oh milagros de la contradicción!-- se siente obligado a confesar su militancia, no sin antes acusar a "los bandos extremistas que recibían consignas de fuera de la península". Y con ello, además, resulta que los anarquistas quedan al margen del extremismo y se convierten en hermanas de la caridad. Ellos, los amantes de la acción directa, los que "estaban siempre tan dispuestos a morir o a matar", según el propio Sender los describe, no eran al parecer extremistas.

No tenemos absolutamente nada en contra del anarquismo revolucionario, salvo que consideramos que la táctica terrorista no es la más adecuada para la acción revolucionaria. Sin embargo, aun siendo opuestos a este tipo de lucha, somos respetuosos de cualquier acción cuyo móvil sea implantar la revolución --las huelgas a que era tan afecta la CNT, por ejemplo--

pero no comulgamos con ruedas de molino y no se nos va a convencer, porque lo diga Sender, de que los anarquistas no eran extremistas.

Claro está que a nuestro autor, por consideraciones personales tales como su propia vida en los Estados Unidos, por ejemplo, no le interesaba demasiado que en un momento determinado alguien lo tildara de extremista. Sobre todo en un país donde los anarquistas --principalmente italianos-- habían escrito parte de la historia de las reivindicaciones obreras.

Pero sigamos con la narración:

También oculté mi persona y mi nombre detrás de aquel oficio mediocre y vil --identificación de presos--, porque estando trabajando en una organización seudopolítica y paramilitar a nadie le extrañaría que no estuviera en el frente. Finalmente, con aquel trabajo podría ayudar a alguno de los míos interceptando el proceso de su identificación, que sería tanto como aplazar o cancelar su muerte. Pero esto último tendría que hacerlo con una gran cautela y sin dejarme entrampillar yo mismo.

(III, p. 363).

Páginas atrás habíamos calificado el trabajo del autor de "indigno y vil", y él ahora nos enmienda la plana para llamarlo "mediocre y vil". Como quiera que sea, existe acuerdo

en la vileza y nos agrada en este punto la concordancia con el interesado.

Sin embargo, el autor justifica su vileza y alega que "aquel trabajo podría ayudar a alguno de los míos". Tal vez, aunque habría que precisar quiénes eran "los míos". Dejemos las cosas como están, que nuestro único afán es mostrar al paciente lector las constantes contradicciones que, como vocero de una determinada clase social, es representativo también de un cierto tipo de literatura.

Y prosigue:

Trato de contar las cosas como las vi en aquellos memorables días. Es decir, de un modo desinteresado y presentándome yo mismo a la luz a veces desfavorable de los que tratan ante todo de salvar la piel. Los lectores, si los tengo un día, dirán si yo era también un bellaco o un héroe, aunque no hay duda de que a veces reconocía en mí mismo si no las dos realidades, al menos las dos potencialidades, como cada cual. (III, p. 364).

Nuestro autor hace ahora profesión de fe objetivista. Presenta las cosas tal "como las vi en aquellos memorables días. Es decir, de un modo desinteresado..." Le asiste la razón a Sender en esta apreciación. Sólo que su visión está dis

torsionada por el prisma burgués de su lente. Claro está que quien usa tales antiparras se debe atener a las consecuencias que ello implica, si bien cambiar de gafas es habitual para el burgués y lo que hoy ve negro tal vez lo verá blanco mañana de acuerdo con las circunstancias y sus personales intereses.

Por otra parte, como lectores que somos de su obra, no nos parece adecuado juzgar si era "un bellaco o un héroe". Y ello, por una razón muy simple en la que Sender tendría que estar de acuerdo: la opción que se le presenta al lector es entre dos extremos y ya páginas atrás nuestro autor manifestaba su repugnancia por los extremismos, causa por la cual comulgaba con las ideas anarcosindicalistas.

Una vez más, sin querer, sin proponérselo, hemos pescado en una nueva contradicción al autor. Tal parece que nuestra intención fuese dejar mal parado al novelista; nada más lejos de nuestro ánimo. En todo caso, culpas son de su clase, no de su persona.

Sender, ya lo hemos dicho, a pesar de que en ocasiones se da golpes de pecho anarquistas y a pesar también de que es del conocimiento público su militancia ácrata, se manifiesta en realidad como representante de la burguesía liberal que en España formaban los partidos republicanos. Como por su propia naturaleza su constante es la contradic-

ción, no debe causar extrañeza al lector que sus ideas y su conducta no sigan un comportamiento lógico, sino que tanto las unas cuanto la otra, se mezan al vaivén de los vientos que soplan.

Si el lector tiene la curiosidad de volver a consultar algunas páginas de este análisis, podrá constatar que en ellas hemos tratado de demostrar que Sender no solamente oculta su filiación anarquista, sino que todas las críticas que endereza contra la República son resultado de su "visión" burguesa de la realidad.

Y mientras nuestro autor prosigue con su trabajo que "podría ayudar a alguno de los míos interceptando el proceso de su identificación, que sería tanto como aplazar o cancelar su muerte", según nos había dicho, en el pueblo donde él estaba, "en Casalmunia fusilaban, como digo, a la gente".

Con esta visión de horror y de crimen, concluye la segunda novelita del tercer volumen que el autor titula La orilla donde los locos sonríen.

C A P I T U L O X

La novela que cierra el ciclo de Crónica del alba se llama La vida comienza ahora.

La escena se sigue desarrollando en la misma prisión fortaleza en la cual ejerce su trabajo nuestro autor, que relata:

De noche oía las descargas de fusilería, y, a solas conmigo mismo, me preguntaba: "¿Por qué?" Trataba de comprender en vano. Bien se veía que había, en el fondo de aquella especie de locura, una combinación de odio y de miedo. Pero había más.

El odio se había creado (por varias razones) como una consecuencia de la discrepancia política violenta: el cambio de bandera nacional, la desvaloración de las formas de vida de nuestros padres (sobre todo, la tradición católica) y el auge económico de las clases humildes durante la república. Esto no bastaba para matar, sin embargo. Ni en un lado de la península ni en el otro. (III, p. 374).

Si partimos del hecho de que la interpretación de la realidad es parcial en la novela, puesto que refleja la personal visión del autor y ésta se presenta en función de la clase a la que pertenece, no nos podrán causar extrañeza las palabras que acabamos de transcribir.

Si desglosamos el párrafo anterior, encontramos las causas que, según Sender, desencadenaron la guerra en España:

- 1a. el cambio de bandera nacional;
- 2a. la desvaloración de las formas de vida de nuestros padres (sobre todo, la tradición católica);
- 3a. el auge económico de las clases humildes durante la república.

Analícemos brevemente estas tres causas, en vista de que ya en ocasiones anteriores nos hemos referido a ellas.

Nuestro autor insiste en un argumento puramente circunstancial y anecdótico, como es el del cambio de la bandera. Para nadie que esté en sus cabales puede ser razón que por trocar una bandera por otra --por más patriota que se pretenda parecer-- se desencadene una sublevación contra el poder constituido y se procure y obtenga la ayuda de potencias extranjeras.

Por otra parte, entre las obras que hemos consultado y que tratan del conflicto a que nos referimos, en ninguna de ellas se hace ni siquiera mención de lo que para Sender

constituye una de las razones de mayor peso. Será sin duda que los estudiosos de este periodo de la historia no se han percatado de la trascendencia que esto implicaba y que es Sender el primero que lo pone al descubierto.

La segunda causa que invoca es "la desvaloración (¡horrible palabra!) de las formas de vida de nuestros padres (sobre todo, la tradición católica)".

Aviados estaríamos, decimos nosotros, si no cambiamos las formas de vida de nuestros padres, que sería tanto como tratar de frenar la historia. Aquí se manifiesta, por si no hubiese quedado claro, el afán de Sender por conservar el statu quo, que todo permanezca como está porque en esas aguas en calma es donde pesca con fruición la burguesía. Pero ¿dónde quedaron sus "simpatías" anarcosindicalistas? ¿Dónde están aquellos "míos" anarcos, de que antes nos hablaba?

Dejamos para otro párrafo el comentario a la coletilla "sobre todo, la tradición católica". Cualquiera que se precie de conocer someramente la historia de España, sabe bien que nunca se proscribió durante la República la libertad de cultos y que a nadie se persiguió por sus creencias religiosas. Sabe también que el clero español desde la Edad Media --y el Arcipreste no nos dejará mentir-- convivía con el pueblo y compartía sus problemas, razón por la cual el pueblo se sentía solidario del clero y éste ejercía su ministerio con

la mayor liberalidad y democracia.¹

Las cosas comenzaron a cambiar, sin embargo, a partir del siglo XIX,² en que por motivos económicos, el clero fue abandonando a sus feligreses--al pueblo-- para volcar sus gracias a los poderosos. Ya en nuestro siglo, poder y clero están tan íntimamente ligados que constituyen una y la misma cosa. La consecuencia natural, ante esta situación, fue que

1. Sánchez-Albornoz, pp. 90-91 y 120-121.

2. (...) "después de la caída de los Borbones a causa de la invasión francesa, la Iglesia, que había ganado nueva popularidad como paladín de la oposición contra Napoleón, se convirtió en el centro de resistencia contra las ideas liberales. Los representantes más violentos de aquella actitud se agruparon en la sociedad del 'Ángel exterminador'. Siguió la guerra carlista. Durante ese período persistía el bajo nivel de cultura del clero: apenas si se publicó una sola obra de teología en los primeros treinta años del siglo.

"El mayor éxito de los liberales fue la desamortización de los bienes del clero en 1837. La Iglesia recibió más tarde una compensación aunque en forma de dinero y sueldos. No pudo recuperar las tierras, en manos de los especuladores de la clase media que las habían comprado. En lo sucesivo, aun cuando la Iglesia mantenía una oposición implacable contra las ideas liberales, su influencia entre las clases trabajadoras del país se redujo notoriamente (...)

"Es cierto que, desde la confiscación de las propiedades en 1837, las órdenes religiosas y la jerarquía eclesiástica se habían convertido en capitalistas o en amigos de los capitalistas, mientras que muchos frailes y una gran parte de sacerdotes (excepto en los barrios ricos de las grandes ciudades) tenían unos ingresos tan miserables como los de sus feligreses. Se consideraba con razón a la jerarquía eclesiástica como el aliado de las clases altas o burguesas. Pero el cura de pueblo y aun el cura de las parroquias pobres de las ciudades era considerado a menudo como un consejero comparativamente favorable y que, a veces, podía influir sobre las autoridades en ayuda de los oprimidos."

(Thomas, pp. 25-26).

Sobre el mismo asunto, y en particular el poder de la Compañía de Jesús, ver también Brenan, pp. 38-39.

el pueblo, al identificar el clero con el poderoso, lo consideró no como un amigo, sino como un adversario.

Esta mutación, que se produjo en el clero llano, alcanzó proporciones escandalosas en la jerarquía eclesiástica cuyo apoyo fundamental se fincaba en quien ostentaba el poder. Su fuerza principal consistía no solamente en la subvención que recibía por parte del Estado, sino también por la proliferación de los colegios confesionales que virtualmente ejercían el monopolio de la educación en España.¹

-
1. "Hasta 1836 la enseñanza había estado casi enteramente en manos del alto clero y las órdenes religiosas. Por entonces la Iglesia no se había recobrado aún del golpe que le asestara la Revolución Francesa, y tenía un miedo mortal al saber. No se enseñaban ni las ciencias físicas, ni las matemáticas, ni la agricultura, ni la economía política, como si estas materias fuesen peligrosas excepto para sabios teólogos. Los jesuitas fruncían el ceño a la historia que tan malos ejemplos ofrecía a las almas jóvenes e inocentes. De modo que la única materia que podía ser estudiada, era el derecho (...)" "La revolución liberal modificó esta situación. Los sucesivos gobiernos liberaron gradualmente a las universidades del control clerical y echaron los cimientos de la educación primaria universal. Las órdenes religiosas dirigieron entonces su atención a los colegios de segunda enseñanza. La Iglesia se impuso como tarea la educación de los hijos de las clases altas y medias (...)" "Pero la batalla decisiva se libraba en torno a la educación primaria. Vasto era este campo, pues en 1870 alrededor del 60% de la población era analfabeta. Aun cuando la mayoría de las escuelas existentes estuvieran sometidas a las autoridades civiles (la política de las órdenes religiosas en las primeras décadas del siglo XIX había sido el evitar que los pobres aprendiesen a leer), ambas partes reclamaban para sí el monopolio. La táctica de la Iglesia consistía en obligar a las escuelas del Estado a cerrar por falta de fondos. Como el sostenimiento de estas escuelas estaba a cargo de los municipios, con su influencia sobre los caciques y la administración local, el clero lograba evitar la inclusión de la escuela en el presupuesto." (Brenan, pp. 40-41).

Sin embargo, subsistían algunas regiones aisladas donde de los curas de "misa y olla" seguían conviviendo con el pueblo. No es por ello de extrañar que, en zonas como las provincias vascongadas, que gozaban tradicionalmente de ciertos fueros respecto del Estado, el pueblo siguiese respetando al clero y que éste, en situaciones tan conflictivas como la propia guerra, estuviese en general de parte de su pueblo. Tan es así que en la represión que siguió por largos años tras el triunfo de los faciosos, el clero vasco fue reprimido por hacer causa común con sus feligreses. Y esta situación subsiste hasta nuestros días, por lo cual no es de extrañar que el pueblo vasco tenga fama de religioso.

Aunque en menor medida, algo similar ocurrió en Cataluña, uno de cuyos obispos, inclusive, murió en el destierro.

Quizá no sea en vano, en este momento, recordar la famosa carta pastoral que, firmada por el cardenal Gomá y las demás jerarquías eclesiásticas, dirigieron al pueblo español cuando acababa de producirse la sublevación, en la cual justificaban y bendecían a los insurrectos en nombre de una Iglesia que se declaraba beligerante contra los poderes legalmente constituidos.

Las leyes que proclamó la República en la constitución de 1931, eran en realidad bastante tibias en materia religiosa, y cuestiones tales como la separación de la Iglesia y el

Estado, al correr de los años es la propia Iglesia quien las está impugnando. Por otro lado, la expulsión de la orden de los jesuitas que quedó plasmada en el papel, nunca se llevó a efecto.

El clero en realidad se sintió afectado en sus intereses económicos, por las razones que quedan anotadas, y esa fue la causa de su animadversión a la República, pero nunca por que ésta no le permitiese ejercer libremente su ministerio, como se quiso hacer creer.

La tercera causa, en fin, que según Sender desencadenó la guerra en España, fue "el auge económico de las clases humildes durante la república". En primer lugar, no había tal auge. Como ya hemos dejado dicho, España, en el año de 1931, era un país eminentemente agrícola, poco industrializado y que, por ende, contaba con un proletariado reducido aunque combativo.

A la primera tarea que se abocaron los constituyentes del 31 fue, como era lógico, al reparto de la tierra, para lo cual dictaron una serie de leyes tendientes a estructurar una auténtica reforma agraria. Sin embargo, la realidad es que tal reforma nunca se llevó a efecto. Las causas fueron múltiples y entre las principales cabe destacar que la República carecía de dinero para financiar a los campesinos, con el objeto de que éstos adquiriesen tanto las semillas cuanto los aperos de labranza necesarios.

Es sabido --y no es menester insistir en ello-- que el mero reparto de la tierra no soluciona problema alguno si se carece de los instrumentos para explotarla. Tal era el caso que comentamos.

Por otra parte, en el seno mismo de los partidos republicanos existían diferencias de fondo en lo que se refiere a la manera de repartir la tierra.¹ Mientras que los socialistas eran partidarios de las cooperativas comunales, que representaba no parcelar excesivamente la tierra, los republicanos propiamente dichos, luchaban por las parcelas individuales, con los inconvenientes que esta modalidad representa en cuanto a productividad.

1. "Se discute el proyecto de Reforma Agraria. Sin dilación, queda desechado el sistema de ocupación temporal que proponía la Comisión; sistema que no atenuaba la expropiación y que por su denominación de temporal no podía satisfacer a los campesinos. Perdemos no poco tiempo buscando nombre y situación jurídica al estado intermedio y transitorio que resulte entre la expropiación u ocupación primera y el régimen definitivo. Pasamos al fondo de la cuestión. Se acepta la expropiación de las tierras del señorío de las grandes fincas, etcétera, etcétera. Sobre si se ha de dar o no indemnización a los dueños de bienes de señorío hay gran debate. Se resuelve en votación, por mayoría, que se conceda una indemnización mínima a los señoríos (...)

"He preguntado (...) a cuánto ascendía próximamente la extensión de los bienes de señorío. No se sabe (...) Después de tantas comisiones, tantos peritos, y después de la actitud suficiente y doctoral del ministro, resulta que se ignora una de las bases de lo que vamos a hacer. Claro está que también se ignora la cabida total o aproximada de la categoría de fincas sometidas a expropiación." (Azaña, IV, p.75).

Estas dos posturas, que hemos esbozado de manera esquemática, representan, a no dudarlo, dos concepciones diametralmente opuestas sobre un problema que en la España rural de aquel entonces, era fundamental.

Mientras tanto los afectados, esto es, los terratenientes, mantenían sus tierras improductivas en espera de la solución que se diera al problema. Esta situación que era común a toda España, era particularmente grave en regiones como Andalucía y Extremadura cuyos campesinos, para poder subsistir, tenían que vender su fuerza de trabajo como braceros en regiones apartadas. Además, estas zonas carecían casi en absoluto de industria, razón por la cual la situación económica de los trabajadores era poco menos que desesperada.

La emigración de los trabajadores del campo, principalmente andaluces, hacia las zonas industrializadas --en especial Cataluña-- en procura de salarios que les permitiesen la subsistencia, constituía el pan nuestro de cada día en los últimos años de la monarquía y primeros de la República.

No es explicable con qué criterio se puede hablar de "auge económico", por lo que respecta al sector campesino que era, en esa época, absolutamente mayoritario en lo que a fuerza laboral se refiere.¹

1. "De los once millones de la población activa de España en 1936, dos millones podían considerarse como clase media, dos millones clase media inferior (pequeños comerciantes y artesanos), cuatro millones y medio, campesinos o trabajadores del campo, y de dos a tres millones, obreros industriales o mineros." (Thomas, p. 36).

Por lo que respecta a la industria, ya hemos dicho que España estaba en los albores de la industrialización. Si se exceptúan zonas como Cataluña, Vizcaya y Asturias donde existían centros fabriles de consideración, el resto de la península carecía de núcleos donde se concentraran contingentes obreros importantes. No es por ello casual, que fuera en las tres regiones antes citadas, donde se organizaron los movimientos obreros que constituían la vanguardia de la clase trabajadora.

En Cataluña, que como hemos anotado, absorbía a obreros de diversas regiones de España, alcanzó enorme importancia el anarcosindicalismo. En Vizcaya y Asturias, en cambio, la Unión General de Trabajadores, íntimamente ligada al Partido Socialista Obrero Español, era la que tenía una preponderancia casi absoluta entre los trabajadores.

Si bien es verdad que gracias a sus organizaciones obreras, en Cataluña y Vizcaya los proletarios lograron mejoras salariales considerables con respecto a otros trabajadores españoles, no es menos cierto que los mineros asturianos seguían siendo explotados. No parece fortuito el hecho de que fuera precisamente en Asturias, donde los obreros se sublevaron en 1934 contra el gobierno reaccionario, conocido como "el bienio negro", y que el pueblo asturiano fuera masacrado por un ejército que, muy poco tiempo después, se sublevó contra la República.

Ante este panorama que hemos esbozado a vuela pluma,

sin entrar en mayores consideraciones, no parece probable que se pueda concluir que existía un "auge económico de las clases humildes durante la república".

Debe tenerse en cuenta, así mismo, que cuando se efectuaron las elecciones de 1931 que dieron al traste con la monarquía, Alfonso XIII se vio obligado a abandonar España porque nadie, absolutamente nadie, salió en su defensa; y ello por una causa fundamental que a menudo se olvida: la monarquía había dejado de garantizar los intereses de los poderosos.¹ La economía española estaba en crisis y los capitalistas juzgaron que era menester explorar otros senderos que les fueran más propicios.

Resulta pues poco convincente, hablar sin más ni más de un "auge económico" de las clases menesterosas, que de ninguna manera tiene justificación.

Si por nuestra parte hemos rebatido estas peregrinas

1. "Durante algún tiempo el rey intentó gobernar como lo había hecho Primo de Rivera, a través de un directorio de ministros, presidido por un general. Pero ya ninguna de las fuerzas de la sociedad española estaba dispuesta a apoyar al trono. Muchos militares pensaban que el rey se había comportado de manera deshonrosa al aceptar la dimisión de Primo de Rivera. La actitud de la Iglesia era equívoca y muchos de sus representantes más influyentes (...), tendían hacia el establecimiento de un régimen democrático, si es que era posible. Ni la burguesía ni las clases trabajadoras podían esperar nada de la perduración de la Monarquía." (Thomas, p. 13).

opiniones de Sender es porque estos juicios, por decirlo así, salen del contexto de la novela. Son apreciaciones que el autor expone al margen de la trama y de las opiniones que pudiesen sustentar los personajes. Por ello, no sólo reflejan el pensamiento de la clase a la que pertenece el novelista, sino que son expresión de su propia ideología.

De acuerdo con nuestro criterio de que la representación de la realidad presentada por el autor es parcial, no pretendemos que su interpretación esté de acuerdo con nuestro criterio o, si se quiere, con la realidad objetiva. Mas cuando el escritor emite juicios eminentemente políticos (ideológicos), nos asiste el derecho de rebatirlos y mostrarnos inconformes con ellos.

Por otra parte, estas aseveraciones de Sender son tan solo opiniones que no se sustentan en un estudio concienzudo de los hechos. Nosotros no pretendemos rebatir una opinión con otra, sino mostrar objetivamente la situación apoyados en autores que han analizado los acontecimientos mediante la investigación histórica. Para no citar más que a historiadores extranjeros ajenos a la contienda y a quienes sólo mueve el interés del estudio de una época determinada, Brenan, Thomas y Bowers, ingleses los dos primeros y norteamericano el segundo, son fuentes de primera mano a quienes remitimos al lector.

Nos atrevemos a pensar, a riesgo de pecar de temera-

rios, que muy pocos republicanos burgueses, si no es que ningu
no, se atrevería a invocar como una de las razones fundamenta-
les por las cuales estalló la sublevación militar, el cambio de
la bandera nacional. Y vamos más allá: ningún faccioso que se
precie de serlo pondría como argumento tal mutación. Parece, sin
embargo, que este incidente anecdótico causó honda impresión en
Sender, pues en ocasión anterior lo comenta indignado.

Sigamos con la interpretación que, de los acontecimientos, hace nuestro autor:

Hitler y Stalin decían: "Matad a vuestros di-
sidentes". No a "vuestros enemigos", sino a vuestros disidentes (...). Y no sólo autorizaban con
el ejemplo el crimen político, sino --lo que es
peor-- lo pusieron de moda. Y ya se sabe que los
cursis, en España y en otros países, siguen las
modas. Así es que, en el lado republicano y en
el nacional, se mataba por cursilería política.

Hacía falta un poco de resentimiento defensi-
vo, más o menos genuino (había que salvar la ca-
ra), para decidirse a seguir la moda, porque en
todo caso había que empuñar un arma y apretar el
gatillo. En cuanto al miedo, lo crearon los ideó-
fonos; es decir, los altavoces de las radios, y
sobre todo de los mítines políticos, presentando

una y otra vez al dragón enemigo; o sea, a la fiera corrupta que quería violarnos y destruirnos. Cada cual hablaba del dragón enemigo y de su peligrosidad.

En el lado republicano sucedía lo mismo que en el nacional, aunque se podía sugerir la disculpa de los hombres pobres e ineducados, secularmente sumisos a la explotación y milenariamente humillados.

(III, p. 375).

Como quien no quiere la cosa, el autor nos va arrastrando a enfrentarnos con las fuerzas de la naturaleza --Hitler y Stalin, en este caso-- que arman la mano de los hombres para matarse unos a otros "por cursilería política".

Cualquier razón está de más. El raciocinio ha dejado de tener vigencia. La ciega animalidad asesina es lo que priva y el hombre, por cursi, por seguir la moda, empuña el arma homicida, habida cuenta de que "en el lado republicano sucedía lo mismo que en el nacional". Ni siquiera se aducen motivos políticos, económicos o de otra índole que, aunque el autor los considerase bastardos, pudieran haber inducido tanto a Hitler como a Stalin a participar en la contienda. Se presentan solamente como personajes míticos cuya fuerza mesiánica desencadena un caos entre los mortales --el pueblo español-- que se dedican a una danza macabra de muerte y destrucción.

Cuando se hace caso omiso de la razón y de la lógica para entrar de lleno en el campo de la mitología, resulta en verdad difícil tratar de analizar las palabras del autor.

Diremos tan solo que este tipo de mitología fue muy del agrado del anticomunismo de la "guerra fría" y que personajes tan siniestros como el Secretario de Estado Dulles o el senador MacCarthy, la hicieron suya en una de las épocas más negras del imperialismo norteamericano.

Continuemos, sin embargo, con nuestro autor:

El peor inconveniente, por el momento, consistía en que no había una figura política capaz de hacerse escuchar por las masas y de llamarlas al orden. Eran sólo jefes de grupo y de parroquia, que iban a lo suyo mezquinamente. Unos con cara de calabaza genial, que sólo querían ser presidentes para tener tiempo de escribir dramas. Otros, con aspecto más decorativo, trataban de imponerse (dentro de la red sindical) a sus rivales. Pero no había un jefe conductor de masas, aunque cada cual leía a Maquiavelo.

La verdad era --dicho sea por respeto a los unos y los otros-- que no había habido vagar en aquellos tiempos de la república inespera

da para que se levantaran corrientes y movimientos de masas. Eso lleva tiempo.

Así es que, por la nación entera y en su nombre hablaban insolentemente los cursis que seguían la moda del otoño moscovita o de la primavera prusiana. Nadie les daba la palabra, pero ellos se la tomaban. Y en un campo y en otro y por una razón u otra, la bandera era la misma: la calavera y las dos tibias. No la bandera de los piratas, o en todo caso la de los piratas bordada con bodoques y entredoses y calados por las hijas de María, que fueron haciéndose progresivamente elocuentes. (En los dos lados, ¡y había que oírlas!) Entre esos dos lados, la calabaza genial y la pera canónica no aprobaban el crimen y tampoco lo condenaban. Querían ganar por los dos lados, y así les fue a los dos y a los tres y a los cuatro.

Así nos fue a todos. (III, pp.375-376).

No parecen muy convincentes, a fuer de mal intencionados los comentarios del autor. Conviene aquí deslindar dos etapas para la mejor comprensión de este periodo. Durante la República --entre 1931 y 1936-- las masas de trabajadores se

entregaron como un solo hombre a su defensa y si bien en ocasiones declaraban huelgas y otros movimientos, que son las armas de la clase obrera para lograr sus conquistas, y de las cuales no podían abdicar so pena de traicionar a su clase, el hecho es que las masas seguían a sus dirigentes.

Poco a poco, sin embargo, los trabajadores fueron abandonando a sus líderes al darse cuenta de que éstos no representaban sus intereses.

Ya hemos hablado de que las tibias leyes republicanas en materia agraria y laboral no resolvían los ancestrales problemas económicos que cargaban sobre sus espaldas los trabajadores. Esta falta de identificación entre las masas y sus dirigentes se agudizó durante la guerra en vista de que la conducción política de los acontecimientos no era del agrado del pueblo. Prueba de ello fue que éste pretendió, aprovechando la lucha armada, hacer al propio tiempo que la guerra, la revolución. El hecho de que ésta se haya frustrado y de que el pueblo no haya tomado el poder, no invalida en absoluto sus aspiraciones. Fue en todo caso, una batalla perdida.

El problema de fondo estribaba no en que no hubiera "una figura política capaz de hacerse escuchar por las masas y de llamarlas al orden", sino en que esas masas habían rebasado a sus dirigentes. Y ello por una razón fundamental: la República estaba concebida como una institución democrático-

140.

burguesa; en cambio las masas eran revolucionarias.¹ Resulta ya un lugar común la afirmación de que un dirigente "mueve" a las masas cuando es capaz de interpretar sus aspiraciones. Pero resulta un contrasentido que no se produce, el hecho de que un dirigente burgués pueda encauzar a las masas revolucionarias porque éstas no lo consienten y aunque en un principio puedan ser embaucadas, la conciencia del proletariado se impone a la postre.

Quizá no le falte razón al autor, en cambio, cuando afirma "que no había habido vagar en aquellos tiempos de la re pública inesperada para que se levantaran corrientes y movimientos de masas. Eso lleva tiempo"

La apreciación parece acertada. Las masas pensaron que la guerra era el momento oportuno para aglutinar fuerzas y que,

1. "Los republicanos de izquierda, que formaban el grupo más numeroso de las Cortes, se componían de la Esquerra (el partido nacionalista catalán de izquierda) y de tres partidos españoles más, cuyos antecedentes y puntos de vista eran similares: Acción Republicana, dirigido por Manuel Azaña; Radical Socialista, que incluía a Marcelino Domingo y a Alvaro de Albornoz, y los republicanos de Galicia que seguían a Casares Quiroga (...) Representaban a los más activos y progresistas miembros de la clase media y clase media inferior. Tenían un programa de reformas que esperaban les daría el apoyo suficiente de la clase trabajadora para detener al movimiento revolucionario que venía creciendo sin cesar desde 1917. Aspiraban, en otros términos, a la conclusión de la revolución liberal que había empezado en 1812, pero que los pronunciamientos militares, las Cortes reaccionarias y la Iglesia, que aún vivía con las ideas del siglo XVII, habían paralizado." (Brenan, p. 178). El subrayado es nuestro.

como se suele decir, matarían dos pájaros de un tiro si ganaban la guerra y hacían la revolución. Mas se equivocaron porque no tomaron en consideración la correlación de fuerzas internacionales que en aquel momento les era adversa. Este error, como es sabido, le costó muy caro al pueblo español.

Tal vez no vale la pena analizar las alusiones a ciertos políticos republicanos, como Azaña, a quien maltrata con más mezquindad que acierto: "Unos, con cara de calabaza genial, que sólo querían ser presidentes para tener tiempo de escribir dramas", porque pensamos que se trata de desahogos pequeño-burgueses que consideran que la invectiva personal hace las veces de la razón.

Con todo, no debe extrañar al lector que Sender se vuelva contra Azaña y lo insulte. Al fin y al cabo, éste era el representante de las instituciones burguesas republicanas y Sender, como buen burgués, no hace más que contradecir lo que en su fuero interno defiende.

Cuando hay que defender la revolución, la ataca y se muestra partidario de las instituciones burguesas, y cuando debe defender a éstas las llena de denuestos y se presenta como "revolucionario". La contradicción es su sino. Mostrarse conforme con todo y soñar un régimen político idealista es su pecado.

Pero sigamos con sus comentarios:

Fuera de España, la guerra agitaba el mundo

142.

entero. Algunas personas que aman y buscan el faro de la publicidad se acercaban para dar pretexto a que la prensa hablara de ellos. En ese caso estaban algunos escritores cosmopolitas. Otros acudían de buena fe y no pocos voluntarios a combatir poniendo su vida como respaldo de sus convicciones. Sinceramente, creo que esos voluntarios eran la crema de la humanidad, igual en un lado que en el otro y por encima de las ideologías. (III, p. 390).

Cierto es que los voluntarios "eran la crema de la humanidad"; pero sólo de un lado, del republicano. ¿Acaso era de voluntarios la Legión Cóndor? ¿Voluntarios eran los ejércitos que envió Mussolini a morder el polvo de la derrota en Guadalajara? ¿Los mercenarios moros que enviaban como carne de cañón a las primeras líneas de fuego, eran voluntarios?

No es preciso invocar ninguna autoridad para calificar de disparate el comentario del autor. En el bando republicano, por el contrario, sí es lícito hablar de voluntarios. Aunque la propaganda facciosa se ha empeñado en demostrar que las Brigadas Internacionales representaban la "horda roja", su intento ha sido en vano ya que se ha demostrado has-

ta la saciedad lo infundado de esta especie.¹

Los voluntarios de las Brigadas Internacionales, llegados de todos los confines del orbe, fueron ejemplo, en su momento, de que el hombre está dispuesto a morir por sus convicciones y salvar la honra de una humanidad que, presa del miedo, estaba dispuesta a pactar con los traidores.

Si la guerra de España sirvió para que los pueblos levantaran las banderas en su defensa, no fue solamente porque se tratara de la última guerra "romántica" de nuestro siglo, en que se podían defender las causas más nobles del hombre, sino

1. "Desde el comienzo de la guerra, jóvenes de muchas naciones entraron en España para luchar al lado de los leales. Algunos eran meros soldados de fortuna; otros eran aventureros dispuestos a luchar simplemente por la paga; algunos eran incuestionablemente comunistas procedentes de otras naciones europeas; pero la mayor parte de ellos eran meramente antifascistas, deseosos de luchar contra las fuerzas de Hitler y Mossolini. Entre ellos había numerosos británicos, alemanes, italianos, franceses y no pocos norteamericanos (...)

"Entre todos éstos había muy pocos soldados rusos en el ejército republicano (...) No hubo nunca en ningún momento en España más de quinientos rusos. Cuando la comisión de la Sociedad de Naciones inspeccionó la evacuación de todos los extranjeros en la España leal, a requerimiento del Gobierno republicano, encontraron solamente ciento cincuenta rusos. Esto me consta; los miembros de la comisión, impresionados por la propaganda de Goebbels, entraron en España esperando engaños y salieron convencidos de la honestidad de los gobernantes republicanos.

"Estos voluntarios procedían de diferentes naciones, y ERAN voluntarios que constituyeron la famosa Brigada Internacional." (Bowers, pp. 324-325).

también porque los pueblos no se equivocan cuando está en peligro su pan y su libertad.

Un día, tal vez no lejano, el pueblo español podrá rendir el homenaje que merecen aquellos hombres que ofrendaron el don máspreciado, su vida, por la libertad de España.

Afirmar que los "voluntarios eran la crema de la humanidad, igual en un lado que en el otro y por encima de las ideologías", es degradar al hombre y medir con el mismo rasero al voluntario que al mercenario, pues mientras el uno defiende lo noble, el otro es defensor de lo ruin. Esto ocurre, sin embargo, precisamente por colocarse "encima de las ideologías", lo que equivale a estar al sol que más calienta. Nuestro autor, no contento con sustentar ideas tan peregrinas, busca escalar cimas para situarse "por encima de las ideologías", ya que éstas, como creación humana que son, merecen el desprecio de quien las juzga desde las alturas. Es sin duda el vértigo de mirar desde tan alto, el que no le permite a Sender discernir que mientras los voluntarios luchaban por una ideología, los mercenarios combatían por la soldada. Esa es la razón, y no otra, por la cual se coloca "por encima de las ideologías"; para no admitir una realidad que él presenta distorsionada, pero grata a los ojos de ciertos sectores que no tienen inconveniente en atizar la puñadada y, con el mismo puñal, rasgarse las vestiduras.

Triste situación la de Sender, de tratar de equilibrar los platillos de una balanza que, quizá jugándole una mala pasada a la física, se inclina siempre hacia la izquierda.

En fin, para que no se piense que las contradicciones que achacamos al autor son producto de nuestra calenturienta imaginación, nos vamos a permitir consignar la propia confesión de Sender que no deja lugar a dudas:

Yo era ese bicho un poco raro que he sido más tarde y que ha suscitado frecuentes malentendidos. Siempre en guardia contra el amor y la confianza. Sin embargo, me permitía un lujo increíble, un lujo peligroso al que no suele atreverse casi nadie en la vida: la sinceridad. No era por respeto ni por desprecio de los otros. Creo que era más bien por una especie de desesperación. Era como el que dice: de perdidos, al río. Nadar en aquel río de la desesperación (nadar, simplemente) era un placer. Tal vez algunos creían que yo era estúpido. Otros pensaban que era atrevido y temerario (¡no es nada, atreverse a decir la verdad!) En definitiva era ya entonces potencialmente un poco de las dos cosas extremas con otras intermedias y menos escandalosas. Pero esta-

ba lleno de contradicciones. Lo más aproximado a la verdad era tal vez una timidez recelosa iluminada por decisiones serenamente desesperadas. Esa serenidad daba lugar a algunos errores, y así, unos creían que era un santo y otros un criminal en potencia, un ser inteligente, pero satánico o un idiota un poco angélico. Tal vez, a su modo, todos tenían razón. Lo que no sería yo nunca era un ciudadano. Me encontraba en un lío de contradicciones, con virtudes o vicios potenciales más fuertes que yo mismo (...)

(III, p. 407).

Se diría que las contradicciones son genuinas en la infancia, cuando aún no está formado el individuo y cuando las expectativas son parte integrante de su personalidad. Se equivoca, sin embargo, quien así piense. El propio Sender nos da un mentís al respecto:

 Mi actitud genuina, ahora, en mi madurez, es parecida a la que adoptaba sin querer cuando tenía nueve años. No hay duda de que a esa temprana edad estamos ya formados o deformados para siempre. Lo poco que uno ha aprendido en los libros o en las experiencias sucesivas, no ha modificado las líneas básicas del carácter. Soy

el mismo, tímido y serenamente exasperado,
con mi idiotez y mi locura y mi sinceridad de-
sesperada. Una sinceridad absoluta para la
cual a veces no encuentro empleo en la tierra.

(III, p. 408).

A decir verdad, no se trata mal nuestro autor. Aunque esgrime su "sinceridad desesperada", también confiesa que se "encontraba en un lío de contradicciones" del que, al parecer, nunca se pudo liberar. Simpatizante del anarcosindicalismo, crítico de sus correligionarios, detractor de la República y sus dirigentes, anticomunista convencido, amante de las instituciones burguesas, defensor de un pueblo al que no comprende, Sender es la representación típica del burgués insatisfecho y contradictorio que detesta lo que cree amar y defiende lo que cree odiar.

Desde muy niño yo tuve la idea un poco mez-
quina de mi inferioridad ante los poderosos.
No me sentía superior a los que eran más po-
bres que yo, pero sí inferior a los que eran
más ricos. (III, p. 395).

Tales palabras constituyen toda una revelación. Encumbrarse hasta estar a la par con la burguesía, adentrarse en ella, ser parte de ella para después denostarla. Esta actitud no constituye novedad en la literatura y sólo confirma asertos

harto repetidos en crítica literaria. Nadie tal vez ha retratado los perfiles de la burguesía alemana como Thomas Mann y nadie quizá ha sido un escritor tan eminentemente burgués. Mas para interpretar a cabalidad una realidad, no se ha inventado nada mejor, hasta ahora, que formar parte de ella.

Si bien a algunos sectores --la burguesía intelectual-- causa asombro la fantasía y la exuberancia del lenguaje de un Carpentier, para el ribereño del Caribe es la comprobación de que su mundo mítico existe y no es producto de la imaginación. Carpentier, para seguir con el ejemplo, no crea un mundo ajeno a la realidad; recrea ésta y le otorga carta de naturaleza. Claro está que el no iniciado, el que no conoce el microcosmos caribeño, cree estar ante un mundo fantástico imaginado por el autor. Pero ignora que aquí lo fantástico es lo real y que la realidad se antoja fantasía.

Si hemos echado mano de Carpentier es porque se trata de un caso extremo en que realidad y fantasía están tan íntimamente ligadas, que tanto la una como la otra parecen imágenes de un espejo concebido por el autor. Pero no es así. Lo que ocurre es que se trata de un mundo en que ambos factores, realidad y ficción, son caras de un mismo ser y lo que hace el novelista es reflejarlas.

Así, el escritor interpreta la realidad de su mundo y la plasma en su novela. Sender no "inventa" la realidad que

le ha tocado vivir; simplemente refleja "su" visión de ella como representante que es de una clase determinada cuya constante, ya lo hemos dicho, es la contradicción.

Pero sigamos con nuestro héroe en sus andanzas por la zona facciosa. Una vez que el personaje comprende que su situación es insostenible, decide emprender la fuga hacia el campo republicano y para ello se vale de un aviador, antiguo conocido, quien servía en las filas facciosas. Vuelan a Francia y allí, tras ser internado el avión, los dos amigos se separan y nuestro héroe emprende la marcha hacia Barcelona para incorporarse a las tropas republicanas.

Cataluña era rica y en la región más rica de España --dice el autor-- se producían los mejores revolucionarios, lo que me hacía pensar que había la posibilidad de una revolución no por el odio y el miedo (...) sino por la riqueza, la cultura y el amor. Una superación afirmativa y serenamente inteligente. A eso me atenía yo. Sin embargo, no había que hacer se ilusiones. (III, p. 446).

No es preciso repetir --ya lo hemos dicho-- las condiciones que hacían de Cataluña un campo fértil para que fuese precisamente allí donde se gestaran los núcleos revolucionarios a que alude el autor. Es conveniente, sin embargo, tomar nota

del despiste que una vez más manifiesta el novelista cuando pretende hacer un análisis político.

Por otra parte, resulta curiosa la apreciación en el sentido de que una revolución no se haga "por el odio y el miedo sino por la riqueza, la cultura y el amor". No conocemos ninguna revolución que no se haya hecho por el odio, el miedo, el rencor y la desesperación del oprimido hacia el opresor para lograr después, como meta de una comunidad, "la riqueza, la cultura y el amor", y otras cosas que el autor se deja en el tintero, para que el hombre alcance una vida digna.

Valen sin embargo las palabras de Sender para aclarar --por si duda hubiese-- qué lejos está de comprender lo que una revolución significa y las causas que la producen. Nuestro autor se muestra fiel a su concepción burguesa de la realidad aunque él piensa, tal vez, lo contrario: eterno vaivén de la contradicción que es su sino.

Continúa más adelante su relato:

Dudaba yo de que ganaran la guerra los republicanos, pero ganar o perder en la vida no lo es todo y lo que importa es la manera de aceptar la dicha o la desventura; la vida es lucha en una forma u otra y en todas partes y en todos los tiempos y niveles sociales esa lucha es inevitable. Yo solía pensar:

"Es bueno en todo caso estar en el lado de los que merecen vencer. Merecer la victoria puede ser tan bueno como tenerla y aun mejor: nos permite encararnos trágicamente con el destino y pedirle cuentas. Sólo a un español se le ocurre esto".

Cuatro días después tenía yo arreglados mis papeles y pude tomar otro avión y marchar a Madrid (que estaba sitiada por el enemigo).

(III, p. 454).

A música celestial suenan las palabras de Sender.

En la epopeya hay buenos y malos y estar de parte de la historia es apoyar a los primeros. ¿Que no siempre triunfan los buenos? Causa será de los hados, de las misteriosas fuerzas de la naturaleza, tal vez, o del destino que está escrito y que quíerse o no se çumple. Combatir del lado de los buenos aquieta la conciencia y cuando llega el día de rendir cuentas no existe el remordimiento. Todo claro, tranquilo. ¿No luché yo, acaso, del lado de los buenos? Esto es, y no otra cosa, "encararnos trágicamente con el destino y pedirle cuentas. Sólo a un español se le ocurre esto", dice solemne.

Mas prosigamos con el autor, ya en zona republicana:

Al mediodía fui al Ministerio de la Guerra, donde me dieron el grado de capitán sin examinar siquiera mi expediente militar, que enviaron sin embargo a buscar al cuartel de la Montaña con una especie de pudor burocrático, pero con cierto escepticismo. Me destinaron a un frente, no en el mismo Madrid, sino cuarenta kilómetros más al norte, en la sierra, y me dieron dos días de plazo para presentarme. La ligereza con que me hicieron capitán me dio mala espina. Había un pesimismo secreto y una falta de fe en nuestro ejército --en la eficacia de los mandos y en la seriedad de las responsabilidades-- que me deprimió un poco. (III, p. 456).

Aunque se ignoran las fechas precisas de los sucesos que reseña el autor, se puede deducir con facilidad que se trata de los últimos meses del año 36 o quizá, con más seguridad, los primeros de 1937. Es sabido que en esos tiempos se luchaba por transformar al ejército miliciano en un ejército regular. No debe extrañar, por tanto, que a un individuo que había servido en el ejército en Africa como oficial, se le otorgara sin más trámite el grado de capitán.

Por otra parte, el ejército republicano siempre adolecía de falta de mandos. Ello es fácilmente explicable si se

toma en consideración, que fue precisamente el ejército quien se sublevó contra la República y que permaneció leal a ésta, una cantidad exigua de jefes y oficiales. No debe causar asombro, por ende, tanto que se improvisaran los oficiales cuanto que se tuviese cierto pesimismo respecto a los mandos y al propio ejército, ya que resulta evidente que un ejército miliciano es por naturaleza anárquico y desorganizado y su dirección estaba encomendada, en su mayor parte, a jefes y oficiales que carecían de la debida preparación.

Por ello, una vez que se lograron repeler los primeros embates enemigos y cuando fue posible estabilizar los frentes, la República consideró como tarea urgente y prioritaria la organización de un ejército popular, organizado y disciplinado, que pudiese enfrentarse a las fuerzas facciosas y a las seleccionadas tropas que enviaban a España los dictadores nazi-fascistas para experimentar sus descubrimientos bélicos.

Sin embargo, justo es consignar aquí, que no todos los partidos republicanos estaban igualmente de acuerdo en la conveniencia de que se estableciera un ejército popular dotado de mandos idóneos. Algunos sectores --los anarcosindicalistas, en concreto-- pensaban que la organización de un ejército regular llevaba aparejada una rigidez y una disciplina que no concordaban con un ejército popular, además de que tenían el temor de que los jefes y oficiales antepusieran su jerarquía a la debida consideración que se le debe a todo combatiendo, independientemente

de su rango.

Estas discrepancias de parecer llegaron a constituir muy serios problemas, en especial con el Partido Comunista, de fensor acérrimo de la organización de un ejército popular, ya que este partido se daba cuenta de que los milicianos habían cumplido con creces una etapa, pero que no era posible enfrentarse a las fuerzas fascistas si no existía un ejército que tuviese la preparación adecuada para tamaña empresa.¹

Como es sabido, prevaleció al fin el criterio más sensato y la República pudo --y en ello intervinieron de manera muy destacada varios miembros de las Brigadas Internacionales--, organizar un ejército que por su combatividad y sacrificio fue

1. "La disputa referente a las ventajas del sistema de milicias o del sistema de ejército, continuaba siendo el principal motivo de discusión entre comunistas y anarquistas. Los oficiales regulares de la República habían sugerido que el mejor tipo de organización para la guerra era la brigada mixta: una unidad independiente, con su propia artillería, morteros, servicios auxiliares y sanitarios que había sido organizada durante las guerras de Marruecos. En realidad fue adoptada porque el Partido Comunista y los asesores soviéticos la apoyaron. A finales de diciembre se publicó un decreto que abolía las milicias y reorganizaba el ejército en brigadas mixtas (...) A los anarquistas les disgustaban terriblemente estas reformas. Las Juventudes Libertarias hablaban de los peligros de un ejército similar al que se había sublevado en julio: 'una fuerza de choque que no sabe nada de los gritos de libertad, pan y justicia de su carne de cañón'. El comité peninsular de la FAI pidió la supresión del saludo militar, igual paga para todos en el ejército, periódicos en el frente y consejos de soldados en todos los grados. Solidaridad Obrera se quejaba de la 'obsesión de la disciplina', el 'neomilitarismo' y la 'psicosis de unidad'." (Thomas, p. 303).

asombro de propios y extraños. Con todo, a pesar de las brillantes páginas que este ejército escribió, hasta el final de la contienda adoleció de falta de mandos. Por supuesto que aun cuando hubiese contado con ellos, la guerra se hubiera perdido de todas maneras, pero quizá se le hubiesen infringido al enemigo derrotas más espectaculares y, sin duda, la resistencia hubiera durado más tiempo.

Si insistimos en el hecho de que la guerra estaba perdida de todas maneras --las potencias nazi-fascistas se encargarían de ello-- es porque existen por ahí algunos libros escritos por militares profesionales republicanos --Pérez Salas, entre otros-- que sostienen la peregrina idea de que la guerra la pudo haber ganado la República si el gobierno hubiera tenido la cautela de organizar rápidamente un ejército al mando de los militares profesionales leales.

Para que se vea hasta qué punto los deseos más o menos nobles enturbian la razón, transcribiremos las palabras del aludido Pérez Salas que expresa a manera de colofón:

Sólo deseo agregar que pudimos ganar la guerra (...) porque así lo creemos la mayoría de los militares profesionales republicanos, que nos sentimos completamente libres de toda influencia política.¹

1. Pérez Salas, p. 267.

Sigamos con el relato de Sender, que hace un rato he
mos soltado:

Un mes después de haberme hecho cargo de mi puesto comencé a verme en dificultades. No po
día dormir en la trinchera. Después de algún tiempo de servicio ininterrumpido sin ataques ni contraataques de importancia --era aquel un frente estabilizado--, pedí permiso algunas veces para ir a dormir a la retaguardia y se me concedió. De tarde en tarde incluso a Madrid. Quería tratar de encontrar a una antigua amiga que en la confusión de la guerra parecía haberse esfumado sin dejar rastro. (III, p. 457).

Dañino resulta en verdad el insomnio, tanto, que hace abandonar a los combatientes la trinchera en busca de alguna compañía femenina que a manera de somnífero mitigue el desvelo en el frente de batalla.

Y sigue nuestro autor:

Llegando yo a Madrid casi siempre al atardecer, y teniendo que volver al frente al pun
to del día no había grandes ocasiones de inda
gar. De noche era difícil hacer diligencias en la ciudad sumida en sombras, bajo el cañoneo y los morteros. Esperaba tener un permiso

más largo, tal vez de una semana, pero para conseguirlo no bastaba con alegar insomnio. Había cierta desvergüenza en el solo hecho de pretenderlo. (III, p. 458).

Independientemente de los atroces gerundios que nos endilga, el párrafo no tiene desperdicio. Tantos trabajos como tuvo que pasar nuestro héroe para trasladarse de una zona a otra, y cuando lo logra y se incorpora al frente, es para buscar subterfugios y salir huyendo. Más aún si se tiene en cuenta que entre sus compañeros de armas, había algunos ejemplares:

Había en el Estado Mayor del general hombres mucho más meritorios que yo y con una historia más patética, entre ellos el comandante Bartolomé, que había sido cogido prisionero por el enemigo y fusilado sobre el terreno en el frente mismo, pero pudo escapar con seis balazos y regresar desangrándose a la trinchera. Algún tiempo después se había recuperado y volvió al servicio activo. Más tarde lo mataron (...). (III, p. 457).

No es preciso establecer el parangón ante ambos comportamientos, porque los hechos son harto elocuentes. El señorito burgués, con el falso pudor de que su clase se cree depositaria, trata de justificarse ante la "opinión pública".

Para conseguir un permiso más largo no podía alegar fatiga de guerra. Todos estaban fatigados en el frente, pero yo lo estaba más. "¿Resultará que en resumidas cuentas no soy más que un señorito?", me preguntaba avergonzado. Era, sin embargo, hombre del pueblo y mis cuatro abuelos habían sido campesinos o ganaderos, dos de ellos analfabetos "a mucha honra"; es decir, a honra de cristianos viejos. (III, p. 458).

Es común --el lector conocerá varios casos--, que los individuos que han alcanzado cierta posición económica presuman de sus ancestros como gente ignorante del pueblo, para hacer ver que su mérito no se lo deben a nadie, que "él solo se hizo", como se suele decir.

Y esta característica que Sender pone como argumento supremo --su origen humilde-- no es más que su paladina confesión, otra vez, de sus ínfulas burguesas manifestadas por su acendrado individualismo. El hecho de que sus cuatro abuelos hubieran sido "campesinos o ganaderos", como él dice ¿le da acaso derecho de considerarse "hombre del pueblo", como afirma con tono paternalista? Tal parece que ser "hombre del pueblo" es un título nobiliario que se hereda de una generación a otra. Para ser hombre del pueblo se requieren unas características de las que Sender carece, y avergonzarse de su propia situación

de burgués es mostrar no sólo su inconsistencia sino, lo que es más evidente, su constante contradicción.

El propio novelista nos da la razón, cuando afirma líneas adelante:

Pero yo había sido incorporado a la ciudad.

Los tiempos cambiaban. (III, p. 459).

Esto es, del campo pasó al burgo. Y efectivamente, "los tiempos cambiaban".

Mas prosigamos con sus andanzas en el frente de batalla:

Me dieron permiso aquel día y dejando la trinchera anduve la distancia que me separaba de la aldea próxima, que estaría a no más de tres kilómetros. Los hombres jóvenes de la aldea estaban en el frente y las mujeres y los viejos que no habían salido dormían en los sótanos para evitar el riesgo de la artillería. Una parte del pueblo, que era de casitas más o menos coquetas de veraneantes, estaba destruida. Yo quería acomodarme en una de ellas e iba de aquí para allá como un animal nocturno de los que no pueden ver o ven mal bajo la luz del sol.

Pero me salieron al encuentro dos solda-

dos, es decir, dos milicianos, que parecían estar de facción. Me ordenaron que me detuviera y los acompañara al puesto de mando (...)

Los soldados me acusaron de abandonar el frente sin permiso escrito. (III, pp. 460-461).

Y aquí nosotros no resistimos la tentación de consignar una especie que corre de boca en boca entre los emigrados españoles en México, a saber, que Sender efectivamente desertó del frente de batalla para no reintegrarse más. Por supuesto que tan grave afirmación no nos consta, pero si la dejamos asentada aquí es porque coincide admirablemente con el relato del propio autor y con las sospechas de los dos milicianos que lo detuvieron por "abandonar el frente sin permiso escrito".

Como se verá después por la narración del autor, el hecho es que las cosas en la retaguardia se complican para nuestro hombre y sólo vuelve al frente de manera ocasional y en ningún caso, desde luego, para combatir.

Ocurre que llevado ante el comandante de la aldea, que pertenecía a un partido extremista --la gente lo llamaba extremista, pero a mí me parecía un partido conformista y acomodaticio, sobrecargado de mediocre burocracia-- que le había encomendado en aquel frente "servicios

especiales". Yo no sabía aún lo que aquellos servicios especiales representaban y pensé que se trataba de servicios de información y tal vez de instrucción política y de proselitismo. (III, p. 461).

Dicho comandante --decimos-- le ruega a nuestro héroe, en su calidad de oficial, que acompañe a uno de sus hombres a Madrid para ir a buscar al antiguo secretario de la aldea, que era reclamado para que respondiera a determinados cargos. No solamente cumple con creces la misión, sino que inclusive se compadece del secretario de marras y se erige en su defensor ante el tribunal de la aldea que lo juzga.

Mas he aquí que el acusado es declarado culpable y el defensor se ve obligado a gestionar en Madrid la clemencia para "su cliente".

Tal vez, mientras tanto, el curioso lector se estará preguntando qué demonios tiene que hacer un combatiente en la retaguardia enfrascado en un pleito judicial que ni le va ni le viene. Y la respuesta es, ni más ni menos, la siguiente:

Seguir en el frente a sabiendas de que no podía ganarse la guerra era deprimente, pero yo no estaba desmoralizado, porque mi moral no había sido nunca la de un guerrero sino la de un hombre civil que se cree obligado a hacer algo por ese mínimo de gozosa libertad que había buscado toda mi vida y tenido de vez en cuando. (III, p. 465).

Tristísima y deprimente confesión: cuando se llega a conclusión semejante, claro, lo procedente es huir del barco que se hunde. Cuando el móvil de la lucha es tan solo "ese mímo de gozosa libertad que había buscado toda mi vida y tenido de vez en cuando"; si se olvida a la propia tierra amenazada y a sus hijos que mueren en la trinchera y se recuerda la egoísta "libertad que había buscado toda mi vida" sin importar la suerte ajena; si el feroz individualismo se antepone a todo lo demás, es verdad, "seguir en el frente a sabiendas de que no podía ganarse la guerra era deprimente" y lo indicado era desertar, huir para siempre del horror. Otros habrá que luchen, otros habrá que mueran, porque "el pueblo tiene razón y hay que arriesgar lo que arriesgan los demás". (III, p. 502). Pero su riesgo, ya lo hemos visto, lo corre en la retaguardia, pues al fin y al cabo su moral "no había sido nunca la de un guerrero", por si alguien tuviese alguna duda al respecto.

Y he aquí que en uno de sus constantes viajes a Madrid, nuestro héroe se entera de que ha sido nombrado jefe de Estado Mayor de la catorce brigada mixta. "Aquella brigada --explica-- estaba en periodo de organización esperando artillería y otras armas." (III, p.466). Razón por la cual --añadimos nosotros-- poco se preocupa por asumir el mando que le había sido confiado.

Sin embargo, vuelve al frente, según consigna en su relato, aunque seguramente a su antiguo puesto, ya que no dice

lo contrario:

Dos días después salí de la trinchera y tomando una de las motocicletas del Estado Mayor me dirigí a la aldea donde se iba a celebrar el juicio (del secretario). Cuando llegué, después de evitar algunos hoyos de granada que habían hecho la carretera casi intransitable, vi que la iglesia estaba muy concurrida. Al entrar oí decir a un campesino viejo: "Nunca se ha visto esta iglesia con tanta plebe como hogafío". (III, pp. 473-474).

Esto es, regresa al frente para abandonarlo de inmediato, pues su interés está centrado ahora no en el combate, como se podría pensar de un oficial, sino en la jurisprudencia. En la defensa de un individuo al que no conoce y de quien afirma:

El acusado había urdido años atrás situaciones evidentemente criminosas en las que habían perecido (como animales en la trampa del bosque) algunos vecinos, al parecer (...) No se trataba de faltas ni errores cometidos por el reo, sino de verdaderos crímenes. (III, p. 474).

Como ante confesión de parte relevo de pruebas, no se trata aquí de la defensa de un infeliz que se considera

inocente o injustamente acusado. Se trata de un sujeto que cometió "verdaderos crímenes" y que va a ser juzgado por el pueblo agraviado. Pues bien, nuestro héroe, investido de un falso papel de "desfacedor de entuertos", no sólo abandona su deber en la trinchera, sino que se convierte en defensor de causas pobres con el afán no de hacer una labor acorde con su conciencia --"la vida de aquel secretario me tenía sin cuidado" (III, p. 475)-- sino de buscar algún pretexto que lo justificara ante sí mismo, y quizá también ante los demás, para "emboscarse" --como se decía en la época-- y huir del campo de batalla.

Como se podrá comprobar, tal vez aquel rumor del que habíamos hablado en el sentido de que Sender desertó del frente, no parece tan infundado si tomamos como verdaderas sus propias aseveraciones. Con todo, nos cuesta ciertamente trabajo admitir que cometió semejante fechoría.

Nosotros nos hemos esforzado por demostrar que la realidad novelística de Sender es parcial y que obedece a la "visión", a la interpretación que de ella hace en cuanto representante de una clase determinada: la burguesía. Y hemos tratado de demostrar, así mismo, que como integrante de una clase social bien definida, su constante es la contradicción. Nos hemos abstenido, sin embargo, de formular juicios éticos que lejos están de nuestra intención y que no aportarían mayor cosa a la comprensión del autor.

Preferimos que el paciente lector obtenga las conclusiones que juzgue oportunas. Si entre ellas alguna tiene carácter moral, está en su pleno derecho de hacerla, pues si bien es verdad que nosotros hemos evitado juicios de este tenor, no es menos cierto que el lector goza de la libertad que sólo restringe el propio entendimiento.

Pero prosigamos, sin mayores averiguaciones, con el relato:

Aquella noche me quedé en la ciudad después de llamar por teléfono al jefe militar de mi sector en el frente. El ayudante del general me dijo: "Capitán, si todos los oficiales decidieran hacer como usted, y se dieran de baja cuando lo tienen a bien, habría que inventar una división de turistas motorizados".

Menos mal que el ayudante hablaba ligeramente. Todos nos damos cuenta si al otro lado del hilo el que habla lo hace con los labios distendidos por la sonrisa. (III, p. 507).

Hablase o no "ligeramente" el ayudante del general, lo cierto es que su respuesta se antoja incontrovertible. Sin embargo, no lo juzga así nuestro héroe que sigue empecinado en defender a aquel criminal, a sabiendas de que con ello se hace acreedor, a su vez, a las sanciones que en casos semejantes consigna cualquier código militar. Su actitud, con todo,

166.

parece dolosa si se tiene en cuenta que en aquellos momentos, el ejército republicano se distinguía, ya lo hemos dicho, por su poca organización.

Tal vez si nuestro autor supiese de manera fehaciente que el delito de abandonar la trinchera le acarrearía consejo de guerra, tal vez, decimos, no se hubiera expuesto a ello y hubiese dejado para mejor ocasión su afán de leguleyo. Pero cuando se goza de alguna impunidad para realizar ciertas acciones, cuando la conciencia del individuo es su propio juez, quedan al descubierto las miserias que, de otro modo, ocultarían las convenciones sociales.

Y quizá ha llegado el momento de hacer algunas consideraciones respecto a las rebelaciones de nuestro autor, que seguramente ya se habrá hecho el discreto lector.

Efectivamente, en ocasiones, el autor "confiesa" determinadas acciones que no lo dejan muy bien parado. Parecería, a primera vista, que se despoja de su ropaje ante el lector para que éste lo juzgue tal cual es, esto es, sin la corteza que cubre el corazón. No es así, sin embargo. Sender no confía en su pueblo y cuando habla de él no se puede despojar de un aire de conmiseración y paternalismo. La suya no es la confianza optimista de quien sabe que el pueblo, a pesar de todas las vicisitudes, triunfará. Su actitud es más bien la tristeza pesimista del reaccionario que no se sabe entregar a una causa.

que, aunque difícil, está llamada a vencer. El diálogo que transcribimos a continuación es demostrativo de lo que afirmamos:

--Me gustaría -dijo- saber qué esperas hacer cuando ganemos la guerra.

--Nada. No la ganaremos, la guerra. Entonces no necesito plantearme lo que voy a hacer. Si sobrevivo he decidido irme a otro país.

López confesaba:

--A veces yo también me pregunto si ganaremos o no.

--No ganaremos. Los otros están más unidos y tienen detrás una inercia de siglos que los empuja. Algo monolítico y serio. Nosotros estamos divididos como un mosaico bizantino y tenemos sólo una pugnacidad barroca y verberera (...)

--Si piensas así ¿cómo es que has vuelto a entrar desde Francia? ¿Cómo es que combates?

--El pueblo tiene razón y hay que arriesgar lo que arriesgan los demás. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer tú, digo, cuando perdamos?

--Yo no ando con filosofías. Si llega el caso pondré la cabeza en el tajo y la perderé. Como hay Dios que iré derecho al patíbulo y a la muerte que me corresponda. (III, pp. 501-502).

Y tras estas palabras, pone una nota a pie de página, que dice:

El autor se complace en decir que López, aunque pudo salvarse al final como tantos otros, prefirió juzgarse a sí mismo y quedarse en España. Fue voluntariamente al patíbulo y supo morir sencilla y valientemente. Al no ganar la guerra decidió que sus violencias carecieron de justificación y pensando en eso al autor le es difícil a veces hablar con dureza o desdén de aquel comandante de milicias objeccionable por un lado y admirable por otro. (III, p. 502, nota).

Juzgamos que nuestro comentario está de más. Añadiremos tan solo que el comandante de milicias, "objeccionable por un lado y admirable por otro", es la representación de un pueblo que, como el español, lejos está de la perfección y de la santidad, pero que es capaz de "morir sencilla y valientemente" en defensa de sus convicciones.

Mientras tanto, invitamos al lector a que repare en las palabras de nuestro autor: "No la ganaremos, la guerra." "Si sobrevivo he decidido irme a otro país." "Los otros (los facciosos) están más unidos y tienen detrás una inercia de siglos que los empuja." "Nosotros (los republicanos) estamos di-

vididos como un mosaico bizantino y tenemos sólo una pugnacidad barroca y verbenera."

Frases, todas ellas, demostrativas del profundo desprecio que a Sender le inspira el pueblo. Por ello, precisamente por ello, a las veces hace "confesiones" de sus andanzas que en apariencia no lo favorecen. Pero la verdad lisa y llana es que no le importa la opinión de una comunidad "barroca y verbenera" y menos cuando ha "decidido irse a otro país", sin duda porque le disgusta el propio.

Por lo dicho --y volvemos a tomar las aseveraciones anteriores-- queda demostrado que nuestro autor no se despoja de su ropaje para mostrarse sincero ante el lector. Relata sus tropelías no con el arrepentimiento de quien es consciente de sus actos, sino con la soberbia de quien se cree poseedor de la suprema verdad y desprecia, por ende, el juicio ajeno. Tentados estaríamos a añadir --si no fuese cansado el repetirlo-- que lo anterior, no hace más que mostrar, de manera nítida, los trazos groseros con que gusta retratarse la burguesía.

Prosigamos con el hilo del relato. Nuestro héroe logra al fin, tras laboriosas gestiones realizadas ante las autoridades en Madrid, que se aplace la sentencia del secretario del Ayuntamiento que con tanto afán defendía. Para justificar sus actos, hace las siguientes reflexiones:

...yo creo que sentía por el secretario

(...) alguna legítima y secreta amistad. Sen

tía verdadero amor, y su ejecución me parecía sacrílega. Pensaba en él como en mi mejor amigo, simplemente porque me había dado pretexto y ocasión para ser bueno, para hacer algo virtuoso. (III, p. 511).

Es notable el concepto que, de los valores, tiene nuestro autor. Defender a un criminal es un acto noble y generoso --"su ejecución me parecía sacrílega"--; en cambio, "seguir en el frente a sabiendas de que no podía ganarse la guerra era deprimente". O bien hemos perdido por entero la razón, o estamos ante un caso de prestidigitación que no sólo interpreta la realidad según su leal saber y entender, sino que la falsea a ojos vistas y pretende hacer comulgar al lector con ruedas de molino.

Nos encontramos ante el típico caso de lo que se ha dado en llamar "manipular" la información, esto es, deformarla, retorcerla, para obtener por encima de toda lógica, conclusiones favorables a la causa que se defiende aunque para ello sea menester ignorar el más elemental razonamiento.

Por supuesto que hay quien pretende resolver la pobreza dando una limosna al menesteroso y hay quien "para ser bueno, para hacer algo virtuoso" es capaz de defender a un criminal. Tal vez ambos ganarán un día el cielo, pero no resolverán ni la pobreza ni el crimen. Nuestro autor es de esos. Enamorado de lo adjetivo, olvida lo sustantivo. Grave cosa para

un escritor.

Según Sender, "para ser bueno, para hacer algo virtuoso", es preciso prestar ayuda al individuo aislado; luchar al lado de los hermanos para lograr un fin común, para que el hombre alcance su plena dignidad, si no se está seguro de ganar, es "deprimente". Decíamos páginas atrás que el autor desprecia profundamente al pueblo, y quizá el lector haya manifestado cierta duda en su fuero interno. Esperamos que, ahora, hayamos quedado de acuerdo.

Prosigue nuestro héroe con sus gestiones para salvar a su defendido, y dice:

Fui a ver al jefe del sector --digo, en mi frente-- para pedirle permiso y tratar de hacer mis diligencias en Madrid, cuando me encontré con una sorpresa: había un orden de ascenso y traslado, para mí. Con ánimo de halagarme, dijo el general:

--Va usted a ser jefe de Estado Mayor de una unidad tan grande como la que mando yo. (III, p. 527).

Como se verá, parece que al autor se le contagió la actitud "verbenera", pues no de otra manera se puede justificar que un militar abandone su puesto en el frente con tanta frescura. Pero, claro, como quiera que los republicanos tenían tan solo una "pugnacidad barroca y verbenera", carecía de im-

portancia que un oficial cumpliera con su deber.

Y sigue el relato:

--¿Dices que no te han notificado aún el nombramiento? No se lo notifican a nadie. Tú sabes cómo se hacen los nombramientos, ahora. Con el dedo índice: tú, aquí, ése allá. Y además dejan las cosas en el aire.

--Si antes de tres días no me notifican el nuevo destino -dije con desgana-, iré voluntario al frente de Aragón.

Era un frente no controlado por el partido (...) (III, p. 538).

Por supuesto que cuando nuestro autor se refiere al "partido", se trata del Partido Comunista y cuando habla de ir al frente de Aragón es porque estaba controlado por los anarcosindicalistas, por quienes se recordará que sentía "simpatía". A las veces, como sin querer, se desliza un anticomunismo militante que proporciona cierta imagen ante ciertos sectores.

Pues bien, en sus andanzas por Madrid, mientras esperaba su nuevo destino y procuraba la defensa del secretario de marras, nuestro autor se vuelve a encontrar con su pariente Madrigal, aquel soldado que en un hospital de Africa le había relatado sus aventuras amorosas dignas de cualquier zarzuela del "género chico".

Resulta que el tal Madrigal está metido en líos nueva mente, debido a que se hizo novio de una chica que corre cierto peligro porque la acusaban de ser depositaria de unos archivos de la Falange.

Madrigal recurre a nuestro héroe para que le ayude a poner a salvo a la muchacha, con lo cual queda confirmado, una vez más, que lo que hizo Sender durante la guerra no fue en nigún momento defender la causa de la República, sino ayudar a individuos descalificados no sólo política sino moralmente.

He aquí la confesión de Madrigal, para que el lector juzgue por sí mismo:

Estoy salvándole la vida a una mujer que conocí hace dos meses. La iban a matar porque era según decían la que guardaba el fichero de los falangistas (...) Eso dicen, al menos. La llevaban con otros a la Casa de Campo y, la verdad, era una mujer hermosa y joven y a mí me daba pena. Mucho he sufrido yo en Marruecos, pero la vena de la compasión no se ha secado. Total que conseguí apartarme con ella, hacer como que se había escapado contra mi voluntad y ayudarla luego a esconderse. Nos hicimos novios. (III, p. 516).

Es a un individuo de esta calaña y a su novia, a quie

nes está dispuesto a ayudar nuestro héroe. Obsérvese que los argumentos que esgrime su amigo Madrigal son harto convincentes para buscar protección: "...era una mujer hermosa y joven y a mí me daba pena". No se alega siquiera la duda, en cuanto a la culpabilidad de la acusada. El hecho de que tuviese en su poder "el fichero de los falangistas" parece ser meramente fortuito y sin importancia. Ser "hermosa y joven" parece argumento suficiente para salvar a esta mujer que, sin duda, era traidora a la causa republicana. Pero ya sabemos que, cuando le conviene, nuestro autor se muestra comprensivo y ecuánime con los que luchan contra la República. Sus razones tendrá para ello.

Sigamos con Madrigal y su interlocutor:

--Por el momento -dijo, preocupado-, mi novia, a pesar de tener papeles en regla, corre más peligro que antes. La verdad es que yo empiezo a estar harto de los rojos y los azules, de los servicios especiales y de las milicias.

"Este --pensé yo, divertido-- se equivoca creyendo que mi defensa del secretario es una señal de disconformidad con la República." De cidimos salir juntos e ir a las oficinas del Ministerio de la Guerra, donde por fin me dijeron que era jefe de Estado Mayor de la séptima brigada mixta. Eso de la séptima me gus-

tó, porque el número siete suele dar buena suerte. Me dieron una serie de papeles, entre ellos la documentación de un coche al que tenía derecho, al parecer. (III, pp. 540-541).

El que esto escribe, y tal vez el paciente lector, se equivocan de medio a medio si osan pensar que los actos que impelen a nuestro autor son por su disconformidad con la República. Lo que acontece, sin duda, es que él tiene una manera por demás peculiar y original de acuerdo con la República, que no suele ser la usual.

Por ello, abandonar el frente para ocuparse de menesteres que no le conciernen y que ponen en entredicho su propia dignidad, quizá sea, tan solo, un modo diferente de interpretar la realidad. Y esta interpretación, ya lo hemos dicho, es necesariamente parcial.

En vista de lo anterior, a nadie debe extrañar esta aparente dualidad entre la acción y el pensamiento. Una y otro son producto de la visión de una realidad con la que se puede o no estar de acuerdo, pero que obedece a una concepción del mundo que no es privativa de un individuo aislado, sino de un narrador que representa a la clase de la que forma parte.

Quizá el lector atento a los problemas que venimos analizando, no haya escuchado los mismos argumentos que aquí

se esgrimen; pero es indudable que le son familiares otros similares que, aunque no dichos tal vez por novelistas, son igualmente representativos de la clase a la que pertenece el autor. Y lo que aquí pretendemos dejar claro, es simplemente eso, a saber, que el novelista escribe quizá para todos; pero a quien le interesa transmitir un mensaje es a su clase, porque es ella la que lo entiende y la que puede, a fin de cuentas, legislar respecto a sus bondades literarias.

No en vano, algunos estudiosos de estas materias han llegado a la conclusión de que la novela es un género eminentemente burgués y es evidente que sus temas están en razón directa del consumo que de ellos hace la burguesía.¹ Una novela es "buena" o "mala" de acuerdo con el reflejo de un momento histórico determinado que interesa a la burguesía, bien porque se vea retratada en ella, bien porque trata cuestiones que a ella conciernen o interesan. Ejemplo de lo que decimos lo constituye el famoso "boom" latinoamericano que ha quitado el sueño a más de un crítico. Aunque no es este momento oportuno para tratar semejante cuestión, dejaremos anotado simplemente el hecho de que, en Latinoamérica, la burguesía se constituyó como clase de muy poco tiempo a esta parte. Ayer tan sólo, existían dos gran

1. "En nuestra opinión, la forma novelesca es, en efecto, la transposición al plano literario de la vida cotidiana en la sociedad individualista nacida de la producción para el mercado." (Goldmann, p. 24).

des estratos bien diferenciados: los ilustrados, los que detentan el poder, y los iletrados que eran explotados por los primeros. Mas de una manera acelerada, los iletrados asaltan el alfabeto, por decirlo así, y adquieren una nueva situación. Los ilustrados se ven impelidos a ceder parte de sus privilegios y se ven obligados a compartirlos con la nueva clase victoriosa. Es así como la burguesía se afianza en Latinoamérica y aunque carece de la tradición que le es consustancial en Europa, comienza a crearse una prosapia cultural que le es imprescindible si quiere consolidar su poder.

Este rápido crecimiento de la burguesía latinoamericana --que hemos delineado de manera esquemática-- es el que explica, a nuestro modo de ver, ese afán de consumir literatura autóctona como consume "productos importados". El novelista latinoamericano produce lo que solicita su público, su cliente.

Y esta situación, que puede ser clara en Latinoamérica, por lo cual la hemos puesto como ejemplo, es válida también, y con mayor razón, puesto que la burguesía es más antigua, en los países tradicionalmente productores de novelas, como lo son los europeos.

Todo esto viene a cuento para apoyar nuestro aserto en el sentido de que Sender escribía y se debía a un público representante de la clase de la que formaba parte. Por ende, el hecho de que nuestro autor abandone el frente de batalla pa

ra socorrer a tráfugas y malandrines, tal vez sea visto con malos ojos por quienes sustentan unos principios en que la comunidad ocupa lugar destacado; pero para quienes creen que el individuo es el centro del universo, constituye quizá poco menos que un acto heroico, dejar la trinchera para ayudar a unos sujetos que por angas o por mangas corrían peligro de muerte. No se debe olvidar que, en general, la tan socorrida caridad cristiana que ejerce como virtud propia la burguesía, suele ser benéfica para uno, pero olvida el ciento. O sea, abandonar a miles de compañeros en la trinchera es lícito para salvar a un sujeto determinado. Se puede ejercer la caridad con uno, pero ¿con miles? Parece que esto ya no entra en los planes de la moral burguesa.

Sigamos con el hilo del relato. Una vez que nuestro héroe y Madrigal van en el coche del primero a recoger a la novia del segundo, prosigue así la narración:

Dijo Madrigal que un poco más arriba de la sierra y hacia el este, cerca de Aragón, cono cía el terreno palmo a palmo y había un portillo, es decir, un flanco montañoso abierto donde la rectificación del frente podría intentarse con ventaja y a poco costo. Pregunté dónde era aquello y al decirme exactamente el lugar, resultó que aquel lugar caía dentro del sector de mi nuevo destino. (III, p. 542).

Obsérvese la seriedad del flamante jefe de Estado Mayor: Va a conocer su nuevo sector en compañía del tarambana de Madrigal y de su novia, que es buscada por las autoridades por traidora.

Y continúa así:

Los llevé a un lugar próximo a la casa donde ella vivía. No quiso Madrigal que yo averiguara la dirección exacta y hubo bromas sobre eso. Por fin nos despedimos, citándonos para el día siguiente (...)

Desde la oficina (...) fui a buscar a Madrigal y luego los dos a Irene. Cerca del mediodía salíamos de Madrid hacia el norte (...)

El camino fue agradable y no tuvimos que mostrar nuestros pasaportes a las patrullas. Es verdad que llevábamos en un flanco del coche la banderola del Estado Mayor.

Pero sucedió algo notable de verdad. Al llegar a mi sector, Madrigal, que llevaba el volante, dijo que iba a mostrarme el desfiladero minado y se desvió por un camino secundario. Al mismo tiempo, Irene tomó una rara expresión congelada y hermética. Usaban conmigo una afabilidad fingida, también nueva.

--Las minas -decía Madrigal- las puse hace dos meses, con una sección de zapadores, así es que no hay que preocuparse. Los puestos avanzados están allá.

Señalaba vagamente la cresta de una colina. Me di cuenta de que Madrigal, el de Cabrerizas Altas, estaba tratando de pasarse al enemigo (...) Saqué el revólver (lo llevaba vacío y sin balas) y le mandé que detuviera el coche. Frenó muy a disgusto, mirándome de reojo. Yo tomé el volante y con el revólver en la mano hice un viraje en redondo y volví a la carretera. Poco después pregunté a unos soldados que vigilaban un puente y llegamos al puesto de mando de la séptima brigada mixta (...)

Estaba seguro de que habían querido pasarse al enemigo llevándome como cautivo expiatorio, como ofrenda votiva, como cordero pascual.

(III, pp. 543-544).

Seguramente que el lector quedará perplejo ante tamaña perspicacia. Mas si se recuerdan las palabras de Madrigal: "La verdad es que yo empiezo a estar harto de los rojos y los azules", que ya hemos transcrito, y se toma en cuenta que su novia era "la que guardaba el fichero de los falangistas", parece que nadie se debe llamar a engaño. Había durante la gue-

rra una expresión muy gráfica, a la que ya hemos hecho alusión con anterioridad, que explica la situación de infinidad de individuos que por azares geográficos se vieron obligados a permanecer en la zona republicana. Eran los "emboscados". Este vocablo tenía una connotación muy precisa para designar a los facciosos que bien vivían ocultos, bien buscaban la protección de algún amigo o familiar para no rendir cuentas ante la justicia republicana.

Estaba claro que tanto Madrigal cuanto su novia, no eran otra cosa que unos "emboscados" y nuestro autor lo sabía. ¿Por qué pues la extrañeza cuando ambos pretenden pasarse a las filas enemigas? Ellos actúan en consecuencia con sus propios intereses y tal vez no sea adecuado, inclusive, criticar su proceder. Cosa distinta, sin embargo, ocurre con nuestro héroe. ¿Alguna persona en su sano juicio, puede avalar su conducta? ¿Resulta siquiera concebible que un jefe de Estado Mayor vaya a reconocer su nuevo sector en compañía de dos delincuentes?

Quizá se piense que la solución la tenía en la mano si al llegar a la comandancia del sector, entrega a los dos tráfugas a la justicia. Y es verdad. Pero aquí la lógica parece brillar por su ausencia porque nada de eso ocurre, como se verá más adelante.

Desde que tuve la evidencia de la traición
(de Madrigal) no pensaba sino en acostarme con
su novia. Lo demás me parecía grotesco (...)

Yo no les había dado a entender abiertamente que me di cuenta de su plan de fuga y hubo un momento en que (Madrigal) imaginó que estaban los dos a salvo. (...) (III, pp.546-547).

Madrigal quería francamente pasarse al enemigo y yo no podía entenderlo, tampoco. Suponía que un tipo como aquél debía ser enemigo natural de los nacionalistas, pero nunca se sabe a dónde va a parar un anarquista desilusionado (...)

Otra vez sospeché Madrigal que los iban a fusilar y murmuraba entre dientes: "Tú sabes, Garcés. Nosotros somos neutrales". Yo le respondía con un golpe amistoso en la espalda. (III, p. 548).

Más tarde, Madrigal y su novia trataron de salir con mi coche en dirección todavía del campo nacional, pero Bazán lo impidió e hizo vaciar el depósito de gasolina para evitar que repitieran el intento de fuga. Sin embargo, no los castigó. Yo, disgustado por las violencias que había visto en un lado y el otro, me sentía feliz (...) (III, p. 549).

Me hicieron preguntas de todas clases, incluido el origen y la razón de haber llegado en compañía (de Madrigal) y su amante, y yo hablé bien de ellos. En pocas palabras les expliqué la historia de Madrigal en Marruecos, historia que pareció interesarles. (III, pp. 555-556).

Hemos tenido la curiosidad de anotar fielmente todas las alusiones que hace el autor de los dos fallidos fugados, con objeto de que se observe que en ningún momento tuvo intención de denunciarlos. No sólo eso, sino que ni siquiera les dice a los interesados, de manera directa, que está al corriente de sus intenciones. Su actitud quizá parecería algo sádica ya que prefiere tenerlos en ascuas, como se suele decir, sin indicarles de manera cierta si los va a entregar a la justicia o no. La verdad de este proceder es la ambigüedad ante un hecho que no ofrece la menor duda, puesto que los amantes intentan la huida por segunda vez: "Más tarde, Madrigal y su novia trataron de salir con mi coche en dirección todavía del campo nacional." Sin embargo, el autor se confiere autoridad de juez y decide exculpar a los delincuentes cuando afirma: "yo hablé bien de ellos", con lo cual justifica ante sí y ante los demás, la negra acción que pretendían llevar a cabo Madrigal y su novia.

Por enésima vez se ha puesto de manifiesto la curiosa idea que sobre la guerra sustenta el autor. Como en el caso del secretario de aldea, su intención no va encaminada a luchar contra el enemigo, sino que se sustrae de sus obligaciones como combatiente para ocuparse de auxiliar a unos sujetos que habían cometido delito. Una vez más hace caso omiso del pueblo --sus compañeros de trincheras-- para practicar la caridad. Esto es, antepone los valores individuales a los colectivos y presta más atención al individuo aislado que al pueblo que defiende una ideología. Y es que la guerra de España es una gesta en la que estuvo comprometido todo el pueblo español, y su grandeza estriba, precisamente, en que se trata de un movimiento colectivo. Hemos dicho ya que Sender carece de los tamaños necesarios para calibrar la trascendencia de un acontecimiento de esta naturaleza y a la vista está que nos asiste la razón.

Incapaz de presentar una interpretación de la realidad que refleje así sea pálidamente la epopeya de todo un pueblo, se ve obligado a ocuparse de las minucias individuales y a pretender elevarlos a la categoría de ejemplares, como si de esta manera pudiese ocultar la fuerza colectiva. Por supuesto que no es casual esta "visión" de Sender, sino que obedece a una concepción del mundo en que prevalece el individualismo pequeño-burgués por sobre intereses de unas mayorías que

no niegan --como se pretende-- la individualidad, sino que respetan ésta como parte de un todo más amplio y de interés más vasto; la sociedad.

Llegamos así conducidos de la mano del propio autor, al verdadero nudo gordiano de la obra que hemos venido analizando a lo largo de estas páginas: la contradicción. Ya en páginas anteriores hemos comentado por qué pensamos que se produce esta ruptura entre Sender y la sociedad que le ha tocado vivir y reseñar, y no juzgamos oportuno insistir más en ello. Simplemente, en esta vez, nos contentaremos con dejarlo consignado porque se trata de una de sus características más notorias.

Prosigamos, sin dilación, con el hilo del relato y las andanzas de nuestro héroe, José Garcés:

Es el caso que cuando llega a su sector a tomar posesión de su cargo, en compañía de Madrigal y su novia, se dedica a tomar conocimiento de las posiciones y se encuentra con que llega, de manera imprevista, al convento-fortaleza donde había estado, al servicio de los facciosos, en su tarea de coadyuvar en los menesteres de investigación. Aquel lugar había quedado, abandonado por los facciosos, en "tierra de nadie" pues tampoco había sido ocupado por los republicanos.

Como explica uno de sus moradores, los nacionales antes de retirarse mataron a algunos presos, pero dejaron a los demás para que los liquidara tal vez la tropa de la guardia. Pero los soldados nos abrieron las puertas a to dos (...) Lo malo es que con las puertas abiertas no tenemos a donde ir. (III, p. 548).

Al parecer, nuestro héroe no se siente a disgusto en esta nueva situación y en compañía de sus antiguos compañeros, porque afirma: "La idea de reincorporarme a la 7a Brigada comenzaba a parecerme una frivolidad sin sentido." (III, p. 552). Cualquier pretexto parece razón suficiente para desviarse de sus deberes, hasta el punto de que cumplir con su obligación se antoja "una frivolidad sin sentido". En buena lógica parece parece ría que ocuparse de menesteres ajenos a su oficio podría quizá calificarse de frivolidad. Pero en el reino de lo inverosímil en que nos coloca el autor, tal parece que lo frívolo es cumplir el compromiso contraído.

Ante semejante proceder, no acertamos en verdad a ca lificar esta conducta, que más parece fruto de una mente tras tornada que razonamiento equilibrado de quien pretende interpretar una realidad concreta. Pero dejemos que cada uno cargue el fardo de su propia responsabilidad y prosigamos con las peripecias del relato.

Aquel día, yo, que me sentía crecientemente curioso, puse en una motocicleta un poco de la gasolina que habíamos quitado del depósito de mi coche y salí en la dirección del pueblo, abandonado entre los dos frentes (en la tierra de nadie) que se veía a lo lejos y parecía también olvidado por la artillería de los dos lados (...)

Al fin, cuando me hallaba cerca creí reconocer el lugar. Me recordaba aquel extraño edificio (entre templo masónico o protestante) donde había encontrado meses antes un grupo de gente rodeando al cardenal que me dio la tarjeta de recomendación. Cuando quise darme cuenta, estaba dentro. Allí estaban las prosopopeyas ya del todo crecidas. Y la Cosa. (III, p. 556).

Tal vez no estaría de más recordar que el autor identifica a la Cosa con la República o el pueblo republicano y que presenta a este ser poco menos que como un monstruo.

Veamos el siguiente diálogo que sostiene el autor con la Cosa:

Yo.- (...) ¿Es usted la misma cosa que conocí un día, antes de comenzar la guerra?

La Cosa.- No. Aquella era la Cosa proletaria, la UGTCNTFAIPCEPSUCPSOE, y yo soy la Cosa popular. Pero también entiendo la revolución.

Y para probarlo, después de tomar aliento comenzó a decir en voz muy alta y engolada:

La Cosa.- La autocrítica hay que plantearla en un plano teórico muy general, aunque no tanto como se acostumbra, porque no se refieren los que la hacen a los acontecimientos realmente históricos sino que, más bien, comienzan y terminan hablando sobre las líneas siguientes: desarrollo de las organizaciones de tipo sindical, frente común por la base, agitación y movilización de masas, nacimiento y robustecimiento del poder dual, triple y quintuple; líneas apriorísticas, ortodoxia, esquematización simplista, dogmatismo, tendencia a las divisiones y subdivisiones... atomización del esfuerzo y recuperación del mismo.

Yo.- Está bien, está bien.

La Cosa.-A todo el mundo se le hincha la cabeza, ahora: digo entre los llamados revolucionarios.

Y la Cosa reía de una manera que yo llamaría implacable. No comprendía que pudiera ser el pueblo, aquella cosa. (III, p. 559).

Como se podrá observar, el aprecio que le merece el pueblo a nuestro autor es bastante pobre. Divide de manera bastante convencional al pueblo en dos partes, la proletaria y la popular, que en realidad no acertamos a comprender, pero ambas son igualmente vituperadas. La una, la proletaria, porque está formada por todos los partidos y organizaciones obreras que respaldaban e hicieron posible la República, y la otra, la popular, porque estaba aquejada del mal de la revolución.

Trabajo cuesta imaginar cómo hubiera querido Sender que se comportara el pueblo español ante una agresión como de la que fue víctima. A juzgar por la actuación del protagonista con el que se identifica, lo adecuado hubiera sido tirar los bártulos y huir de la realidad. Sin embargo, las reacciones de los pueblos distan mucho de las reacciones de los individuos y más cuando consideran que sus legítimas conquistas, así sean modestas, están en peligro de malograrse. Eso aconteció y no otra cosa, en la guerra de España. El pueblo, que había logrado obtener cierto bienestar si se compara con épocas inmediatamente anteriores en que carecía de los más elementales derechos, se dio cuenta de que su única salida consistía en combatir a las fuerzas que pretendían arrebatarse lo que con tantos

sacrificios había ganado y se dispuso a luchar hasta el final en una batalla de vida o muerte.

La historia se encargó posteriormente de darle la razón al pueblo español y cuarenta años de franquismo son la prueba incontrovertible de lo que afirmamos. Si graves fueron los asesinatos y la falta absoluta del menor resquicio de libertad, más grave aún nos parece la labor castrante de las conciencias. Sumir a un pueblo en el oscurantismo y las tinieblas durante tantos años, parece más maldición entresacada de las páginas bíblicas que propósito pensado por hombres del siglo XX. Pero el pueblo tiene razón y por larga que sea la espera, prevalecerán a la postre sus legítimas aspiraciones.

Sender, sin embargo, no parece compartir esta visión optimista de la realidad y su interpretación tiende a presentar los hechos de manera siempre pesimista. Por ello, como el pueblo no tiene salvación y será sometido, prefiere dedicar su atención a auxiliar a algunos individuos y dejar que la comunidad corra su propia suerte. Mostrarse solidario con las masas de obreros y campesinos que defendían la República implica riesgos que no estaba dispuesto a asumir. Permanecer en el frente y combatir, quizá conduzca a morir en una trinchera olvidada, sin mayor gloria. Defender a unos individuos acusados de traición tal vez parezca más brillante a los ojos de ciertos sectores y sin duda aquietta los problemas de conciencia de nuestro

autor, que confunde la guerra con la caridad, como si todas las desventuras sufridas por el pueblo que él abandona y por los individuos que se siente en el deber de defender, no hubieran sido causadas por los facciosos que estaban en la trinchera de enfrente. Tal parece como si, de pronto, fuerzas ajenas al hombre se hubieran propuesto desencadenar el apocalipsis sobre España para dar al traste con esta sufrida nación.

Esta interpretación "catastrofista" es a todas luces falaz. Simplemente ante la agresión de unos hombres bien determinados, de carne y hueso, que tienen nombre y apellido, el pueblo se ve obligado a organizarse para repelerlos. El hecho de que para ello se convierta en la "Cosa proletaria" o la "Cosa popular" --como dice con sorna el autor-- no es más que la forma más adecuada que encontró para defenderse. Es obvio que en una situación anormal como lo es una guerra, es preciso echar mano de organizaciones y hablar lenguajes un tanto desorbitados; pero es indudable que merced a ellos fue posible una resistencia que el mismo Sender no se atreve a desmentir.

Criticable podría parecer que en situación normal se hubieran producido los mismos hechos; pero es sabido que a grandes males grandes remedios, aunque éstos quizá no a todos les agraden demasiado.

Decíamos páginas atrás que aun cuando estemos en desacuerdo con la interpretación que de la realidad nos ofrez-

192.

ca el autor, debemos admitirla como tal, en cuanto se trata de la "visión" de un individuo representante de una determinada clase social. Con la misma razón, debemos asimismo aceptar las formas de organización y, por ende, el nuevo lenguaje que el pueblo adopte para manifestarse y para expresarse. Si bien a la distancia algunas de estas formas y estos lenguajes pudieran parecer exagerados o fuera de lugar, es preciso considerar el contexto en que nacieron o se gestaron.

Tal vez hoy, el famoso discurso de La Pasionaria de despedida a las Brigadas Internacionales --para poner un ejemplo típico-- no arranque las lágrimas de nuestros ojos; pero en la Barcelona de aquellos días, el llanto representaba la solidad y el agradecimiento de un pueblo que así manifestaba su hermandad con unos hombres que fueron a morir por defender la independencia de España.

Lo mismo que es válida la oración de Dolores Ibárruri en su momento, lo son también tantos y tantos poemas que se escribieron con motivos guerreros y lo son, asimismo, la multitud de carteles que se pintaron invitando al pueblo a la resistencia.

Por todo ello, hacer mofa y escarnio de un pueblo cuyo único pecado fue morir de pie porque se rebelaba a vivir de rodillas, no parece una actitud generosa. Dispuestos estaríamos a admitir --sin conceder-- que se critique con furia a la

República y se destroce a sus dirigentes si se aducen razones que lo justifiquen. Pero nunca jamás aceptaremos que se agrave a un pueblo cuya virtud más notoria, la dignidad, quedó demostrada con creces cuando fue menester.

Sigamos con el relato de nuestro héroe, del cual nos hemos apartado más de lo debido. En la fortaleza-prisión a donde había llegado, convivía con los que antes eran reos y sus custodios, todos libres ya, en la tierra de nadie y entre las granadas de uno y otro bando que de cuando en vez silbaban sobre sus cabezas.

La narración prosigue así:

Ante todo había que vivir, sencillamente. Como los otros y con los otros, era verdad. Unos buscaban víveres, otros hacían el amor, alguno hablaba con Dios, (...) y todos, de un modo u otro, trataban de justificar para sí mismos el hecho de no haber muerto todavía. Era aquélla una tarea seria y natural y consciente. En eso consistía todo, quizá; en estar conscientes de vivir. En tiempos normales casi nadie lo estaba, y por eso todos caminaban dormidos. Sonámbulos. (III, p. 573).

La sensación que se describe se antoja lógica y muy sana. Efectivamente, ser consciente de que se sigue vi-

viendo cuando acecha la muerte por doquier, debe ser estimulante. Sin embargo, tal vez esta sensación de vitalidad se vea empañada si se medita en que se faltó al deber y si bien sus ocasionales compañeros se habían liberado, nuestro héroe estaba allí indebidamente, pues muy otro era su destino. Con todo, no sólo no parece lamentarlo, sino que ni siquiera lo menciona. Aparece otra vez como si fuerzas ajenas gobernaran su voluntad, como si no fuera el hombre dueño de su libre albedrío. Resulta curioso constatar que cuando tiene interés en alguna cuestión personal, sí ejerce su voluntad; por el contrario, si de cumplir con sus obligaciones se trata, es el destino quien se interpone y se lo impide. Raro y sospechoso desdoblamiento de la personalidad.

Así, cuando de salvar traidores se trata, no para mientes en lograr su cometido; para volver a la trinchera, en cambio, le flaquea el ánimo y la casualidad lo ataja.

Más adelante, sigue el relato:

En aquel momento llegaba el ingeniero:

--He comunicado con el Estado Mayor del lado oriental y dice que no tiran porque ha ce tiempo que hemos izado bandera blanca. He mandado a dos hombres a investigar y ven drán a decir lo que hay sobre el caso. Yo no veo bandera blanca alguna. Es verdad que

no salgo nunca del edificio. Y ellos mismos me han dicho --añadió el ingeniero-- que los del lado contrario tampoco tiran porque cada campo tiene derecho a suponer que nosotros somos de su bando. (III, p. 578).

Esto es, en la tierra de nadie donde conviven por igual facciosos y republicanos, ni uno ni otro bando se ocupan de ellos porque allí reina la paz y la camaradería merced a un trapo blanco que les proporciona la condición de neutrales. La pregunta sería ¿se podía ser neutral en una guerra como aquella? Y la respuesta inmediata, al menos por lo que se refiere a nuestro héroe, es sólo una: No. Y no podía ser neutral por una razón muy simple, a saber, que estaba comprometido como oficial a servir en las filas del ejército republicano.

Este tipo de compromisos, según hemos visto, no hacen mucha mella en su ánimo y sus decisiones son más producto del capricho que de la razón. Por ello, con toda tranquilidad se ausenta del sector a su cargo y afirma: "Ante todo había que vivir, sencillamente."

El misterio del trapo que a modo de bandera blanca les procuraba la no beligerancia, lo explica de la siguiente manera:

--Bueno, en el cuarto de la maquinaria del reló, que desde hace meses no funciona, esta-

ba una pobre mujer aguardando la ejecución. No la mataban aún porque estaba embarazada y la ley obliga en esos casos a esperar que dé a luz, así es que la pobre andaba muy miserable y le hablaba a su hijo antes de nacer (...)

(...) Pues ella vive al lado de la cuerda de la bandera. Algo tiene que saber (...)

--Pero ¿y la bandera? --preguntaba (...) impaciente.

--No es bandera ninguna, (...) sino un pañal que pone a secar.

--(...) Yo le di a esta hembra tela para hacer dos o tres pañales y ahora pone uno en el cordel de la bandera y lo sube a lo alto. Se comprende porque allí se oreo en un santiamén y como tiene muy pocos pañales (quizá sólo dos), con el oreo y el sol siempre tiene alguno seco. La cosa parece adrede y tiene su miga (...)

Escuchaba yo pensando que la bandera de la paz, por un azar humorístico y por el momento, era un trapo meado. La vida comenzaba sin duda entonces con el recién nacido, que

era, como cada cual, hijo de la desesperación y del tedio (...)

En todo caso, aquel lienzo mojado que hacía acallar los cañones nos retenía a todos en la vida, en esta vida que era lo único que teníamos. (III, pp. 579-580-81-82).

Aunque quizá la cita parezca un poco extensa, se nos podrá dispensar porque es la última. Con ella dejamos a Sender en la prisión-fortaleza al amparo de un trapo blanco orinado que lo protege en su neutralidad burguesa y acomodaticia. Tal vez no merezca pabellón mejor que lo cobije.

Mientras tanto, en los campos de España seguían muriendo los hombres empeñados en una batalla de antemano perdida. El pueblo, sin embargo, luchó hasta el final: nunca pensó en izar bandera blanca.

C A P I T U L O X I

CONCLUSIONES

Parecería, tras la lectura de los capítulos precedentes, que en ocasiones hemos hecho afirmaciones gratuitas e inclusive duras acerca de lo que el propio Sender relata en sus páginas autobiográficas.

Sin embargo, existe un librito inapreciable del profesor Marcelino C. Peñuelas, Conversaciones con Ramón J. Sender, muy halagador para el novelista, en el cual se consignan, en palabras del propio autor, varias de las afirmaciones que nosotros habíamos hecho con anterioridad.

El libro al que hacemos referencia, tal como lo sugiere su título, es un diálogo entre Sender y el profesor Peñuelas, quien valido de una grabadora fue registrando la conversación en cinta magnetofónica. Así, las preguntas provienen obviamente del profesor Peñuelas, y las respuestas de Sender:

--¿Que significa Crónica del alba en su totalidad?

--Es una visión de los primeros cuarenta años de la vida española de este siglo. Pero muy subjetiva, lo que no quiere decir que no

esté basada en realidades y experiencias vi
vas.

(...)

--Se trata de una vida humana que se ofre
ce en el primer tomo como una vida muy con-
creta, muy exacta. Es, o trata de ser, la vo
luntad virginal de un ser humano que va a
afrontar todo lo que no es él mismo, todo "lo
otro", desde niño. Comienza con las peleas
con los chicos del pueblo, la discrepancia
constante con su padre, sus sueños, sus amo
res. Todo alrededor de una unidad concreta,
que es él, el chico. El contacto con todo
"lo otro" lo va no mediatizando, no obligán-
dole a hacer concesiones, sino desintegran-
do, precisamente porque no quiere hacer con
cesiones. No quiere aceptar la necesidad de
la mistificación, y cuando llega el momento
en que tiene que transigir realmente no sa-
be. Tal vez eso es típicamente español. En-
tonces tiene que aceptar el combate con to-
do lo que no es él mismo. Y, naturalmente,
todo eso lo destruye al final. Pero lo des-
truye sólo en cierto modo. Porque de carac-

terres así salen los mitos, y Valentina sigue íntegra, viva e ímpoluta, prístina, con su bondad y su pureza intactas. Y ella se salva y salva todo lo que él ha puesto en ella. Es decir, que él se salva en ella, en su amor por ella. Por lo demás, Pepe no se declara nunca vencido. El sabe que está derrotado, pero no vencido; no acepta el vencimiento. Esta es la línea general más clara.¹

Tal vez se recordará la interpretación que dábamos nosotros al amor de José Garcés por Valentina y que no difiere, en términos generales, del criterio de Sender acerca de su obra. Pero nosotros íbamos un poco más allá que su creador y afirmamos que Valentina no sólo representa el amor entre hombre y mujer, sino el Amor --así con mayúscula-- entre todos los hombres. Como quiera que sea, los criterios son coincidentes y, en todo caso, nuestra interpretación deja mejor parado a Sender que la suya propia.

Por lo que se refiere a la constante que hemos señalado repetidas veces acerca de las contradicciones del protagonista --autor, él mismo las subraya cuando dice:

Las tres primeras narraciones se desarrollan dentro de la infancia. Las tres siguen

1. Peñuelas, p. 149.

tes ya presentan conflictos graves de adaptación. El niño se ve de pronto en el centro de una urdimbre, una encrucijada de contradicciones a donde le ha llevado la vida sin saber cómo. Las tres narraciones últimas son el caos destructor, por decirlo así.¹

Ya habíamos anotado en su debido momento, que las contradicciones a que alude el narrador no ocurren sólo durante la infancia, lo cual siempre encontrará justificación, sino en la edad adulta, donde ya no es tan justificable. Con todo, lo importante es que en esta observación que para nosotros constituye la esencia misma de la conducta del protagonista-autor, éste se muestra en todo de acuerdo con nuestras afirmaciones.

Hemos dicho más de una vez que Sender muestra un inusitado afán por demostrar la situación caótica de la República para tratar de justificar su propia actuación ulterior. Pero si dicho por nosotros tal vez parezca exagerado, si no malintencionado, quizá en palabras del autor se desvanezcan estos prejuicios. El diálogo prosigue así:

--El crítico comenta con acierto el contenido poético y la forma barroca de los últimos tres libros, pero habla también de

1. Peñuelas, p. 151.

desorden y confusionismo. Es decir, que al pa
recer no ha visto bien el sentido total de la
obra.

--Naturalmente, hay un confusionismo deli-
berado. La penúltima narración se titula "La
orilla donde los locos sonríen", que es el mo
mento confuso del comienzo de la guerra civil.
¿Qué orden había entonces? Ese caos es el que
yo trato de reflejar.¹

También hemos insistido en que, en ocasiones, nues-
tro autor se pierde en un mar de divagaciones que amén de inne-
cesarias hacen perder el hilo del relato. Otras veces se empan-
tana en una serie de reflexiones "filosóficas" que agotan los
ánimos y la paciencia del lector más templado. Sobre el parti-
cular versa el siguiente fragmento del diálogo:

--¿Y eso que dice el artículo de que habla-
ba, de las "divagaciones interesantes, pero
innecesarias"?

--¿Innecesarias? No lo creo. Son filosofía
concreta y muy necesaria. Y además es real-
mente filosofía, es decir, no en el sentido
de la lógica formal, sino en el sentido clá-
sico, es decir, reflexiones sobre la reali-

1. Penuelas, pp. 152-153.

dad que completan la visión y la experiencia de la realidad misma. Es decir, que son necesarias.¹

Por lo que atañe a lo que le hemos criticado acremente a Sender en el sentido de que no refleja la realidad que estaba viviendo, condición primera en un cronista, o que distorsiona los hechos con flagrante falta a la verdad, expresa:

--Con los pequeños retoques que he hecho para la edición segunda creo que queda mejor y pueden estar contentos los partidarios de la concordia española porque les doy ahí todos los pretextos del mundo para que nos entendamos de una vez. Y no son puentes tendidos entre mí y ellos, que eso no tendría importancia --porque no la tengo yo-- sino entre la situación moral de los vencidos y los vencedores.²

Nos basta con esta confesión del autor. No se trata de decir una verdad, aunque sea sólo "su" verdad. Hay que mentir, hay que engañar para que queden satisfechos tirios y troyanos y se puedan tender puentes morales entre vencedores y vencidos.

1. Peñuelas, p. 156

2. Ibidem, p. 158.

Pero Sender está equivocado. Las ideas no se vencen aunque se derrote a quienes las sustentan. Los que él llama vencidos son los auténticos vencedores porque son ellos quienes tienen la razón, quienes caminan al ritmo de la historia, no contra ella.

Si bien casi cuarenta años de dictadura podrían hacer ver que hubo vencedores y vencidos; si bien cuarenta años para un hombre es casi una vida entera, estos procesos no se miden a nivel personal ni importa el hombre siquiera. En el devenir del proceso histórico español habrá sólo unos vencedores: los que están con su pueblo. Lo demás será mañana agua pasada, aunque para alcanzar ese mañana se hayan sacrificado generaciones enteras.

Respecto a las contradicciones en que incurre el autor y que hemos señalado hasta la saciedad, prosigue el diálogo refiriéndose a Crónica del alba:

--¿Hay alguna evolución en la obra, en el sentido de cambio? ¿Alguna contradicción?

--Hay simplemente lo que te he dicho otras veces. Comienzo con la realidad idílica que se va descomponiendo. Cuando esa realidad se hace maligna, ofensiva, el protagonista la desmaterializa, la hace irreal, y él mismo se deshumaniza un poco, pues de otra manera no la podría tolerar. Y, claro,

la narración va poniéndose al nivel de ese proceso.

--Libro tras libro, te refieres.

--Sí. Pero donde ya se hace obviamente manifiesto es en el tercer volumen, es decir, en las tres novelas de la última parte, sobre todo en la segunda, "La orilla donde los locos sonríen". El crítico debe darse cuenta de que el mismo título de esa novela establece un propósito de hacer la realidad inverosímil con todas las consecuencias. Porque hay dos maneras de afrontar la realidad para un novelista: una, hacer verosímil la realidad, que no lo es casi nunca como dije, y otra, hacerla inverosímil cuando la conciencia no puede aceptar los hechos por su brutalidad o por su maldad natural ¿comprendes? Cuando la realidad choca con todos nuestros conceptos apriorísticos y valores morales, entonces nos salvamos haciéndola irreal, sin dejar de conservar su naturaleza.¹

1. Peñuelas, pp. 159-161.

Como se puede observar, no se da respuesta cabal a la pregunta y no se admite la contradicción. Cuando la realidad es violenta, brutal, se distorsiona por el procedimiento de hacerla irreal, inverosímil, que es tanto como falsearla, "cuando la conciencia no puede aceptar los hechos por su brutalidad y por su maldad natural". Es decir, la conciencia refleja la realidad cuando los hechos están acordes con sus concepciones; pero los rechaza y distorsiona si no es así.

Acéptese o no la contradicción, el caso es que se hace patente y es una constante en la obra de Sender. A las veces, como páginas atrás, no tiene empacho en admitirlo; otras, se resiste y le cuesta trabajo aceptarlo. Con todo, a través del análisis pormenorizado de Crónica del alba que hemos hecho, pensamos que ha quedado demostrada esta peculiaridad del autor y que no es menester insistir más en ello.

Sin embargo, consideramos pertinente repetir las últimas palabras del diálogo antes transcrito, para ligarlas con otras que se verán a continuación:

Cuando la realidad choca con todos nuestros conceptos apriorísticos y valores morales, entonces nos salvamos haciéndola irreal, sin dejar de conservar su naturaleza.

Y prosigue:

Lo que sucede en el libro es cierto. Todavía tengo la cicatriz del disparo de la escopeta que sucede en el primer volumen.

Todo es histórico.¹

La contradicción es flagrante. "Lo que sucede en el libro es cierto (...) Todo es histórico". Pero la realidad se hace irreal cuando los "conceptos apriorísticos y valores morales" están en desacuerdo con nuestro modo de pensar, lo que es tanto como afirmar que la verdad se distorsiona a voluntad aun a sabiendas de la deshonestidad que se comete con ello.

No exagerábamos, pues, cuando en repetidas ocasiones tachábamos de poco probo a nuestro autor. Si se pudiera argumentar que las páginas autobiográficas de su novela no son más que eso, novela, sus propias palabras son razón suficiente para prestar validez a nuestros juicios.

Por lo que respecta a la clasificación de "ovípara" que siguiendo a Unamuno hacíamos de Crónica del alba, el mismo Sender lo confirma en la siguiente parte del diálogo:

--Tú, al parecer, pensabas hacer sólo una trilogía. No pensabas escribir nueve novelas.

--Sí, es verdad. No tenía ninguna estructura anterior. Ha ido saliendo al azar.

Y resultaron nueve narraciones.²

1. Peñuelas, p. 166. El subrayado es nuestro.

2. Peñuelas, p. 162.

Efectivamente. Nuestra opinión es en el sentido de que no había pretendido siquiera la trilogía, sino que una vez escrita la primera novela que da título al conjunto, se dio cuenta de que había materia prima suficiente y "empolló" la narración con el resultado de que de una se gestaron ocho más.

Siempre que se habla de Sender, los críticos al uso lo califican de escritor comprometido y algunos hay que lo tildan de revolucionario. En páginas anteriores hemos expuesto por extenso nuestro parecer al respecto. Veamos ahora lo que comenta el propio autor:

--Tu obra me parece esencialmente revolucionaria, en el sentido más noble de la palabra.

--Yo creo que mis libros tienen, sí, algún acento revolucionario gracias al cual supongo que crecerán en el futuro (...)

--Como ya hemos comentado, tú no exaltas ningún ideal político determinado.

--No, pero está implícito el problema del porvenir, del futuro de los hombres.

--Presentas, sobre todo, el problema del hombre elemental, su relación con el hombre evolucionado y la relación de los dos con el sentido de la justicia.

--El problema de la inadecuación de la so

ciedad actual en relación con el hombre. El hombre se desarrolla más deprisa que las formas de organización social. Quiero decir que la mentalidad del hombre avanza más que la acción coordinada del grupo. Y ahí hay una dificultad a veces trágica (...) De modo que en este tiempo y durante mi vida no sé si tendré éxito, pero estoy seguro de que en el futuro la gente leerá mis libros como documentos vivos.¹

Las palabras de Sender son hartamente elocuentes. No pensamos que se pueda afirmar de un escritor que está comprometido y menos aún que sea revolucionario, cuando se dedica a exaltar el individualismo por sobre la colectividad. Además, él mismo se contradice --¡una vez más!-- al afirmar que el hombre "se desarrolla más deprisa que las formas de organización social", como si éstas no fuesen creaciones humanas. En buena lógica se diría que una de las formas del desarrollo humano, y no la menos importante, sin duda, es precisamente la organización social. Tal vez Sender sea capaz de imaginar al hombre solo, al Robinson, ajeno a la vida en sociedad y piense que en nuestro tiempo tiene cabida semejante aberración. Afirmar a estas alturas que "la mentalidad del hombre avanza más que la acción coordinada del grupo" nos parece, simplemente, vivir fuera de la realidad.

1. Peñuelas, p. 168.

Con independencia de la ideología que se pueda sustentar, en la actualidad el trabajo comunitario priva sobre el individual, inclusive en disciplinas intelectuales en las cuales el trabajo en equipo es más fructífero que el producido por el individuo aislado.

Por supuesto que no vamos a ser tan incautos que no admitamos que cierto tipo de labores requieren de la soledad. Así, no se concebiría un compositor que trabajase en equipo, ni un novelista que escribiera en grupo. Sin embargo, la organización social, en todos los órdenes de la vida, cada día se cultiva más y es indudable que es la tendencia del ser humano, sin duda porque considera que de esta manera avanza más hacia el logro de su plena felicidad.

Prosigamos con Sender en cuanto que escritor comprometido. El diálogo continuó así:

--Pero tú, políticamente, no te has casado con nadie. Y el mismo hecho de no haberte colocado en una posición política determinada hace que hayan intentado atacarte unos y otros.

--No. Realmente no me atacan. Me silencian, pero atacarme no se atreven porque saben que tengo razón. Y como en toda mi vida no he tenido ninguna clase de colaboración

con ningún poder político establecido, tengo defensa. Más defensa que ellos. Por otra parte, a mí no me importa la política. Te digo la verdad. No he sido nunca un político. No tengo talento político, creo.

--¿Y no será esa una de las razones por las cuales leen hoy en España tus libros tiorios y troyanos?

--Es curioso ver que algunos adversarios míos leen mis libros y los comentan con simpatía. Si tuviera aptitudes políticas creo que tampoco las usaría.¹

En los párrafos transcritos nos hemos permitido resaltar algunas frases por medio del subrayado, que a nuestro entender no tienen desperdicio. Así la afirmación de que "a mí no me importa la política" puede mover a risa a quien conozca la actuación de Sender anterior a la guerra como miembro de la Confederación Nacional del Trabajo, que si bien no era un partido político sí actuaba en política e inclusive en plena guerra sus afiliados formaron parte del gobierno de la República.

1. Peñuelas, p. 169. El subrayado es nuestro.

Por otra parte, la afirmación que comentamos no se aviene con todos los juicios políticos de la que está plagada Crónica del alba. ¿Por qué ese afán de negar el interés por la política? Desde la famosa definición de Aristóteles, no se concibe a un escritor --hombre preocupado por los problemas de su tiempo-- que no se haya interesado por la política y Sender no es la excepción. ¿Por qué negarlo, entonces?

La segunda afirmación: "No he sido nunca un político", no aguanta tampoco el análisis más superficial. Si por político sólo se quiere entender el profesional de la política, el que ha ocupado importantes cargos públicos es cierto que Sender no es un político. Pero ser político es un concepto mucho más amplio que va desde el mero interesado en los problemas de la cosa pública, hasta el militante de un partido o el afiliado a un sindicato. En este sentido, más aristotélico, de ciudadano de la polis, es en el que afirmamos que el autor es un político, concepto que por otra parte él mismo no desmiente cuando se leen sus narraciones.

Es conveniente hacer notar, porque viene al caso, que el novelista es un individuo y otro muy distinto el crítico y que lo que uno afirma lo niega el otro. Sin embargo, proliferan cada día más el novelista que se siente con derecho suficiente para ser crítico y no sólo de su propia obra, sino también de la ajena.

Nosotros pensamos que al novelista se le debe juzgar como tal y que es el lector --el crítico-- quien debe exponer su criterio sobre la obra. Nada nos parece más lamentable que escuchar a un novelista relatar las vicisitudes de su narrativa, entre otras cosas porque pretende novelar sus experiencias y el fruto de éstas suele ser desolador. Explicar la obra artística y vestirse para ello de crítico de su propia obra, es una empresa de la que no salen muy bien librados quienes la emprenden. Y eso es, precisamente, lo que le ocurre a Sender en sus conversaciones con el profesor Peñuelas: llevado de la ira, del hilo de la narración, del momento dramático que viven los personajes; llevado en fin por la "inspiración", afirma multitud de especies que pretende desmentir y explicar después ante la grabadora. Es inútil. La palabra del novelista es su novela como lo es del músico la sinfonía. Déjese el discurso y la elocuencia para el tribuno y no se intente en vano persuadir como si se estuviera en la plaza pública.

Respecto a la tercera y última afirmación que hemos destacado --"No tengo talento político, creo"--, pensamos que al autor le asiste la razón, según hemos tratado de demostrar, y no consideramos conveniente porfiar más en ello.

Hemos insistido mucho también a lo largo de estas páginas, en que Sender rehuye admitir su filiación anarcosindicalista como si constituyera un estigma que es preciso ocultar.

Al respecto, la conversación continúa así:

--¿Perteneceías a algún partido o grupo?

--No, a la Confederación Nacional del Trabajo. Yo era un elemento de enlace entre la Federación Local de Sindicatos de Madrid y la Confederación Regional de Cataluña. Más de una vez se ha hecho una huelga general en Cataluña con la orden que yo telefoneaba por clave.

(...)

--Tú no perteneciste entonces a ningún partido político...

--No, nunca.

--Pero te atraía algo, en términos generales, el socialismo ruso ¿no?

--Sí. En aquella época... Durante algo más de un año estuve trabajando muy cerca de ellos, casi como si fuera miembro del partido. Pero no lo fui nunca. ¿Cómo podría serlo?

--Te repugnaría, naturalmente, el régimen totalitario.

--No había nada de veras revolucionario en ellos. Ni siquiera marxista. En su acción revolucionaria la Confederación Nacional del

Trabajo era más marxista que ellos. Cuando me di cuenta de eso me decepcioné. Ellos ya lo esperaban.

--Luego, con la república...

--En el tiempo al que me refiero había venido ya. Los dirigentes de la república eran muy débiles y cuando probaban a ser fuertes actuaban contra el pueblo.¹

Tal vez los fragmentos del diálogo que acabamos de transcribir, no sean consecuentes con las afirmaciones que comentábamos más arriba. Decir que (...) "a mí no me importa la política". "No he sido nunca un político. No tengo talento político, creo". Y después gozarse en una diatriba contra el "socialismo ruso" y la propia república --así, con minúscula--, no parece dejar muy bien parado a nuestro autor.

Por otra parte, a la Confederación Nacional del Trabajo le niega, inclusive, su calidad de "grupo". Bien está que no fuese un partido político, porque efectivamente no lo era. Pero ante la pregunta del profesor Peñuelas; "¿Pertenecías a algún partido o grupo?", responde: "No, a la Confederación Nacional del Trabajo".

Sin embargo, a continuación afirma con no velado or-

1. Peñuelas, pp. 86-87.

gullo: "Más de una vez se ha hecho una huelga general en Cataluña con la orden que yo telefoneaba por clave". Esto es, quien dice de sí mismo que (...) "a mí no me importa la política (...) No he sido nunca un político", es capaz, por medio de un simple telefonazo, de desencadenar una huelga general de acuerdo con una organización que, sin ser partido ni grupo, podía paralizar una provincia entera.

Consideramos inútil seguir insistiendo en la incongruencia de nuestro autor. Decíamos páginas atrás que quizá al enjuiciar Crónica del alba se podría argumentar en el sentido de que sus constantes contradicciones más obedecen al aspecto de ficción que al autobiográfico y que como tal novela el autor se puede permitir ciertas licencias.

Aún si olvidáramos las palabras de Sender: "Lo que sucede en el libro es cierto (...) Todo es histórico",¹ y nos limitásemos a analizar los argumentos posteriores --el diálogo con Peñuelas-- respecto de su propia obra, la conclusión a la que llegaríamos sería exactamente la misma que ya hemos expresado en diversas ocasiones, a saber, que Sender se mueve en una constante de la que no le es posible salir, la contradicción entre la clase burguesa a la que pertenece y los acontecimientos que le toca vivir.

Se podría decir --es preciso atajar a los suspicaces--

1. Peñuelas, p. 166.

218.

que nuestro autor combatió en el ejército republicano y que perteneció a una organización revolucionaria y ambas cuestiones serían verdaderas. Lo que nosotros hemos tratado de analizar es cómo se enfrentaron las dos opciones y qué resultados se obtuvieron.

De la primera, las conclusiones no pueden ser más pobres y se recordará que en lugar de dedicarse a combatir como tal soldado, empleó el furor bélico en proteger a "emboscados", traidores a la República.

De la segunda, se puede afirmar otro tanto. Durante toda la novela, el autor trata de ocultar su filiación a la CNT como si ello hubiese constituido un pecado. Y acabamos de ver que en sus conversaciones con el profesor Peñuelas quiere minimizar a tal grado su carácter anarcosindicalista, que niega incluso a la Confederación Nacional del Trabajo su calidad de "grupo", como si con actitud semejante pudiera diluirse su militancia en esa organización.

Pero dejemos que sea el propio Sender quien hable sobre el particular:

--En tu juventud sentías gran simpatía por el anarquismo ¿no?

--Sí, desde muy joven, desde casi la adolescencia. En España, el que a los veinte años no es anarquista es que es tonto. Yo admiraba a al

gunos anarquistas, Ascaso, Durruti, Escartín, que era muy amigo mío, y algunos otros. Hacían cosas espléndidas.

(...)

--¿Qué edad tenías entonces?

--Unos veintisiete años, al final de la Dictadura. Entonces yo comenzaba a sentirme decepcionado por la falta de sentido práctico de los anarquistas. Había una desproporción tremenda entre el heroísmo que derrochaban y la falta de eficacia de lo que conseguían.¹

Como se puede observar, es la segunda decepción de que nos da cuenta el autor. En párrafos anteriores nos hablaba de que al comprobar que el "socialismo ruso" no era revolucionario, "ni siquiera marxista", se decepcionó.

Le toca ahora su turno al anarcosindicalismo, al que si bien no tacha de poco revolucionario, le endilga en cambio "la falta de sentido práctico" en vista de que existía una gran incongruencia entre "el heroísmo que derrochaban" y "la falta de eficacia" de lo que lograban. Como se suele decir, la CNT era una organización nacida para perder y esto no es consecuente con un hombre que deseaba ganar.

1. Peñuelas, pp. 93-94. El subrayado es nuestro.

Sus coqueteos posteriores con el "socialismo ruso", con quienes estuvo trabajando "muy cerca de ellos, casi como si fuera miembro del partido", vimos ya que acabaron en otra decepción.

Por si lo anterior fuera poco, más adelante vuelve a insistir en sus tratos con los comunistas. He aquí el diálogo:

--¿Cuándo comenzaste a separarte, a distanciarte, de los comunistas?

--De los comunistas, inmediatamente de comenzar la guerra. Yo vi que empezaban a matar trotsquistas, y los trotsquistas eran amigos míos, gente mejor que ellos. Y no eran trotsquistas, realmente. Era gente del P.O.U.M., el Partido Obrero de Unificación Marxista de Cataluña, que la gente decía eran trotsquistas, pero se habían distanciado ya de Trotsqui.¹

Razones no faltan, como se puede ver, para decepcionarse de tirios y troyanos. Que no eran revolucionarios y mataban trotsquistas por un lado, y falta de sentido práctico por otro, el hecho es que Sender, nuevo oráculo, parece ser único poseedor de la verdad.

--En conjunto, veo en ti una evolución que es una especie de llamada a la concordia, a

1. Peñuelas, pp. 95-96.

la moderación ¿No es así?

--Quizá va con la madurez, o con la vejez, como quieras...

Pero en el fondo es también una aproximación a la realidad.¹

Triste final. La decepción como realidad es la opción que Sender nos ofrece. Lo peor, con todo, es que no se puede imputar a su madurez, a su vejez. El comenzó a decepcionarse cuando entró en contacto con las organizaciones donde latía el pueblo que tanto cree ensalzar.

Su individualismo pequeño-burgués chocaba sin remisión con organizaciones que, imperfectas, luchaban por un pueblo y por su libertad.

Nos permitimos recoger en estas páginas cierta especie que se comentaba entre los emigrados españoles en México y que para evitar el juicio temerario calificábamos de rumor. Era en el sentido de que Sender había desertado del frente y se había refugiado en Francia. Para dejar las cosas en su lugar, nada mejor que ceder la palabra al propio autor:

--Tu mujer murió al principio de la guerra, según dices en Contraataque.

--A mi mujer la fusilaron, en Zamora, el 10 de octubre del año 1936. Yo me enteré de

1. Peñuelas, p. 98.

esto en enero de 1937, cuando me trajeron la noticia. Al quedar mis hijos desamparados en Zamora quise ir a recogerlos, el gobierno me dio permiso y fui a Francia (...) Les puse un apartamento en Pau. Regresé a Barcelona y pedí que me enviaran al frente de Aragón, al Segre. Yo quería ir con los anarco-sindicalistas, pero los comunistas no me lo permitieron. No les interesaba el frente de Aragón porque estaba controlado por la C.N.T. (...)

--¿Saliste para América antes de acabar la guerra?

--Antes de acabar la resistencia de Madrid, sí. Todo estaba perdido... Los rusos iban a eso, deliberada y pérfidamente.

--Porque la guerra terminó en abril del treinta y nueve.

--Y yo salí a principios de marzo para Nueva York.¹

Es así como termina su participación en la contienda Ramón J. Sender. Antes de que la guerra hubiese concluido, cuando el pueblo moría heroicamente en defensa del régimen que se había dado y de un ideal que consideraba justo, Ramón

1. Peñuelas, pp. 88-89.

J. Sender abandona España y se embarca para América.

Después buscará argumentos que justifiquen su proceder y culpar a los "rusos" parece adecuado cuando se escribe y se habla en los Estados Unidos.

Sin embargo, es pertinente recordar las palabras del propio Sender, que ya hemos anotado antes, al referirse a Crónica del alba: "Lo que sucede en el libro es cierto (...) Todo es histórico".¹

Con ello damos término a estas Conclusiones un tanto heterodoxas, que nos han servido para apoyar algunas de las aseveraciones que hemos hecho a lo largo de estas páginas.

1. Peñuelas, p. 166.

'224.

B I B L I O G R A F I A

- Alós, Concha. El caballo rojo, Barcelona, Plaza y Janés, 1973.
- Altamira, Rafael. Manual de Historia de España, Buenos Aires, Sudamericana, 1946.
- Azaña, Manuel. Obras completas, México, Ediciones Oasis, 1968, cuatro tomos. Compilación y disposición de textos, prefacio general y prólogos, por el profesor Juan Marichal.
- Bernadete, Mair José. "Ramón J. Sender cronista y soñador de una nueva España", Epílogo a Réquiem para un campesino español, México, Editores Mexicanos Unidos, 1971.
- Bowers, Claude G. Misión en España, México, Grijalbo, 1955. Versión española de Juan López S.
- Brenan, Gerald. El laberinto español, París, Ruedo Ibérico, 1962, Trad. J. Cano Ruiz.
- Broue, Pierre y Temime, Emile La revolución y la guerra de España, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, 2 vols. (Colección popular).
- Correa Pérez, Alicia. El retorno a España mediante el símbolo en el "Réquiem por un campesino español" de Ramón J. Sender, México, UNAM, 1974, Facultad de Filosofía y Letras, Tesis profesional.

- Costa Clavell, Xavier. Los últimos días de la República, Barcelona, Bruguera, 1975.
- Gailas, Helga. Teoría marxista de la literatura, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- Gironella, José María. Los cipreses creen en Dios, México, Compañía Editorial Continental, 1954.
- Un millón de muertos, Barcelona, Planeta, 1961.
- Ha estallado la paz, Barcelona, Planeta, 1966.
- Goldmann, Lucien. Para una sociología de la novela, Madrid, Ciencia Nueva, 1967.
- Hauser, Arnold. Historia social de la literatura y el arte, La Habana, Edición Revolucionaria, 1966, 2 vols.
- Ibárruri, Dolores et al. Guerra y revolución en España 1936-1939. Esta obra ha sido elaborada por una comisión presidida por Dolores Ibárruri e integrada por Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cerdán, Irene Falcón y José Sandoval. Moscú, Editorial Progreso, Tomo I, 1967; Tomo II, 1966; Tomo III, 1971. Se anuncia un Tomo IV que al parecer no ha sido publicado.
- Lukács, Georg. Significación actual del realismo crítico. México, Era, 1963.
- Lumen, Enrique. La verdad desnuda. (Por qué triunfará el pueblo español), México, Edit. Lumen, 1937.

- Menéndez Pidal, Ramón. Los españoles en la historia y en la literatura, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1951.
- Pàmies, Teresa. Cuando éramos capitanes. (Memorias de aquella guerra), Barcelona, Dopesa, 1974. Obra ganadora en su versión catalana del "Premi Joan Estelrich" 74. Trad. Ramón Bech T.
- Peña, Ernesto de la "Crónica del alba, de Ramón J. Sender", en El Sol de México en la cultura, 11 de abril de 1976.
- Peñuelas, Marcelino C. Conversaciones con Ramón J. Sender, Madrid, Magisterio Español, 1969. (Novelas y cuentos).
- Pérez Salas, Jesús. Guerra en España (1936 a 1939), México, Ed. del autor, 1947.
- Pineda Gómez, Silvia. La guerra civil 1936-1939 a través de algunas novelas españolas contemporáneas. (Trilogía de Gironella), México, UNAM, 1974, Facultad de Filosofía y Letras, Tesis profesional.
- Ponzán, Pilar. Breve vida de un hombre al servicio de un ideal, Bordeaux, 1974. Mecanograma inédito.
- Río, Angel del Historia de la literatura española, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1963, 2 tomos.
- Sánchez-Albornoz, Claudio. Mi testamento histórico-político, Barcelona, Planeta, 1975.
- Santos, Dámaso. "Sender en sus libros y entre sus compañeros de generación", en el diario Pueblo, Madrid, 22 de octubre de 1969.

Sender, Ramón J.

Orden público,
México, Publicaciones Panamericanas,
1941.

Siete domingos rojos,
Buenos Aires, Editorial Proyección,
1970.

Mr. Witt en el cantón,
Madrid, Alianza Editorial, 1968,
El libro de Bolsillo.

Proverbio de la muerte,
México, Ediciones Quetzal, 1939.

Epitalamio del prieto Trinidad,
Estella, Navarra, Biblioteca general Salvat, 1972.

Réquiem para un campesino español,
México, Editores Mexicanos Unidos,
1971.

Carolus Rex,
Barcelona, Ediciones Destino, 1971,
Colección Ancora y Delfín, vol. 369.

Crónica del alba,
Madrid, Alianza Editorial, 1971,
El Libro de Bolsillo. Nueve narra-
ciones en tres tomos: I. "Crónica
del alba", "Hipogrifo violento",
"La quinta Julieta"; II. "El mance-
bo y los héroes", "La onza de oro",
"Los niveles del existir"; III. "Los
términos del presagio", "La orilla
donde los locos sonrían", "La vida
comienza ahora".

El bandido adolescente,
Estella, Navarra, Biblioteca Bási-
ca Salvat, 1971.

La llave y otras narraciones,
Madrid, Editorial Magisterio Espa-
ñol, 1967. Colección Novelas y
Cuentos.

- Sender, Ramón J. "Texto íntegro de la conferencia pronunciada por... en el Ateneo de Zaragoza el día 3 de junio de 1974" en Aragón express del 4 de junio de 1974.
- Thomas, Hugh. La guerra civil española, París, Ruedo Ibérico, 1961.
- Uceda, Julia. "Consideraciones para una estilística de las obras de Ramón J. Sender", Prólogo a Réquiem para un campesino español, México, Editores Mexicanos Unidos, 1971.
- Unamuno, Miguel de. "A lo que salga", en Almas de jóvenes, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944, Colección Austral No. 499.
- Wright, Richard. España pagana, Buenos Aires, La Pléyade, 1970, Trad. Aníbal Leal.